



© Raquel Zieleniec

ISBN: 978-9915-676-26-5

DEVUELO # 44

Yaugurú

Buenos Aires 421 apto. 1

Teléfono: 598 2 9152941

<macadgster@gmail.com>

Mayo 2023

Montevideo - Uruguay

Diseño: maca

CARTAS DE VARSOVIA

Raquel Zieleniec

DEVUELO



*Ya sin hambre ni sed, apenas alma
Apenas cuerpo que se va durmiendo
Toda lúcida mente es como entiendo
La infinitud de Dios en esta palma
Cuando todo sea eterna calma
sea pájaro, sea planta,
Poco a poco iré volviendo
A pedir morada en esta palma*
Juana de Ibarbourou



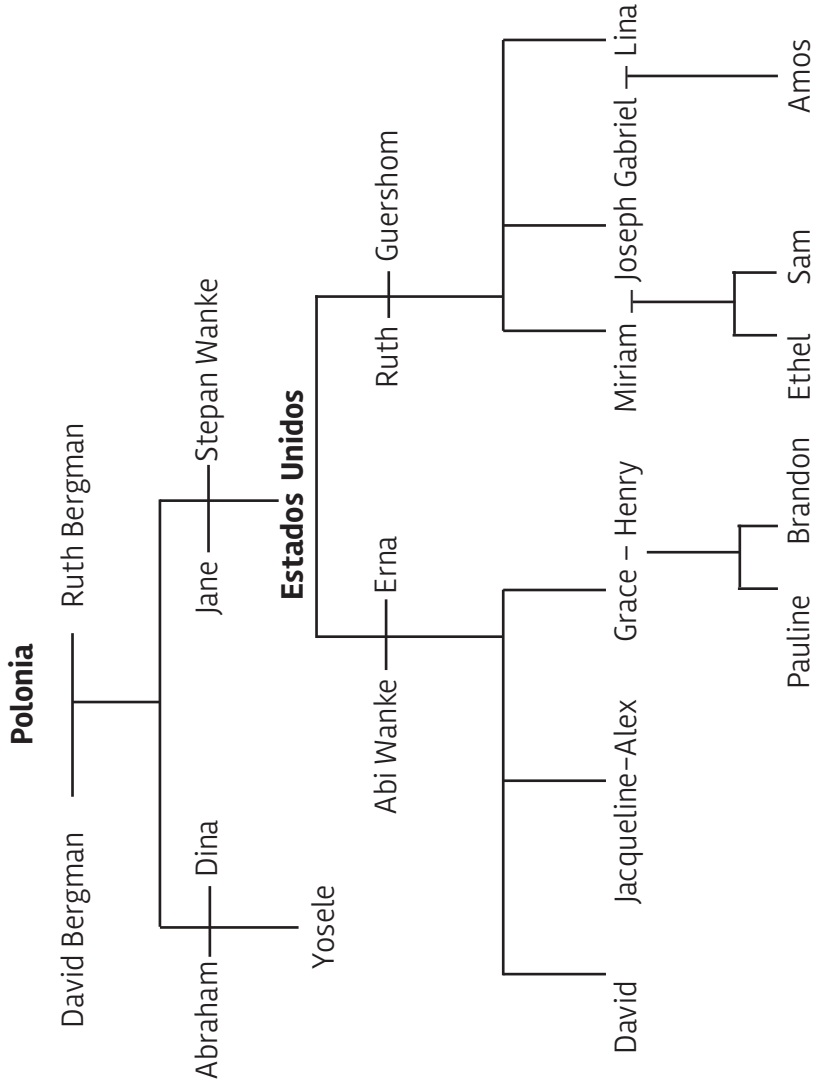
...y se quedó allí, con el brazo en alto, como una escultura que se va achicando a medida que el tren acelera la partida; el rostro estático forzaba una sonrisa de ánimo dedicada a mi incredulidad.

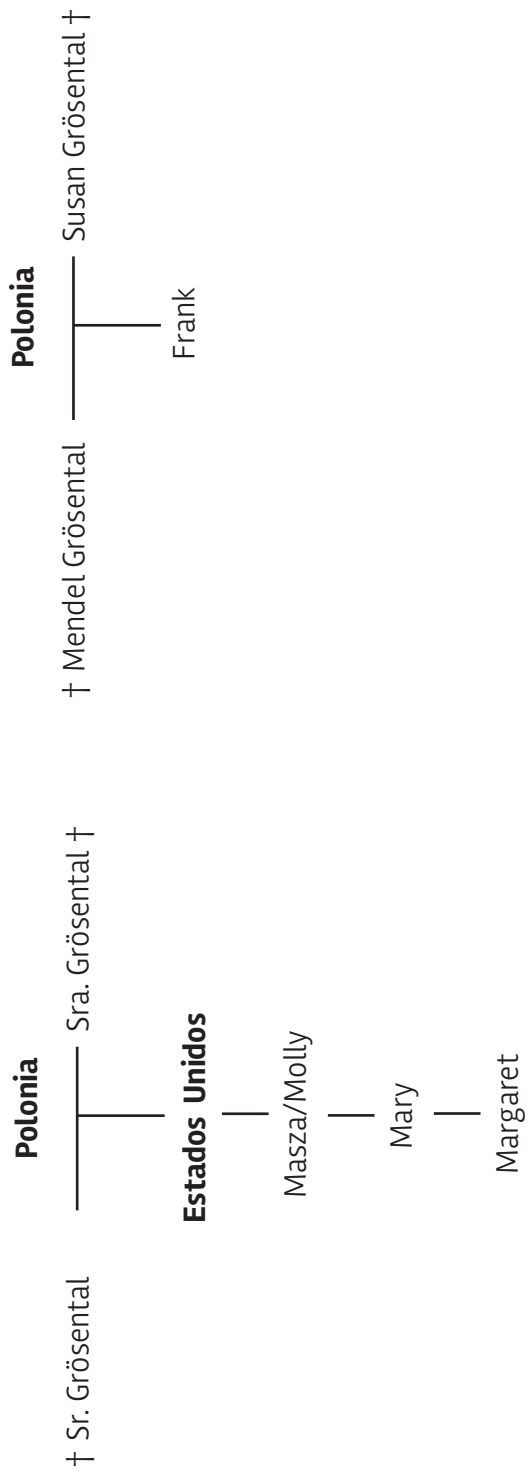


†



A mis hijos,
mis nietos
(Maite, Cande, Fede, Vale,
Joaca, Franco, Guille, Oli).
A Javier Etchemendi (*in memoriam*)







PARTE I

El ghetto

Capítulo I EL PADRE

El murmullo proviene de la tormenta. Va *in crescendo*. Atraviesa las calles del gueto con estrépito y estalla en temblores, oscurece el cielo, ciega los ojos, sacude los cuerpos, acalla los pensamientos y enloquece al mundo justo antes de hacerlo explotar.

Llovía con fuerza. Hético, demacrado –como todos–, con el cabello oscurecido y chorreando, Abraham se precipitaba de tal modo por la calle que se podía apostar a que tropezaría en cualquier momento. Dos cuadras bastan para agotar la fortaleza y energía que solía distinguir a este hombre. Ahora enceguecido, ya próximo a la casa del rabino, se ve obligado a aminorar la marcha. Una larga pared amarilla, milagrosamente limpia y despejada, le cobija la sombra. Ésta gira, deja ver al hombre jadeante que se aplana contra ella con los brazos abiertos en posición crucificada. El cuerpo y la sombra se alternan golpeando la nuca contra el muro, una y otra vez, tal vez para hacer añicos su conciencia.

Anochece tras la nubosidad acerada. El clima dispone de esa elocuencia para precisar el pronóstico.

Viene de hablar con el jefe de la Policía judía. Shmuel, el fontanero, al que ya no se le puede decir “el gordo Shmuel”, que esta vez creyó poder recuperar sus sentimientos y hacérselo creer a Abraham. Pero todo es aún bastante prematuro en tan inestable entorno. Sabemos que el cargo suele devorar al hombre y aún es una incógnita qué inclinación asumirá la naturaleza de un “colaborador”.

Abraham Bergman es abogado. Era, ya no le permiten trabajar. Destituido de la función pública, obligado a mudarse al gueto, dejó su casa atrás en manos de *nadie* que pudiera retener la memoria crepitante de aquellos leños encendidos, de los candelabros y el mantel que Dina solía tender para ofrecer la cena del *shabat*. Y el lugar del niño, orgullo compartido ante el resultado de su firmeza perseverante. Yosele

se había hecho desear un par de años, pero ya estaba en condiciones de recitar para el próximo las grandes interrogantes de *Pésaj*. Solo que ahora el escenario había cambiado de tal modo que el viejo guion de la vida parece reescrito en otra dimensión.

Resuella. Abraham aún no había recuperado el aliento, cuando ya está golpeando en la casa del rabino, echado sobre la puerta con los dos brazos en alto, castigándola sin pausa. La lluvia arrecia y su pingoso sacón chorrea. No percibe el frío que comenzó a agarrotarlo o ni siquiera le importa. Pulsa con fuerza el llamador mientras la lluvia diluye las lágrimas a las que solo el tenue sabor de la sal podría identificar. Pero no es tiempo de sutilezas. Todo su cuerpo solloza y sus esmirriados despojos van a desplomarse si el rabino no sale pronto.

Sostenido en el dintel clama, casi en un alarido, el nombre del rabino.
—¡¡¡Rab, raab Reubeeen, rab Reuben!!!

La lluvia se desploma sobre él, calándole medias y pies, inundando los zapatos. La propia noche sucumbe ante las tinieblas.

Sí, sí, ya le abre. El rabino no parece sorprenderse, está acostumbrándose a las urgencias. Al percibir aquella alma que no logra sostener el cuerpo que habita, el rabino sujeta el brazo de Abraham con fuerza, le rodea los hombros y lo sostiene animándolo a pasar. La puerta se cierra y la débil luz de la entrada vacila con el embate del agua.

Es penoso caminar en penumbras bajo la catarata que fluye de los desvencijados techos mientras caen trozos enormes de los aleros. Allá, en la otra cuadra, un último ser humano dobla la esquina y la calle queda vacía. Y el viento parece empecinado en barrer todo lo que ha construido el hombre.

¿Tal vez anuncia el advenimiento de una nueva era?

¿Cuánto tiempo ha estado Abraham en casa del rabino? No demasiado cuando la puerta vuelve a abrirse. No se le ve asomar aún. ¿Habrà calmado ese arrebató? Su debilitada figura surge, emerge entre cordones de agua, con incierta parsimonia. Va arrastrando los zapatos destrozados por la vereda. A los pocos pasos, tantea la pared ahora gris, que vuelve a sostenerlo. Sin ninguna tensión en el cuerpo, se deja

resbalar hacia las baldosas rotas, encharcadas, donde quedará tirado sin oponer resistencia.

No, no le fue bien. No le fue nada bien en el encuentro con el rabino. A nadie le va bien en estos tiempos desencajados. Tampoco al rabino, a quien todos se creen con derecho a reclamarle soluciones. Por un momento el brazo del rabino asomó y se extendió intentando retener a Abraham, pero el gesto quedó en suspenso. Fugazmente se lo vio menear la cabeza, sujetar su barba negra con hilos blanquecinos antes de tiempo, girar sobre sí mismo y volver a desaparecer con la cabeza gacha y los ojos cerrados. Las exigencias pesan cada vez más sobre él y sus conocimientos están gravemente malheridos. Ambos, saber y rabino, amenazan consumarse. Pero el hombre que aún late en él no ha agotado sus recursos.

Reclinado contra la pared, intentando incorporarse, Abraham se resbala como si las piernas no pudieran sostenerlo. Su cuerpo vuelve a estremecerse por los sollozos hasta desmoronarse, con el diluvio a cuestas, como una barca que se va hundiendo en el mar. No encuentra la manera de atravesar la muralla entre él y el mundo. En el final de su trayectoria yace aislado, engañado, sin apelación. Porque se trata de su hijo. La guardia lo ha atrapado y no encuentra la manera de rescatarlo.

Apoyado en un frondoso árbol que mitiga el efecto de la lluvia, Abraham descansa un momento. Cerrar los ojos puede ser mágico; su rostro se distiende y esboza una sonrisa. Mientras el agua amenaza hundirle el cuerpo, sus pensamientos se desdobl原因.

Yosele está sentado sobre la arena con aquel pantaloncito ancho. Detrás, un transparente mar esmeralda, le presta su marco. La carita pecosa sonrío a la figura que acaba de aparecer y detenerse. Mira hacia arriba y arruga la vista para enfrentar la luz.

—¡Papá, viniste! —exclama el niño girando la palita hacia el pequeño balde que yace desbordando arena. Ésta ha migrado adherida a las mejillas, pestañas, nariz, dejándolo empastado hasta las orejas— Ven, ¡vamos a hacer una casita! —alisa los bordes, levanta el recipiente y lo

da vuelta abrigando una forma redonda que, al tocar el suelo, desprende la mitad del contenido.

Abraham sonríe animoso al agacharse e intenta emparejar lo que se desprendió, pero cambia de decisión.

—Vamos Yosi, necesitamos más agua. Vamos a buscarla.

Ambos tomados de la mano, se aproximan a la orilla. Yosele acomoda el paso al de Abraham, saltando a su alrededor.

—Papá, súbeme a tus hombros —reclama el niño.

Sin dudar, Abraham lo hace. Cuando percibe que el niño se ha instalado a gusto, comienza a trotar hacia el agua, dejando el balde a un lado. Yosele disfruta sabiendo que una zambullida fresca lo hará reír a carcajadas.

Ya sumergidos, riendo y tirándose agua, Yose aproxima el rostro con gesto picaresco y pide:

—Papi, me gustaría pasear en un barquito, ¿me llevas? —mira la reacción del padre y agrega— Invitamos a mamá también... dime que sí papito, ¡dime!

—Te lo prometo...

Fue el tiempo el que faltó a la cita.

La violencia de la noche intenta arrebatarse la visión. Los ojos cerrados, único instrumento del que dispone, se esfuerzan por develar una vez más la otra mirada. ¿Delirar?... sí, ¡por favor! Extiende el brazo para acercar el bote al alcance de la mano y salir a navegar con su pequeño. Tiene que apresurarse. Ya, ya está en la nave, remando, como prometió. Dina en el otro extremo sujeta a Yosele hasta que la barca se estabiliza. El rostro pecoso le regala una mirada brillante, profunda y complacida. Y estira el bracito para tocar el mar. Casi lo está logrando cuando el bramido repentino de un trueno sobresalta todo, la imagen restalla y se desintegra en burbujas de agua.

Cuando Abraham abre los ojos, éstos delatan lo que inexorable ya estaba a la vista.

Su cuerpo se endurece, se incorpora temblando, flexiona las rodillas y abre los brazos. La cabeza queda inclinada hacia adelante por un

instante y el resplandor de un rayo dibuja en la sombra un gorila al acecho. O a la defensiva, que a veces es lo mismo. Inhalando con dificultad, su mirada permanece enfocada hacia la inquietante senda de entrada al gueto. El rugido de dolor que amenazaba sus entrañas, revienta contra las piedras desparejas de la calle y estalla sumándose al escándalo de la lluvia. Un alarido se desdibuja en un largo lamento apenas recortado, para remover una energía que ya no tiene. Tambalearlo el abrigo de un lado a otro emprende con decisión la marcha. Un violento sacudón de ira pulsa un último grito al tiempo que se lanza, siempre a punto de caer. Pero ahora su ciego empuje arremete con un objetivo certero. Se acerca a los alambres de púa que bloquean la entrada, tal vez para que nadie pretenda creer que habrá salida.

El soldado de guardia se refugia del aguacero dentro de la cabina.

Abraham detiene su carrera a pocos pasos y sin demora prorrumpe en insultos:

—Ey, tú, nazi, maldito seas... ¡Nos quieres muertos! ¿Verdad?... ¡ven, vengo a que me mates! ¡Te regalo mi vida, matamééé! —grita con desesperación.

El guardia sorprendido asoma junto al cerco y vuelve atrás. No, eso no es lo habitual, no es el momento, no es la hora.

Pero Abraham sigue gritándole como si él fuera una salvación para su infortunio.

—¡Date el gusto, rata, tira, dispárame! No voy a morir por mí mismo como les gustaría, ¡basuras sin alma! Tendrás que matarme si eres tan héroe.

Aunque está provocando su ira, qué hace el soldado. No se irrita siquiera. Se acerca al alambrado y lo empuja con la culata de la bayoneta para hacerlo retroceder. Con un gesto de desprecio le indica que se retire. Esto renueva la furia en Abraham que regresa lanzando escupitajos y elevando el tono amenazador de su desntrida voz. El uniformado toma el arma, la eleva y lo amenaza. Pretende regresar a la cabina sin ocuparse del tonto desaforado, tan molesto a medianoche. Pero Abraham se detiene con las piernas abiertas, firme y desafiante

se expone parado delante de él, logrando desconcertarlo. Se acerca hasta quedar al alcance de su metralleta y arrecia los insultos para evitar que el soldado vuelva atrás.

—¿Qué te pasa, maldito nazi, no tienes coraje para matarme de frente? Ésta es tu oportunidad. ¿O acaso eres el único estúpido que tiene conciencia de lo que estáis haciendo? ¿Qué clase de mal nacido eres? ¡Cobarde! Te maldigo a ti y a toda tu familia, que se mueran de tifus, que caigan sobre ti las plagas, la disentería, el hambre...

Harto de tanto alboroto, a punto de irritarse, decide intervenir. Se acerca al alambre enrollado, introduce la metralleta, le pega con fuerza y lo empuja con la punta de la bayoneta, calle adentro. Abraham se resbala en un charco de agua y cae ensangrentado, sorprendido empero, de no haber logrado hacerse matar.

¿Qué le pasa al soldado? ¡Ah! Hay alguien más a su lado, es que tiene a su chica en la cabina del portón y la irrupción de Abraham le está arruinando la noche. Si le disparase, el ruido del arma atraería gente, vendrían los superiores a investigar. Si lo matara tendría que sacar rápidamente el cuerpo para evitar el escándalo y los acontecimientos se llevarían el tiempo que dispone para ella.

Algo está sucediendo en el mundo que Abraham no logra descifrar. Tal vez desconoce esta nueva lógica. Confundido, se encamina a casa. Nada parece estar en su lugar. La gente ha sido expulsada de las casas y encarcelada como delincuentes. Un padre ya no puede proteger a su hijo; en cambio es testigo de los pequeños que se escabullen a robar comida para sus familias. Piensa en Shmuel, en su discurso, en los amigos que se vuelven policías y obedecen órdenes del enemigo. En los rabinos que ya no tienen respuesta. Y en el guardia asesino que se niega a matar. Sí, el mundo se ha dado vuelta, todo está del revés.

Cuando visualiza su casa, la imagen de Yosele absorbo en el juego, retorna para evanescerse en el mismo momento. La casa, o el espacio del que dispone, es una pequeña parte de un edificio de varios pisos, en el cual el gentío se divide las habitaciones y se apila como puede. La privacidad familiar, las llaves, los estantes de ropa, el alimento, el

baño incluido, se han vuelto memorias de la historia. Como un autó-mata empuja la puerta y entra.

En el pequeño hall de la entrada –mientras dan vueltas alrededor de una tabla que opera como mesa– cinco o seis residentes se frotan las manos para combatir el frío, levantan las rodillas y pisan con la fuerza de sus pies entumecidos. Los sacos raídos y rostros inexpresivos le devuelven a Abraham el espejo de su agotamiento.

—Señores, ¿no creen ustedes que este frío nos va a matar? –oye preguntar a uno de ellos.

—Pues qué podría decirte –sonríe el otro– pobre frío, también él hace lo que puede.

—Lo que va a matarnos es la rutina –incide un tercero.

—El aburrimiento –agrega el primero.

—¿Qué piensas Abraham? –interviene un cuarto hombre viéndolo abrir la puerta sin acabar de entrar, con el rostro surcado por la preocupación.

Abraham no registra la situación, tampoco da señales de estar presente. Los vecinos levantan los cuellos de sus chaquetas, se cubren la cabeza con lo que pueden. Algunos son padres de familia, otros más jóvenes, hombres que bajan al hall buscando un espacio que, aunque reducido, permita un respiro al ahogo del hacinamiento. Se trata de hallar compañía para superar el sitio.

—Abraham, no deberías andar por la calle con esta lluvia, tú sabes...

—Dime Saúl –interrumpe el segundo, consciente del aspecto que denuncia la condición de Abraham– ¿tienes todavía el juego aquel de ajedrez para entretenernos un rato? Creo que te ganaba yo, ¿verdad?

—Vamos, deja de hacer alardes –Saúl capta la intención– también perdías –dice riendo– A veces perdías sin que yo te ganara siquiera.

—¿Cómo es eso? –pregunta el primero.

—Tablas, quedábamos tablas.

El grupo ríe. Los comentarios se cruzan y el entusiasmo por el juego, promete la salida ocasional.

Por la escalera es Dina la que desciende, un poco atemorizada. A la vez que observa la escena, es observada por todos. Pero Abraham en el dintel de entrada, medio dentro, medio fuera, mantiene la mirada perdida sumergida en el anochecer que va devorando sin pausa el día.

—No sé si tengo el ajedrez, debería tenerlo —musita Saúl indeciso.

—¿Por qué no vas a buscarlo, Saúl? —sugiere el segundo.

—Buena idea, anda a buscarlo.

—Te acompañamos.

Y los eventuales testigos van desapareciendo a discreción.

Ella lo observa entrar. Preocupada por su aspecto, decide sentarse en una desvencijada banqueta que la sostiene apoyada contra la pared y espera. Alejada la mente de la realidad cotidiana, Abraham ha dado un paso incierto dentro del edificio y de pronto parece tropezar con la presencia de su mujer. La había olvidado; a ella, a sus padres, al profundo padecimiento de reaparecer en casa, precisamente, cuando todo lo que había intentado regurgitaba en aquel su inmenso vacío.

Dina sentada a horcajadas se levanta y se acerca con la intención de abrazarse a él. Él la aparta. Un gesto de tristeza responde en el rostro de ella.

—Abraham, qué...

—No me preguntes, Dina —dice el hombre entendiendo que no logrará acoger la tristeza de ella— Déjame, déjame solo por favor.

—Pero dime qué pasó con Yosi —ella vacila, inquieta; su tono dolido se vuelve imperioso—, mira cómo vienes... saliste a buscarlo, ¿qué pasó!, ¿dónde está Yosi! ¿;Dime, dime dónde está!?

—Por favor, por favor, por favor —Abraham se sujeta la cabeza que parece querer salirse de su eje— dame un respiro. En un momento subiré y hablaremos. Tranquilízate.

Los ojos de ella se abren desmesurados, espantada, al encontrar la mirada derrotada de Abraham. Frente a esa señal su reacción es inmediata. Ahoga el primer sollozo entre las manos y arrastra el resto escaleras arriba.

Abraham cae sobre la banqueta con la cabeza aún entre sus manos, sin quitarse lo que ya dejó de ser un abrigo. Recoge la hoja y un lápiz

que por milagro había sobre la mesa, acerca la banqueta mientras su agitación crece y su cuerpo gime.

Es la angustia la que comienza a dictarle con premura, como si en ello encontrase finalmente, una salida:

Janele, Janele hermanita, quiero morirme. Estoy al final de todo. Y necesito contártelo. No puedo enfrentar a Dina ni a los viejos, es tan horrible lo que pasó, lo que debo decidir, lo que es mi vida, nuestras vidas, con la muerte ya escrita. Mira qué han hecho de nosotros, nos han vuelto asesinos, como ellos...

Se detiene, seca la mesa, la vuelve a mojar. Las letras aparecen y se desdibujan ante sus ojos, resbala el lápiz y las palabras se borrarían.

Es mi hijo Yosi, Janele, mi pobrecito niño y tengo que decidir quién debe morir... y no soy un dios. Es mi niño, Janele, es un niño rubio con pecas, inquieto, como eras tú.

La imagen diminuta de Janele con el rostro cubierto de pecas dibuja en él una sonrisa entre lágrimas. Aquellos cabellos rojizos de rizos inquietos despertaban en él vulnerabilidad. Ella siempre tenía un gesto de sorpresa, un mohín peculiar ávido de revelaciones. Satisfacerlas le provocaba una risa contagiosa que recorría la escala musical. Cuando desplegaba su don de seducción Abraham no podía negarle nada.

En el primer día de escuela, la misión de Abraham era dejarla en la clase para luego continuar a la propia. Tenía la edad de Yosi. Siempre impecable, peinada con mucha prolijidad, la pequeña disfrutaba el momento. Iba saltando contenta al lado. Reencontrar a sus amiguitas en el nuevo entorno y conocer nuevas compañeras, ya era una ilusión de vida, un lugar en la gran sociedad. La promesa de un nuevo mundo era fiable si iba conducida de la mano de su hermano a quién admiraba y alrededor del cual revoloteaba todo el día. Más aún, fue ella quien decidió que él la acompañara ese día, pese a las protestas de su madre.

—Abraham, aquella que va a la escuela es Jaia. —afirma Jane ya preparada para salir corriendo.

—No, Jane, no es Jaia, ya la verás, estamos llegando. Y no te apures tanto, me llevas corriendo.

—Es que ya quiero saber todo lo que me van a enseñar.

Él ríe:

—Tendrás que esperar un poco todavía.

—¿Cuánto tarda uno en aprender?

—Depende de quién, hay gente muuuy lenta.

—Y yo ¿soy lenta? —sus ojos se abren.

—No lo sé —ríe Abraham. También él encontraba ocasión para pro-
vocarla.

—Abrum, no me hagas rabiar, dime que yo voy a aprender rápido.

—Vas a aprender rápido —repite él con cierta malicia que la niña no registra.

Respira hondo para demorar el recuerdo de aquel primer día de regreso al hogar. Rodeados de una presencia tumultuosa, el éxito de la niña se había consumado. Salía del colegio charlando animada en medio de un grupo de niñas, todas tratando de conversar con ella, haciendo comentarios, riendo, saltando por la vereda para terminar cantando ruidosamente “*Eveinu shalom aleijem*” en la esquina donde cada una retomaría el camino a casa. Y Janele, tomada de la mano una vez más, no cesaría de parlotear hasta ver asomar en la puerta la figura de la madre que los esperaba sonriente. Y ambas corrieron a abrazarse.

Abraham se distiende por un momento, respira profundo y emprende la feroz tarea de repasar lo sucedido. Retoma el lápiz y la hoja.

¿Qué hago, Janele? ¿Mando a la muerte a mi hijo? Estoy horrorizado de mí mismo. ¿Hay algo peor que pueda sucederle a un hombre, a un niño? Shmuel el policía del gueto apresó a un grupo de niños. Yosi estaba en aquel montón y también se lo llevó consigo. Lo supe y fui a buscarlo, a pedirle a Shmuel, devuélveme a mi hijo por piedad,

Shmuel, dame a mi hijo, no me hagas esto. Lloré, me arrodillé, le rogué... Janele me estoy deshaciendo.

Se apresura, omite la sintaxis, no logra transcribir el horror, solo el desasosiego.

Me informó que tenía que entregar seis mil en la mañana. Cuando vio mi desesperación me miró con pena. Sí, yo daba lástima. Ya nada importaba, solo quería a mi hijo de vuelta. Me dijo en voz baja que me lo daba. Te lo doy, Abraham, te lo doy, pero con una condición: tienes que traerme otro niño, tengo que entregar un total de seis mil. Si me traes otro niño...

El momento de vacilación fue breve. En seguida retomó la carta.

¡Otro niño, Janele... otro! ¡Para salvar a mi Yosi yo tenía que elegir qué niño iba a mandar a la muerte! ¿Puede uno tolerarlo? Me enloquecí, corrí a casa del rabino a pedirle consejo, qué debo hacer rabi, qué debo hacer. Todo se ennegreció de muerte, Janele, el mundo cesó de golpe y yo quedé pasmado ante tanto silencio. Él quedó sin palabras, no supo qué decirme; que en la Biblia no figuraba un caso así, que no había nada que lo guiara hacia una respuesta. ¡El rabino no tenía respuesta, Janele!

Abraham subraya la frase tantas veces que termina rompiendo el papel. Pero empecinado, sigue escribiendo.

Lloré, me enojé, le grité, le exigí que me respondiera, si no como rabino, como hombre. No dijo nada, no podía decir nada, las palabras se le atragantaban, quedó mudo, ni una sola palabra le salía de la boca. Y yo no sabía qué hacer. No sé cómo salí de allí. Nunca había hablado con Dios, pero en ese instante lo hice. ¿Eso quieres, dios, ese es tu mandato, que muera mi hijo? ¿A mí, Abraham, me toca sacrificar

a mi hijo...? ¡Ahhh!, ¿a mí me estaba destinada la semblanza bíblica? ¿Qué quieres, obtener la fe que nunca tuve, que nunca te prometí?

Se fue calmando mientras escribía, aun cuando el dolor lo ahogaba. Tal vez fusionarse con el relato bíblico le permitiese escudriñar, buscar algún sentido nuevo a su lugar en la historia.

Soy un alma perdida chocando con las paredes, Janele, me golpeo la cabeza todo el tiempo, le pido cosas a Dios, le ruego a ese Dios sordo y ciego que me lleve y deje vivir a mi hijo. Qué puedo hacer, hermana mía, nuestros padres nos enseñaron así. Sé bien que todos vamos a morir acá antes o después, que nuestra vida ya no nos pertenece, pero hay algo en mí de lo que estoy hecho, clavado a mis convicciones y no puedo decidir otra cosa, no puedo traicionar lo que pienso. No puedo...

De pronto evoca la mirada adolescente de aquel rostro que relumbra con picardía, que inquieta sonrío aguardando una respuesta que vacila.

—Vamos Abraham, eres mi hermano mayor me debes protección —lo desafía.

—Vamos Janele —responde él sonriendo— como hermana menor me debes respeto.

—Respeto... respeto no es obediencia, Abram, y tú no eres mi padre —su gesto se ha vuelto empecinado.

—No me pelees, Jane, te estoy protegiendo, no me gusta que salgas de noche con chicos que nuestros padres no conocen y menos aún a bailar. No me hagas cómplice de tus desacatos.

—Abram, tengo diecinueve años, estamos hablando del grupo de teatro del curso de idiomas, todos somos amigos, no seas tan susceptible. Y no vamos a un baile, presentamos un pequeño acto en el club, vamos a actuar. Habrá baile después sí, pero...

—No te han dado permiso y no me gusta que me lo pidas a mí; no son judíos y no los conocemos...

—Abrum, Abrum —se burla Jane— ya estás hablando como ellos, te sale horrible. No envejecas tan rápido, oye —se le acerca y lo despeina, lo abraza, ríe y se burla de él—. Somos jóvenes, ¿te enteras? Hay otros horizontes hoy día, hermano. Esta gente es como nosotros, como tú y yo, y no solo los judíos son buena gente. Abrum —lo mira con seriedad— no te preocupes, no van a convertirme, no van a lastimarme, solo vamos a disfrutar de una noche diferente. Cómo se te ocurre que pida permiso, ya ves cuánto te cuesta aceptarlo a ti, ¿qué crees que hubieran dicho los viejos? —de pronto aplaude contenta— ¡Ah! ya sé, tengo todo resuelto ¡tú vienes con nosotros!

—Pero —la perspectiva no dejaba de ser inédita, una experiencia que...

—Ya está solucionado —empieza a enumerar: yo puedo ir, tú me cuidas y te salvo de esa vejez prematura que se te viene encima.

En la esquina, junto al farol del otro lado de la calle, esperaban cuatro chicas y tres muchachos cuando Abraham y Jane salen a sumarse al grupo. El viento levantaba las faldas de las jóvenes y el gesto de contenerlas despertaba pudores y picardías.

La noche verá a Abraham atisbar asombrado la actuación del grupo, una obra con las ideas mesiánicas de Krasinski, que profetizaba la decadencia del mundo aristocrático y a la democracia y el comunismo como un nuevo orden. Y la algarabía del grupo lo hará sonreír, lo invitará a bailar, aunque no lo había imaginado y conversará en armonía con esta gente que no parecía sustentar el espíritu antisemita, eso que despertaba constante alerta en la ciudad.

Recuerda con sentido placer la felicidad de Janele y su mirada agradecida. No podía saber que uno de esos chicos la pediría como novia. Cuando Jane lo presentó como Stepan Wanke, al hermano ya no le provocó inquietud.

Quedó pensativo con el lápiz en la mano, tratando de tranquilizarse. Miró hacia las escaleras y su pecho latió precipitadamente. Arriba,

además de Dina, esperaban sus padres. Necesitaba imaginar un párrafo más.

Janele Janele, tú vivirás, tú eres nuestra semilla sembrando futuro. Estás a salvo en América y no sé si conoces los profundos abismos que se han abierto en Polonia desde que te fuiste.

El trazo del lápiz y la mirada quedan congelados sobre la humedad de la mesa. Su memoria se concentra en aquel chico no judío enamorado. Abraham no pudo adivinar el desenlace. No hubo consentimiento ni tiempo de consideración. Ambos decidieron dejar su ciudad natal. Aquel lapso quedó atravesado de desilusión y dolor familiar.

Arriesgaron múltiples peripecias para establecerse finalmente en el sueño de libertad americano. Allí, la joven generación encontraría el nuevo orden de vida al precio de no volver a ver a sus familias.

Abraham sacude la cabeza, y con lágrimas, eleva la mirada al cielo como agradeciendo la distancia y en medio de la desesperación, con una mueca que intenta ser sonrisa, vuelve a sentir el escozor de aquella despedida. La huida se volvía el secreto con el que debería informar a los padres. Curioso destino que uno parece llevar pesadamente sobre los hombros.

El último abrazo, largo y apretado, parecía denunciar el desconuelo de una intuición que no osaba nombrarse por temor de que se cumpliera.

—¡Ven con nosotros! —fue lo último que recuerda haber escuchado en medio de las lágrimas, viéndolos alejarse.

Y se quedó allí, con el brazo en alto, como una escultura que se va achicando a medida que el tren acelera la partida; su rostro estático forzaba una sonrisa de ánimo dedicada a la mutua incredulidad.

Sí. Estoy yendo hacia ti, Janele. Recuérdanos con amor para darnos vida. Vive para contar cómo nos destrozaron y luego nos asesinaron. Vive para preguntarle al mundo qué podía haber hecho, tú me conoces Janele no soy un asesino... No sé si lograré enviar esta

*carta, terminarla siquiera, tal vez tan rota y mojada ni se entienda,
pero hago fuerza cuando imagino que llega a tus manos. Mi queridí-
sima, solo puedo asegurarte que mi más profunda bendición se
queda contigo...*

Deja la hoja deshecha sobre la mesa, se quita el abrigo ya raído y mientras comienza a subir la escalera, escucha crecer los llantos y los ayes de sus seres queridos, esperándolo.

Capítulo II

En el umbral del gueto

La vereda resulta insuficiente para albergar a todos. Los hombres van tropezando unos con otros mientras el viento les balancea los abrigos, levitas negras y las *peiot* enruladas que se hamacan debajo de los sombreros. Obligados a bajar del cordón de la vereda para mantener el ritmo de la marcha, retoman con energía el bastón con el que van liberando el paso y avanzan. Todos se apresuran tras del ritmo ágil que impone el rabino, acompañando, rodeándolo, intentando convencerlo antes de alcanzar la puerta de su casa donde finaliza el recorrido.

—Rab Reuben, tiene que prometernos que no va a salir de casa si nada lo requiere fuera.

—No vamos a irnos hasta que usted lo prometa.

—Pero señores —protesta el rabino—, no es posible permanecer encerrado, ustedes conocen mi tarea, mi cargo en la sinagoga, mis clases para los jóvenes de la *Ishive*¹, cómo podría estar ausente...

—Son precisamente los lugares donde irán a buscarlo, rabí. Tenemos que protegernos mutuamente. Todos vamos a necesitar de todos, también de usted.

—Nadie sabe lo que puede pasar, pero cuando estos tiempos comienzan ya sabemos que no será nada fácil para nosotros.

—Pero cómo voy a cumplir mi tarea si me quedo encerrado —Rab Reuben levanta los hombros y abre los brazos.

—Nosotros vendremos a usted cuando lo necesitemos. No podemos arriesgarlo, habrá otros maestros que tomen su lugar en la *Ishive*, mientras tanto...

—Usted es un hombre agudo y perspicaz Rab Reuben, los nazis acaban de invadir Polonia. Cuánto tiempo cree usted que van a demorar en actuar contra nosotros. Y de nuestros vecinos polacos, esas joyitas,

¹ En ídish significa colegio judío.

tan llenos del viejo odio antisemita que no logran contener... ¿podemos esperar algo bueno de esa junta?

—Ya vemos venir los *pogromos*, rabí, usted ya sabe...

—Por favor, señores, tengamos calma —Reuben levanta los brazos y balanceando las manos hacia abajo intenta calmar la preocupación del grupo— yo también percibo el peligro, pero no nos anticipemos a situaciones que todavía no acontecen.

—Vamos rabí, la historia ya nos ha aleccionado lo suficiente.

—Proméтанos rabí, proméтанos que no saldrá.

La puerta se abre despacio y Braja asoma un poco asustada. Había percibido el tono de alarma en las voces masculinas y se siente inquieta.

—No lo deje salir, señora, los alemanes acaban de invadir Polonia. Hoy, primero de setiembre de 1939, es una fecha que no olvidaremos. Tenemos que cuidarnos.

Rab Reuben se separa del grupo, palmea algún hombre en el camino y se dispone a entrar en la casa. El resto se dispersa no sin antes saludar, recomendar, ofrecer, advertir.

Al cruzar el umbral y cerrar la puerta se yergue. Alto, atlético, elegante en su camisa blanca y chaqueta negra, abraza a Braja, la retiene junto a sí y entorna los ojos. La actitud espontánea de su hombre reafirma la preocupación de ella mientras permanece entre sus brazos, muy quieta con los ojos fijos y abiertos. Una cabeza pequeña, cabello rizado oscuro e indefinido como el color de sus ojos, asoma detrás del chal de lana que le cubre los hombros. Los niños han escuchado llegar al padre y corren a buscarlo.

Reuben se aparta de Braja. Acaricia la barba corta y negra con preocupación, mientras los observa llegar. Son tres pequeños, cuyas edades consecutivas no llegan al nivel escolar. Tres años, tiene la niña de vestidito de tafeta rosa y gran moña, que se las ingenia para que el padre la levante en brazos. Cuatro, el jovencito de camisa blanca que lo tironea para mostrarle un juego nuevo. El mayorcito, con apenas un año más, se estira y se acomoda el chaleco, muy atento a lo que está ocurriendo.

En el momento que el abrazo familiar los estrecha, se escucha un tamborileo ahogado en la puerta. Es Fruma que entra con el ceño arrugado, inquieta, gira sobre sí misma para comprobar que la puerta queda trancada. Se quita el tapado y deja a la vista su aspecto rozagante, falda corta color miel y una blusa blanca con puntilla. El cabello rubio cae con gracia, enmarcando sus ojos verdes almendrados. Sin embargo, no logra ocultar la sombra que los opaca. Luego de un breve suspiro de alivio se arrima al grupo inclinando la cabeza y cubriendo con los brazos el nudo familiar, que parece buscar refugio en sí mismo. Luego aproxima y retiene a cada niño, a Braja después y por último a Reuben a quien busca con la mirada. Él le golpetea con suavidad el hombro sin mirarla y con la niña aún en brazos, la comitiva atraviesa el estar y entra en la siguiente estancia.

En el comedor la cena está servida. Con más o menos apetito dan cuenta de ella secundando la algarabía de los niños, ese ritmo lúdico, no exento de algunas querellas. Fruma canta con suavidad una estrofa en ídish para satisfacer los reclamos infantiles y propiciar la retirada. Su voz despliega toda la calidez y ternura de la vieja aldea.

—Oifn pripechl sbrent a faierl, un in shtub is heiss.²

Cuando lo siente propicio Braja anuncia la hora de dormir y sube la escalera con ellos, bajo protesta, como es habitual.

Reuben y Fruma se miran en silencio. Ella pretende hablar y él lleva el índice a la boca como señal de silencio mientras aún se escucha parlotear a los niños.

—Lo sabes –más que interrogarla, Reuben lo asevera.

—Sí, claro –Fruma asiente cerrando los ojos–. Imposible desconocerlo. Hicieron suficiente barullo para anunciar su presencia y las amenazas que habrán de imponer en breve.

–toma un momento para respirar y cambia de tono– Te vi llegar con el grupo de la sinagoga, tío, me llamó la atención que te acompañaran.

Braja viene bajando las escaleras con aire preocupado, diciendo:

² En la chimenea el fuego está encendido y en la casa reina el calor. (Canción tradicional judía en ídish.)

—La propia gente le pide que no salga, que lo necesitan a salvo.

—Estamos todos asustados —asiente Fruma.

Sentados a cada lado de la mesa, sorbiendo en silencio el té de sobremesa, la conversación parece acabada antes de comenzar.

Fruma es sobrina de Braja. Lleva veinte años con lozanía, inteligencia y habilidad. Es muy bella y lo sabe. Sonríe y sus rasgos hacen soñar con tierras ignotas, con tribus que viven a orillas del mar. El cabello largo, luminoso, combinado con el frescor que habita en sus ojos rasgados, ejercen una atracción irresistible, tal vez por la mirada que destella en ellos, tan inquisitivos como inocentes.

—Tío, escuché lo que te pedían. Tú eres nuestro guía en la comunidad te buscan para conversar, pedirte consejo, escuchar cuando abres los temas de la torah, aprendemos contigo. También nosotros, tu familia, te necesitamos a salvo. Por favor, quédate en casa todo lo que puedas, yo te prometo averiguar lo que va sucediendo y venir a informarte. ¿Confías en mí?

—Claro, querida Fruma, cómo no voy a confiar en ti. Pero ten mucho cuidado tú también. Esto recién empieza —hace un gesto de desaliento y deja caer—: no puedo imaginarme quieto en casa, —hace un gesto breve de negación— trataré de ser prudente.

Braja no ha dicho palabra. La preocupación le surca el rostro. Para ocultar las lágrimas que empiezan a deslizarse, se levanta a recoger los platos.

Capítulo III

Shmuel, policía judío en el gueto

Inclinando el cuerpo pesado sobre la ventana, menos rechoncho que antes, pero de la misma exigua estatura, estira el cuello para visualizar el entorno. Tampoco demasiado para no ser descubierto espiando. Ver aproximarse a Abraham lo hace sentir incómodo. La cercanía del visitante lo obliga a incorporarse y se aparta de la ventana con gesto decidido; sin tregua se ve obligado a sujetar los pantalones tan holgados ya, que amenazan deslizarse y caer. Saber que debe ajustarlos lo insta a echar una maldición y mascullar con ira, *dónde está el maldito cinturón*, porque le sobra tela o le falta la vieja ración.

Lo veo venir y todavía no sé qué voy a decirle. Hay momentos en que quisiera desaparecer, esconderme, escapar a la selva junto a los partisanos, ¡pero no puedo abandonar a mi familia!

Sé que este hombre no es cualquiera. O tal vez lo es, ¡qué más da! –hamaca la cabeza–. No, no es lo mismo encarar al hombre cuando ha sido tan amigable, allá, en aquellos días antes de que llegara esta época maldita. –Hace un gesto de fastidio y resopla—: casi me llevan preso. Desde mi casa había escuchado un estrépito. Cuando salí había un montón de vidrios rotos frente al almacén de la esquina. Me acerqué, vi que faltaba la caja registradora y entré a mirar qué más había pasado. No hice nada, juro que no me llevé la caja registradora. – Shmuel habla en voz alta como si estuviera alegando en su defensa, no se sabe ante quién–. En ese momento llegó el dueño y me acusó. Le expliqué y no me creyó: que por qué no había denunciado el robo, que para qué había entrado al local si estaba tan oscuro. Igual llamó a la policía. Me quisieron registrar, y me negué, con qué derecho... ese mal tipo, un antisemita sin duda que se la agarraba conmigo porque soy judío, así les es fácil, el argumento de siempre. Después señaló la campera que llevaba puesta y aseguró que se la había robado. ¡Qué

sabía yo que él vendía camperas! No, le expliqué, se la compré a Moishe, mi paisano, que tiene su tienda a la vuelta. Para qué le iba a comprar a éste que es un antisemita. Se me puso complicada la cosa y tuve que llamar a un abogado. Ahí apareció Abraham muy amable, me escuchó cuidadosamente, con mucha paciencia, sonreía y yo no entendía por qué. Me dijo que no me preocupara, que bastaría con conseguir la declaración de Moishe, pero lo que pasó es que ya no estaba en ese local, se había mudado y yo no sabía para dónde. Entonces dejó de sonreír y el abogado del antisemita preguntaba y preguntaba, qué cuándo la había comprado, yo no me acordaba, dos semanas tal vez, tres, ni la había usado. Entonces me amenazó, dijo que ese modelo era de fabricación reciente, que no tenía ni una semana. Averiguó que Moishe hacía más de tres meses que se había ido. Bueno, bueno, nunca recuerdo bien las fechas.

Echa un vistazo a la ventana midiendo la llegada de Abraham, pero Abraham me creyó, juro que me creyó y volvió a sonreírme. Creo que le caí en gracia. Me palmeó con un lindo gesto y me pareció que no tenía que preocuparme. Alegó falta de pruebas ante el juez o algo así.

Ahí viene acercándose despacio, encorvado, con la cabeza baja, es como verle la cara, ya sabe la mala noticia, ya sabe que su hijo fue apresado en la redada. La información es un gusano que se arrastra. Pero nosotros no elegimos quién es la gente que cae en la batida. Los interceptamos en la calle sin mirarlos. No hay otra opción, ni quiero saber. Si los citamos por escrito, no vienen. Al principio venían, pero después de dos deportaciones se dieron cuenta de que no hay retorno. Y si no vienen hay que ir a buscarlos a las casas. Eso se vuelve muy fiero –mueve la cabeza para uno y otro lado– tenemos que forzarlos, golpearlos, lastimarlos. Cada vez es peor: nos insultan, hay que soportar que nos golpeen, nos griten judíos renegados, traidores, colaboracionistas. Nosotros callados, hacemos lo único posible. No soy traidor, me dan órdenes y si no las cumplo me matan a mí y a mi familia. Son ellos los que se rebelan y nos atacan si vamos a buscarlos. Los vecinos nos veían actuar y se metían en sus casas rapidito cerrando

la puerta. Claro, la gente no anda por la calle si puede evitarlo. Ni se asoma por miedo a que los atrapemos. A los SS tampoco les importa quiénes son, sino cuántos. Lo que pretenden es que cubramos la cantidad que ellos exigen. Y ya sabemos, no puede faltar ni uno. Después nos ordenan ir a la estación de tren, esa es la peor parte, estar ahí para que nadie se escape, nadie se resista, nadie.

Algunos no se resisten, quieren creerse el cuento de que los cambiarán de lugar, que los llevarán a campos de trabajo. Para mí es mejor que lo crean, yo mismo se los digo para que no se pongan nerviosos porque contagian a todo el mundo, ya me ha pasado. Uno grita y el resto entra en pánico. Terminamos forzándolos a subir al tren. Creo que es de lo peor que tenemos que ejecutar. Sí, es ejecutar... Claro que duele, duele en el alma. Pero hay que hacerlo, alguien lo iba a hacer igual. Mala suerte, me tocó a mí.

Los jóvenes –observa con cierto resentimiento a un trío que cruza corriendo y riendo por delante de Abraham– pasan a mi lado sin mirarme. Bueno, todos lo hacen, no los culpo, pero entre el miedo y el desprecio que me tienen, a veces me da tanta rabia que intervengo, sí, los amenazo. Ya sé que no es la mejor manera... bueno, amigos es mucho decir... pero hablar con alguno de vez en cuando. Al final el único grupo con el cual me comunico es el de la cuadrilla que trabaja conmigo.

—Acérquense –les dije el otro día a cuatro chicos que conversaban en la esquina con una actitud de complicidad y picardía. La manera en que me miraban ya me dio ganas de arrestarlos. Pero ese día no tenía que atrapar a nadie y no iban a arruinarme el descanso– cuéntenme qué están haciendo por acá.

No hay caso, no cae bien lo que digo. Siempre sueño a policía o peor.

—Cuéntenme –les repito– no tengan miedo no voy a llevar a nadie, sólo saber por curiosidad qué hacen los chicos en la calle.

—Estamos hablando del colegio, mañana... tenemos un pequeño... examen. Ya estudiamos y nos hacíamos preguntas de repaso, para ver si sabemos.

No era verdad, sé que pertenecen a un grupo juvenil que planifica tareas, son muy hábiles y hacen pequeños saboteos que nunca quedan en evidencia. Teníamos preparada una redada completa para un grupo de estudiantes de música y ellos se ingeniaron para desviarlos hacia una calle muy transitada que nos obligó a suspenderla. Son rápidos, hay que vigilarlos más. Sobre todo, se cuidan de mí, no soy confiable. Igual les dije que yo sabía que planificaban acciones, que podían contarme porque yo no los iba a denunciar, je je, no me creyeron. Me quedé pensando si denunciarlos o qué. No en el momento, pero si pasa algo y necesito inclinar la balanza a mi favor, los entregaría sin dudarlos. Acá en el gueto la única ley que rige es la de la supervivencia.

Shmuel mira el reloj, su familia puede volver en cualquier momento y no le gustaría que se cruzaran con Abraham.

La semana pasada el hijo mío salió a la calle, no se dio cuenta de que era una hora prohibida y los imbéciles de la cuadrilla tampoco reconocieron que era mi hijo y lo atraparon. Tenemos un pacto y lo rescaté, soy el jefe, puse otro en su lugar y nadie se enteró. El mío se pegó tal susto que no volverá a hacerlo. Pero no puedo revelarle a Abraham lo que yo pude lograr y él no.

Recuerdo cuando Korch vino a pagar rescate por su hijo como si yo lo hubiese secuestrado. Pero qué útil fue para reforzar la leña y almacenar más chocolates para los niños, porque la necesidad pesa más que la conciencia. Hay historias. Otro vino por el mismo tema, una tenaza había atrapado a su hija. No me ofreció dinero, ¡yo no iba a pedírselo! El hombre pensó un rato, y con un temblor contenido, respiró hondo y con la cabeza baja dijo algo así:

—Tengo tres más para alimentar. —Se dio la vuelta y se fue.

Es una mierda renunciar a un hijo, aunque vengan tiempos tan duros. Aunque también pienso que, si a él no le importó, ¿por qué me va a importar a mí? Acá en el gueto es fácil, todo se puede distorsionar. La gente entiende muy rápido, cuando aparece una urgencia, no da para pensar demasiado. Uno reacciona con lo que le brota de las en-

trañas. Y vamos, que tampoco es tan raro ser un *mamzer*³ como yo. Cuando no tenemos ley... bah, tenemos sí, pero cuál... ¿la de los nazis, la de la sobrevivencia, la ley rabínica? Cada cual tiene la suya ¡Elijan! En medio del caos, se puede elegir. Luba se me ofreció el otro día, no lo podía creer. En el barrio donde vivíamos la piropeaba y nada. Ahora ella se arrimó a mí creyendo que iba a dejarla andar por la calle cuanto quisiera. “De pronto podemos encontrarnos después del toque de queda” me dijo. Yo no puedo perder el lugar de jefe, la gente mira, no puedo caer en esas tentaciones a menos que haya una oportunidad ¡soy hombre! Mmm... –sonríe satisfecho para sus adentros–. Antes las mujeres no se me ofrecían, pero ahora...

Shmuel vuelve a mirar por la ventana –vive en la planta baja del edificio– evaluando el tiempo que Abraham tardará aún en llegar. Por el momento lo vio detenerse debajo de un alero, no porque quisiera refugiarse de la lluvia tan copiosa, él lo sabe, sino para recuperar el aliento y prepararse para negociar. De todos modos, va a demorar unos minutos más. Gira y contempla el interior de la habitación, aprecia la comodidad que no le exige compartir la casa con ninguna otra familia. Aunque disfrute de más espacio que otros y circule con más libertad, no tiene idea del tiempo que podrá disponer de su privilegio.

No estoy en buen lugar, acá ser policía no es algo respetable. ¡Qué voy a tener buena fama si soy el máncer hijo de puta del gueto! –sigue una mueca y un sacudón de hombros– Soy el responsable de las deportaciones, de la muerte, y si me presto a esto es porque soy un traidor sádico y un judío renegado, desleal, como dijo uno. Es lo que piensan todos, aunque no me lo digan porque les doy un poco de miedo. Nadie entiende que obedezco, que estoy amenazado... O entienden, mas no es momento para ponerse en el lugar de nadie, apenas de preservar lo de uno. Y qué hay para elegir, lo único es ¡sobrevivir!

El propio rabino me explicó que desde tiempos inmemoriales el mensajero siempre es señalado como responsable de las malas noticias que trae. Al principio me sentí muy desgraciado, ¿por qué me habían

³ Bastardo, cretino.

seleccionado a mí? Me citaron del *Judenrat* (Concejo del Gueto), en esa reunión había dos nazis lustrosos que me notificaron del cargo de jefe de policía del gueto, como si me vinieran a ofrecer el lugar de ministro. Y enseguida recibí instrucciones; tenía que reunir cuando ellos me avisaran, una cantidad de gente que iban a trasladar a campos de trabajo, donde estarían más cómodos. Deseábamos creerles, aquí vivimos tan hacinados, una familia entera en una habitación, otra familia en la habitación contigua, la idea de ir a vivir al campo, aun desconociendo las tareas era preferible a morir de pestes y enfermedades, como está pasando. Y si alguna duda me rondaba, desapareció cuando me dieron abrigo y gorra para los quince grados bajo cero de la calle y dijeron que podía conservar a mi familia y prometieron más alimentos. El hambre lo padecemos cada vez más y la gente está muriendo por eso. ¿Acaso está mal proteger a la familia? Al principio me sentí inseguro de ser policía de los judíos, luego me di cuenta que si me hubiera negado, me habría ido peor. Con los nazis nunca titubees, ellos mandan; si no obedeces, te matan. ¿Alguien cree que un judío más o menos les importa?

No sé por qué me tocó a mí, cuál de mis antecedentes seleccionaron para nombrarme, porque parece que saben todo. El mismo presidente del *Judenrat* me hacía gestos de afirmación para que aceptara, supongo que él mismo me propuso. Tampoco podía negarme. Pero igual estaba asustado y consulté al rabino. ¿Qué iba a responderme, que no obedeciera a los nazis?

Muchas veces me ven como si fuera nazi. Soy la mano que ejecuta órdenes. Nadie me compadece, no espero que lo hagan, a cada uno, bien o mal, le toca lo suyo. Los que reparten la comida también se echan encima el rencor de la gente que queda con hambre, los médicos que carecen de medicación, el sufrimiento de la gente ante la enfermedad y la muerte que yace en las calles. Si no quieres puedes no enterarte, hasta que te toca. Nuestro destino ya está escrito. Si es lo que padezco cada hora del día, entonces, ¿tengo que enredarme con estúpidos planteos morales? No soy filósofo, justicia aquí tampoco hay,

tenemos unas leyes de convivencia cotidiana que el *Judenrat* me pide que cuide para mantener el orden en el gueto. Salgo y encuentro de todo por la calle: tipos violentos, ladrones, fantasmas que deambulan, mendigos, distraídos, locos, enfermos, muertos...

Shmuel abre un cajón, retira un cigarrillo de la caja, lo enciende, inhala con fruición y exhala largamente entrecerrando los ojos. Luego se da vuelta, vuelve a apoyarse en el alféizar de la ventana, controlando los movimientos de Abraham y del entorno.

Que me digan culpable, si quieren. Tal vez ya perdí la sensibilidad. Por qué no, eso no te ayuda a vivir aquí. A veces parece que algo se me clava acá en el pecho cuando voy por la calle y en lugar de hambrientos merodeando veo una pareja abrazada, un beso robado, una caricia para un niño, ¡alguna sonrisa en los saludos de los vecinos! Verlo por la calle es muy fuerte, es de otra época. Tal vez me viene una nostalgia de libertad, de alegría, de cariño, qué sé yo. Cada vez veo menos demostraciones de esas, todo se está terminando. ¿Rebelarme? Contra qué creo que voy a rebelarme. ¡No podría ser más tonto!

Uno alza el escudo lo antes posible. Puedo decir algo que nadie me perdonaría. Ser policía es algo que muchos envidian en secreto. Nunca se animarían a confesarlo, pero más de uno... Te dan más raciones de comida, te dan abrigo y gorra. Eso te garantiza la vida... mientras estás vivo. Se frenan cuando imaginan qué van a pensar los otros. Esos me sacan de quicio, son unos estúpidos, creen que viven en “comunidad”, como antes. No ven que estamos todos muertos ya, ¡qué más da si comemos un poco mejor antes de morir! Yo mismo bajé veinte kilos en este año; al menos si voy a morir, que sea con la panza llena.

Shmuel suspira, se levanta a mirar por la ventana, la lluvia es tan apretada que el mundo parece cubierto con un velo impenetrable. Vuelve a sentarse en su sillón con un gesto de fastidio. Abraham salió del alero y se acerca. Prende otro cigarrillo y aspira el humo como si pudiera desvanecerse en él.

No es para alardear en público, pero debo confesar que vivo mejor que antes. Era un pobre sanitario y ahora soy el jefe de policía, ¿qué

les parece? Antes los judíos me regateaban unos céntimos y criticaban mi trabajo. Ahora me temen, en lugar de tironear me ofrecen dinero. Qué puedo decir, tengo que cuidarme, parecer disgustado con mi tarea. A veces prefiero recordar los cuentos de Sholem Aleijem que describía la vida, las desgracias judías y decía *Mir iz gut...* Y precisamente por ser huérfano lo decía: “A mí me va bien, soy huérfano” y todo el pueblo lo cuidaba y lo alimentaba. Yo podría decir como él, “A mí me va bien en el gueto, soy el jefe de policía y todo el mundo me respeta”.

Tocan a la puerta. Shmuel piensa unos pocos segundos antes de levantarse. Acaba de decidir qué va a decirle.

—¡Pasa Abraham, pasa!

Capítulo IV

Reuben, la fe sitiada

Imposibilitado de permanecer en su habitáculo, rab Reuben, ha salido a caminar. Atrás queda el tibio sillón cubierto con dos frazadas gastadas. Necesita empujar la puerta y desafiar la inclemencia para sentirse vivo. Necesita sentir la herida del frío abriéndose camino entre la escasa ropa, seguramente la última de buen corte que Joel, el sastre deja como huella de su habilidad. A punto de resbalar sobre la pátina congelada del escalón, los pies hierven anegados de agua. Clava la atención en el camino temiendo que se desdibuje a medida que avanza. A los lados la ventisca empuja volúmenes de casas que se deslizan sobre la superficie como sonámbulos camarotes. También se desdibuja su pensamiento, amenazado de desintegración, aunque pretenda aferrarlo con fuerza a la conciencia.

En la biblioteca su viejo maestro lee en voz alta las sagradas escrituras instalado en la gran mesa, tan cobriza como todo el mobiliario de aquel recinto. Un resplandor ambarino diseña la pulcritud y la elegancia que suele acompañar al apacible aprendizaje. La larga barba gris se mece al ritmo de la calidez de su voz. El único rasgo de inquietud lo delata el desorden de los libros que, abiertos, esperan turno a ser interrogados; la cavilación propiciará la luz que yace en ellos. Alrededor los alumnos –niños, adolescentes y algunos adultos– absorben complacientes sus palabras. Entre éstos últimos, Reuben se mueve inquieto. No ha tomado asiento como los demás, está de pie con la ropa hecha jirones y una intensa mirada demandante. Lleva las manos al cuello desgarrado de la camisa intentando aflojar la tensión.

Insiste en penetrar la escena en tanto ya no es niño y lo que ahora lo acucia ha sido desquiciado por el tiempo. Aunque difícilmente el

viejo maestro pudiese percibir la nueva situación, tampoco se habría hecho eco de su apremio. Reuben intenta expresarse, pero los sonidos no le salen de la garganta.

—Estoy perdiendo mis palabras, rabí, se ahogan por el mutismo del altísimo. Si nosotros acá en la tierra vaciamos nuestros gestos hospitalarios, ¿sobre qué anidará la existencia humana!

El viejo maestro habla del universo que vibra, de la tensión que siempre equilibra el juego. Y pregunta, ¿cómo pensar ese espíritu que nos rodea? Los niños expresan en voz alta lo que la percepción les dicta, los adultos sonríen y el viejo rabí asiente.

—Es tanático, —irrumpe Reuben con voz disonante sin recibir atención— el espíritu se ha vuelto tanático, lo siento resecaando mi piel.

La ventana de la biblioteca apunta hacia la calle. Reuben lanza una mirada que penetra la apabullada neblina. Se ve a sí mismo girando y buscando respuestas, a las que tan solo responden las sombras como látigos de tormenta que se desvanecen.

El viejo rabino argumenta que Dios conoce bien las tormentas de su pueblo, que éstas se reiteran para probar su fe. Que una y otra vez el pueblo judío retomará la vieja ruta de la adversidad.

—Está probándonos, ¿otra vez nos prueba? Nunca está conforme, jamás confiará en nosotros... cometemos errores, somos apenas seres humanos. ¿Acaso no lo entiende? —se detiene buscando otro argumento que reclama respuestas—. Aquel diluvio jamás rescató al mundo, para qué repetirlo ahora.

—Sabemos —prosigue el rabino— que el mal y el bien navegan juntos.

—Pero esta devastación es otra cosa, despliega una dimensión alterada, transfigura nuestras almas, siento que una catástrofe infinita se anuncia para el resto de los tiempos.

—Pero nuestro D' ha hecho un pacto con su pueblo y los mandamientos, “No matarás” prevalece sobre el hacer de los otros.

—Ese mandamiento está destinado a desaparecer y el pacto con D' no se conservará.

—Reuben se mueve inquieto— El hombre está condenado a ser la si-
miente de una civilización nueva y terrible. Usted ha leído el enunciado
de Borowsky, confíelo a los alumnos, adviértales. Tal vez ya sea tarde
y ya habremos perecido. Me espanta imaginar un retorno al caos. Ves,
maestro, ves cómo mi rostro revela las mismas frentes ceñudas y pre-
ocupadas que nos rodean —sus propios rasgos se muestran afligidos,
descarnados— ¿Es la marca de Caín la que toma el relevo?

El anciano continúa la clase. Hay preguntas y él sonríe satisfecho
de sus enseñanzas. Las respuestas, en cambio, golpean como estocadas
en el pecho de Reuben que insiste como si un filo cortante cercenara
la familiaridad con su viejo maestro.

—Rabí, por qué se empecina en referencias bíblicas tan ancestra-
les... ¿Aún cree que la letra de los diez mandamientos sigue vigente?
Han pasado suficientes siglos para que el hombre haya manipulado
lo mejor y lo peor de sí. Hoy nos damos de bruces contra un lenguaje
perverso que ha revertido la ley. Y esto también le acontece a usted en
esta época, lo reconozca o no...

El 20 de setiembre de 1939, Fruma atravesaba la puerta y su mirada
se detenía con una sonrisa al encontrar a Reuben en su sillón prefe-
rido, leyendo. Extrae del pequeño bolso el informe que trae escrito.
Él la observa con afecto.

—Tu informe prometido. Dímelo tú misma.

—Temí que hubieras salido. La calle es un éxodo loco. Mientras
unos huyen de Varsovia, otros llegan. Vienen de todos los rincones del
país muy asustados con la invasión de los bárbaros. Han abandonado
sus pueblos, el trabajo de toda su vida, para salvar la piel, dicen.

—Como si la capital los protegiera, como si estuviera libre del de-
sastre —comenta Reuben moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Los sucesos ocurren tan rápido, en este momento la ciudad está
rodeada, no permiten salir ni entrar. No sé cómo hacen. Tampoco hay
provisiones, tío, la gente se desespera por un trozo de pan.

—En eso hemos de gastar nuestra energía y nuestro talento —menea la cabeza—. Son situaciones extremas y el ser humano reacciona con un primitivismo, una fuerza bruta con la cual cree que se defiende. —Asiente lentamente—: Sí, lo sé, tienen miedo de morir de hambre. También lo he visto, Fruma. Nuestra hermosa ciudad, destruida como Sodoma y Gomorra. Algunas calles han sido borradas de la faz de la tierra por causa del fuego, y los escombros pueblan los barrios.

—¿Lo viste, tío? —pregunta desconcertada.

—Estuve caminando por ahí, deambulando entre ruinas humeantes.

—Extrañé mucho los festejos de *rosh hashaná* este año.

—Retuvieron a los judíos en la sinagoga. Siento vergüenza de no haber ido ese día. Estamos perdiendo la dignidad.

—Te avisaron a tiempo... —Braja deja de trajinar al escuchar estas palabras y aparece en el estar— ¡Gracias a Dios! Si te llevaran nadie sabría adónde.

—¡Con qué ánimo se pueden entonar cánticos de festejo, el *kol nidrei*! —murmura Reuben hamacándose en el sillón.

Un largo silencio se instala. Reuben mueve la cabeza.

—Sin pan, sin harina... —Fruma baja la mirada.

—Sin agua —completa Braja—. Temblamos de nervios por lo que estamos pasando, esperando lo que aún no sabemos.

—Todo va tan acelerado.

—Y sin embargo estamos esperando al ejército de Hitler —tercia Reuben. Las dos mujeres lo miran sin comprender.

—Pese a estos horrores esperamos a sus soldados como si fuera lluvia de primavera

—explica el rabino—. Tan exhaustos, tan impotentes estamos que solo queremos descansar un poco, aflojar esta tensión inaguantable; aunque sea bajo las reglas de Hitler —y luego de un suspiro, agrega—: saben, mañana a las ocho de la mañana, los bárbaros llegarán, entrarán por los portones de Varsovia, créanme, ¡como héroes victoriosos!

Concentrado en sus pensamientos sin percibir el desgarrar que el estilete del viento le ha dejado en harapos, se ha detenido en medio del aguacero. Un trío de niños que parece jugar a salpicarse, cruza por delante suyo saltando la corriente que hierve junto al cordón. Dos de ellos van descalzos, cegados y empapados, gimoteando. El tercero va delante, mantiene un gesto sobrio, empecinado y silencioso, mientras revuelve mendrugos en su bolsillo.

—¡Dame uno! ¡Dame a mí! —claman los descalzos. Pero la criatura de once años que ha mutado en hombre en pocas semanas, ya ha decidido quien recibirá las migajas. Y no será ninguno de ellos.

La mirada de Reuben se oscurece al evocar otras siluetas.

—Mis tres pequeños... ¡cómo quisiera no haberlos deseado nunca! Los he introducido en un infierno demencial de odio como mi mente jamás engendró. No me es ajena la violencia, pero ser testigo de su legalización... Venir al mundo se ha vuelto una amenaza. Vivir, resulta una afrenta. No puedo concebir qué podría sucederles a mis hijos... no, ese es mi pensamiento prohibido.

De pronto anegado, el tejado que vibra sobre su cabeza se precipita y barrena sobre el piso. Sobresaltado, el pecho le queda latiendo. Entorna los ojos y aspira hondo hasta sentir lástima de su cuerpo y de la ropa que lleva y enrojado de ira aprieta los puños. Se inclina para levantar las tejas y, una por una, las va arrojando hacia el techo sin importarle que vuelvan a caer, le golpeen la cabeza o los hombros. Aunque el gesto resulte inútil, hay momentos en que es vital conjurar la degradación. Cuando se calma, eleva los ojos muy arriba, a dónde no sabe acceder.

—No, no puedo evocar el pasado como refugio. Retenerlo... ¡qué burdo desvarío! Recordar es tensar esas imágenes que hoy sellan la certeza de lo que ha desaparecido ya.

—Reuben con el brazo en alto, grita—: ¡Tú mismo desapareces, Señor! —sus hombros caen desalentados—, y ¿qué nos resta? Tan solo un mísero ser escurriéndose al fondo de tu sumidero —retorna a caminar y da pasos largos que roturan la calle de tal modo que no puede detenerlos.

Y no quiere. Hasta que otro estruendo estremece recrucece sobre el anterior. Un carretón con alimentos, tironeado por un macilento caballo que a duras penas dirige un viejo conductor, golpea contra una saliente de piedra y eleva la rueda en la medida justa para que el eje se quiebre. Reuben lo ve en cámara lenta, ve cómo se da vuelta la preciosa carga, pese al gesto inútil de contener lo que ya está despararramado sobre la vereda, resbalando calle abajo, mojado, aplastado por la rueda, la propia lluvia, las calendas de la fortuna.

Una infame mezcla de papas y pan queda catapultada más allá del carro. Los tachos de grasa se abren y diluyen las vetas amarillas sobre las piedras. Algo parecido a granos oscuros de café quedan esparcidos, lívidos, corriendo junto a las aguas que escapan del gueto, así lo hubiera deseado el pequeño grupo que ya rodea el carro, que mira envarado cómo se extravía el alimento del día. Y cómo la penuria potencia el maldito hambre; porque el filo del hambre es una estocada al vientre que ya anticipa veinticuatro horas más de privación. ¡Y todos a una se abalanzan sobre la pura carencia, se empujan sobre la nada que flota, para atrapar... nada!

El profundo respiro de Reuben recostado contra un árbol, aspirando aire, lluvia y niebla, no puede contener la náusea en sus entrañas ni el disgusto de un pensamiento que tampoco logra concluir.

—¡Qué pretendes, Dios!, ¿aniquilar el resto de sensibilidad que aún conservamos? ¿qué efecto crees que tendrá este lastre de infortunios en cada uno de nosotros? ¿No ves que nos mimetizamos con la iniquidad? Mi propia ética declina ante el Hambre. No puedo seguirte, Señor, tu presencia espiritual se desvanece como mi fe —un gesto de negación se repite varias veces—. No te veo mirándonos, Señor, de la misma forma en que nadie ve que los miro. Y te olvido y me olvidan.

Con decisión Reuben parece retornar a la vieja biblioteca y apropiarse del lugar de su querido maestro. De pie, frente al hogar cuyos leños irradian humeante calor, con ansiedad, el discurso pretende disipar las ilusorias falacias que la colectividad pretende sostener, tal vez deseando hallar una senda posible. De lucha sin duda.

—Cuando la vida está en juego no hay leyes ni rabinos que amparen... ¡nada! —respira hondo para demorar lo que va a afirmar—. Ni Dios puede dirigir nuestras vidas. Sus preceptos religiosos terminan matando de hambre a la gente —resopla brevemente—. ¿Quedaremos atrapados en nuestra propia miseria, sin recursos? Hemos de reconocerlo, ¡estamos ante un desafío desproporcionado, y no es posible asumirlo!

El rabino viejo sentado entre los jóvenes parece mirarlo con severidad. Ladea la cabeza. Finalmente emitirá con tono grave y voz profunda:

—Lo que más daño puede hacernos a todos es perder la fe. Busquemos respuestas, somos su pueblo, Él nos concedió el libre albedrío. ¿Acaso el desafío es personal, de cada uno?

—Rabí, ¿me está diciendo que no debo pensar en designios divinos, que este infortunio de castigar al débil proviene del libre albedrío? —despliega una sonrisa irónica—. Maestro: ¿acaso trata de salvar a Dios? Si el hombre toma el relevo estamos volviendo “al caos, a la confusión y la oscuridad”. ¿Acaso retornamos al origen en el cual no existíamos —se detiene atravesado por una duda— ...acaso aún no existimos?

Consternado y jadeante, diluye con un gesto la imagen del viejo profesor, busca alrededor, ¿bajo la lluvia? nuevos interlocutores, mientras repite para sí, *Dios no oye, a quién le hablo, a quién le hablo...* Nadie se perfila, nadie quiere exponerse al temporal de los tiempos. Gira en forma errática hasta que *esa* idea surge de pronto; lo aterriza, lo hace retroceder, lo impele a notificarla. Pero... ¿a quién? ¿dónde? —retrocede frenético, pulsa sus andrajos y gesticula hacia una ventana del edificio contiguo—. Sí, ha visto asomar a su padre, inclinándose sobre el marco. La lluvia parece apartarse de él al punto de no salpicar siquiera el *talit*⁴ con el cual ha estado orando. Como si de un profeta se tratase, Reuben emite un suspiro de alivio.

⁴ Manto con el que se cubren los hombres para orar.

—Padre, no sé con quién hablar, imposible pensar yo solo estos temas. Escúchame por favor. La nueva consigna “Corrupción o muerte” es una trampa; la corrupción urdida con sufrimiento es un mero tiempo de cosecha para ellos. ¿Ves el engaño, padre, ves cómo la seducción instala nuestra peor humillación?

Un aroma suave de infusión alimonada atraviesa la lluvia, baja hacia él para hacerle sentir una vez más el dulzor de una cuchara mediana revolviendo azúcar en un vaso de té, humeante.

—Sube Reuben, toma un té caliente, pensemos juntos —quiere escuchar. Pero no hay tiempo para decidir, para concluir, para concebir palabras donde no las hay.

Reuben prosigue sin interrumpirse.

—¿Cómo alivias la impotencia que te atrapa? —abre los brazos y explica—: tienes que hacer algo, un acto, poco importa si bueno o malo. —Cierra los brazos—. Un acto de maldad también puede restituirte la ilusión de que aún eres tú el que decide: robar, transgredir, denunciar, lo que sea para hacer fulgurar una esperanza, —empalidece y afloja los hombros— aunque dure un suspiro. Aunque en seguida reavive la desesperación. ¡Ay de aquel que se extravíe! —Pasa el brazo por la vista para enjugar la lluvia—. Un acto, y otro cada vez más vil, se volverá imprescindible y hará pedazos la dignidad. Confundirá necesidades con valores y ya no sabrá dónde está la diferencia.

Baja la cabeza intentando sortear la lluvia. Pero el caudal parece aumentar y cubrirlo. Los zapatos se insertan en el suelo, adoptan su forma y parecen independizarse de los pies que ya no siente, como tampoco siente el frío. Sacudiéndose, Reuben musita llevando la mirada al balcón:

—Ya hemos comenzado a transitar el desdichado camino —vuelve a bajar y elevar la cabeza hacia la ventana—. ¿Lo ves, padre? Me asusta pensarlo en solitario, no sé qué camino abrir. Van a matarnos, pero matar nuestros cuerpos es pura marcialidad nazi. Su verdadero triunfo será haber logrado corrompernos como víctimas, sumergirnos en una ciénaga infecta, en su misma peste ética e inmoral.

—Recuerda que el pueblo judío es “elegido” para reflejar la errancia de las verdades en eterna incertidumbre —la voz de su padre le retumba en la cabeza—. Juicio de existencia o juicio de verdad, los judíos lo intuyen y una vez más ratificamos nuestro destino.

—Padre, ¿acaso el costo de trascender será nuestra existencia, esta identidad siempre por fuera, errante, sin reconocimiento de igualdad? Ni tan siquiera un territorio posible donde cobijar nuestros cuerpos.

—Pensar precede nuestros actos, pero no provee territorios ni verdades. Tampoco detiene el mal. Empecemos por no renegar de nuestra propia identidad.

—Si hay algo que comprendí estos días, padre, es que este maldito sistema no desaparecerá, se multiplicará el no reconocimiento, se extenderá sobre la tierra toda —continúa inmóvil con la mirada fija como si lo estuviera viendo—, los poderosos ejercerán la supremacía con el derecho a matar —quieto, sus ojos parecen desorbitarse—. Nuevas impunidades se aproximan. Nuevas tentaciones —gira hacia la ventana, apresurado—. No te vayas, padre, dime que me excedo, solías decirme de niño.

—Hijo, hablas como un profeta que conoce el futuro, te estás olvidando del Hacedor.

Un caño, invisible bajo las baldosas, estalla por el frío. El agua servida invade el espacio y la fetidez embebe el aire, roba la pureza de un agua limpia que comenzaba a aliviar la pestilencia de la vida cotidiana. Tambaleante, Reuben se aparta sin poder evitar una revulsiva rociada. Golpeando el piso con el pie para sacudirla, echa un vistazo hacia arriba y cierra los ojos. La lluvia sigue cayendo en picada sobre la tierra.

Se siente desesperar, la vista se le nubla buscando enfocar el centro de la catarata. Insiste con ira, quiere ver, ya no tolera más incertidumbres, quizás se trate de acabar con la maldita postergación de su ira.

—Sí, a Ti quiero encontrar, Tú el Único, el Innombrable, el Eterno. ¡Oh! Me permites acercarme... te veo, ¿te veo?, yaces apoltronado en tu níveo tabernáculo. Tu vestimenta blanca con hilos argénteos se

extiende por toda la superficie que me es dado ver. Ah, Señor, ¡careces de rostro, careces de cuerpo! ¡Ah, me impones la prohibición de la imagen!

Quizás el cerebro de Reuben esté creando circuitos neuronales nuevos, porque allí no hay nadie. Sin embargo, acuciado, se autoriza por fin a soltar su voz.

—Háblame señor, ¿qué podía yo decir a Shmuel? ¿Acaso que su pobre alma resista al monstruo nazi? ¿Que no sucumba a la seducción de una mentira cuando tu propio salmo anuncia crueldad? —Desquiciado, ya no puede dar marcha atrás. Y sigue, sigue, quién sabe, tal vez hasta el abismo—: ¿cómo es tu ley cuando el destino avanza implacable hacia la pura destrucción? —Se detiene como si esperara respuesta—. ¿Cuál es tu mandato? Nos dejas en soledad, al borde del abismo, tu ley no basta, tus repuestas no cubren las terribles decisiones que exigen nuestros guetos. Cada rabino debería abstenerse de evaluar las decisiones que tome cada judío. Dime, Tú, ¿¡quién tiene el saber justo!? ¿¡Quién se atreve a juzgar!?

Impactado, temblando, sintiéndose sumergido en la herejía, extrañado por fin de sí mismo, hace del terror rebeldía y de la imposibilidad, decisión. ¿Tendrá que enviar a Sacha, tal vez a Fruma, los mensajeros de los guetos, a coordinar un encuentro con otros rabinos? Cierra los ojos, siente distenderse los hombros respirando con dificultad. Con la mirada fija en la bruma deja al descubierto su desconcierto de niño abandonado. ¿Cuándo comenzó esta devastación, esta destrucción universal? Resopla un momento y al tirar la cabeza hacia atrás se ve en un sillón, en la añorada sala, su sillón preferido, antes de que la comunidad recibiera la orden de traslado. Habría de instalarse el gueto, en el barrio más humilde. Fruma deslizaba notas bajo la puerta, cumpliendo su promesa. No por azar se convertiría en mujer correo. Escuchaba deslizarse el papel e imaginaba a Fruma introduciendo la nota debajo de la puerta, sin llegar y sin pretender perturbarlo. O tal vez ya tendría encomendada otra misión para esos días.

Hacia un mes y siete días que los nazis habían invadido Polonia. La misiva era de una medida justa.

Octubre 7 de 1939. Cada día trae incidentes nuevos y cada vez más graves. Las tropas polacas acaban de rendirse a los alemanes. Pero nuestros vecinos polacos no aprenden nada. Ayer les sobrevino la invasión que como modelo de catástrofe nacional, fue el mismo infierno. Pero el odio a los judíos sigue siendo más fuerte. Parecen complacerse viendo la humillación de nuestro lado, viendo, por las calles, cómo detienen a los judíos con barba para recortárselas, tironearlos, golpearlos.

Arrastraron ciento cincuenta hombres fuera de la sinagoga, los arrojaron dentro de un camión y se los llevaron, dicen que a trabajos forzados. Vi cómo le quitaron el abrigo a un judío, para regalárselo a un cristiano, lo vi morir de frío, te juro, lo vi. Cuánto más horror siento, más me endurezco. Muchos polacos desconocen el idioma alemán, pero aprendieron a decir “ein Jude”, para apresurar la próxima expulsión.

Suspendida por un momento la catarata de lluvia, un pequeño aparece a través de la grieta de una pared deslizándose por el suelo. Como en una pantomima se arrastra con dificultad por un charco, sosteniendo sobre la cabeza un envoltorio demasiado grande para su tamaño. Detrás de un árbol una figura joven recoge el bulto, tan rápido como el tiempo que ambos demoran en desaparecer. Reuben de espaldas no lo ha visto, ocupado en percibir su respiración entrecortada. Sin apaciguar la chispa enloquecida de los ojos, prosigue increpando, ya sabe a quién.

—¿Acaso sobrevivir está reñido con la fe? ¿Contrabandear, falsear documentos, huir a los conventos cristianos es traicionarte? Nos azotas con el amor al prójimo... ¿¡acaso crees que hemos de amar al nazi!? No somos dioses. En la época del primer templo tu ley ordenaba

morir antes que abandonar la fe. ¿Están hoy contigo, acaso, aquellas almas?

Entumecido, transpira de frío. Se acomoda el abrigo restableciendo la inclinación de los hombros que se expanden descargando agotamiento. Pero no lo percibe, tan inmerso está en reflexión. Por el contrario, una nueva oleada de argumentos le estalla en las vísceras y desbordan de su boca:

—Convertirse hoy, ya no es herejía ni traición. Es una incauta esperanza que no garantiza la salvación ni la vida. Tampoco la ley aplica igual, y el nazismo no pretende convertirnos sino aniquilar nuestra existencia. Somos ya carne acecinada para sus hornos. Y tengo otra pregunta para tu silencio: qué decirle a Abraham, ¿podría hablarle de juicios rabínicos confiados en tus ancestrales designios? Estás viejo, Señor, el mundo ha cambiado y tu mensaje insiste en sostener creencias pretéritas. Me avergüenza pensar que sólo hemos de adorarte a ti, estaría rehusando mi lugar en la tierra, traicionando a mi gente y a la época a la que pertenezco. Y no me acuses de apostasía, me diste la capacidad de tomar mis decisiones. Es lo que hago.

De pronto, atravesado por un estremecimiento, decide que el silencio de Dios ya no lo afecta. Se yergue fortalecido:

—No, no te he perdido yo a ti. Tú me has perdido, me has avergonzado... Tú nos has negado... a tu propia gente.

Un enorme balde de latón comienza a desbordar agua en el frente de un pequeño edificio y la gente se apresura a acarrearla, limpia, para las cocinas y los baños. Por fin algo de lo que sucede refresca el cerebro en ebullición del rabino y por un momento el rostro se le distiende. Se va alejando sin dejar de cavilar, ahora, consigo mismo.

—Me estoy regodeando en abstracciones, perdido de D', lo desconozco a Él y desconozco en quién me he convertido. Me horroriza ser consejero de una transgresión, si estar junto a quien le urge el pan, lo es. Sin duda me he vuelto hereje, acaso ya no importe. Según rab Eitan, Satanás el ángel, tentará y juzgará nuestras almas —su breve silencio se continúa con una risotada forzada—. Ya ha tentado la mía. Cuando

seamos puros, –solía decir Eitan y yo intentaba entender de qué hablaba aquel digno rabino– entonces llegará el Mesías. –Respira hondo–: mmm... y yo no sabía si Satanás se volvía Mesías o el tío Eitan simplemente abusaba de mi inocencia infantil. Satanás el Mesías... Satanás ¿el Mesías?

Con un ronquido se separa del árbol y echando la cabeza atrás ríe y ríe, acometido por un profundo espasmo. Sacude el cabello mojado hipando hasta perder la respiración. Tose, atragantado ahogándose en un sollozo que alterna con carcajadas. Más sabio que su propia reflexión el cuerpo ha tomado el relevo. Doblado hacia adelante por la risa, anegado en sudor, el endiablado rugido convulsiona por fin. Los sacudones lo hacen caer atrás entre gemidos que no puede contener. Aspira el agua de la lluvia, se atraganta, escupe... ¿Bendición del altísimo que le permite restituirse desde lo más primitivo de su cuerpo y sus emociones? ¿O tentación de Satanás?

¿Da igual...? ¡Da igual!

Dos veces tiene que llamarlo Fruma para que Reuben conciba la proximidad de un ser humano en medio del azote de la tormenta. Reuben gira sobre sí mismo como si bajara de lo alto de una cima cegado por el sol, busca en derredor hasta volver a escuchar por tercera vez aquel llamado que va a redimirlo por unos minutos. Se siente agradecido. Entonces sintiendo correr la catarata que le resbala por el cabello, por el interior de las mangas del abrigo, percibiendo la ropa adherida al cuerpo, se encamina, sin perder la compostura, con una sensación de alivio, hacia la pequeña construcción desde donde ella le hace señas.

En el edificio de seis pisos, cuatro departamentos por piso alojan diez personas

—dos familias—, en cada uno, cuya suma arroja, si así fuera, dos cientos cuarenta apretados habitantes. Fruma no pierde su objetivo, sabe que hay peores. En el pequeño hall de entrada, hace señas al rabino que se acerca con una mueca de sonrisa.

—Fruma querida, pensé que habías salido del gueto.

—Ven Reuben, pasa, voy a buscarte una toalla, estás tan empapado.
—sus manos rondan la figura del hombre sin atreverse a tocarlo. Se contenta con retener sus rasgos volcando sobre él una mirada láctea que él jamás habría de captar.

—Sí, mojado —levanta los hombros—: ¡qué más da!, un poco más, un poco menos, acá nada fluye, solo el agua. Tal vez por eso quiero sentirla. Pero volveré a salir en seguida, despreocúpate. ¿Cuándo volviste?

—Anoche.

—¿Todo estuvo bien?

—Sí, por suerte, no hubo nada destacable esta vez, la ansiedad de siempre.

—Fruma hace un gesto aquiescente que pretende desviar acontecimientos de la víspera. —Vacila un momento, aprieta los labios y con un suspiro, le dice—: pero tengo noticias para ti, Reuben.

—¿De verdad? —sus ojos revierten la atención hacia los oídos.

—He visto al rabino del gueto de Cracovia. Le he transmitido tu interrogante. Qué hace él con la desesperación de la gente, le pregunté, cuál cree que sea el motivo para que suceda esto, cómo Dios permite...

—Oh, perdón Fruma, no debí pedir que cargues tú con el fardo de mis dudas.

—No te inquietes tío, yo también quería saber. Cuando nos reunimos con los compañeros tenemos que enfrentar temas muy difíciles, tenemos que tomar decisiones, planificar con rapidez y no siempre coincidimos con la moral que nos enseñaron. Tampoco esperamos que les guste.

Reuben se inclina para interrogarla, pero Fruma lo detiene.

—No, tío, no me preguntes. Decidimos por nosotros mismos y acordamos no consultar con los adultos. Nosotros no nos ajustamos a las mismas consignas que los ocupan a ustedes como proteger a la familia, tenemos que pensar más allá, más libremente, estos tiempos no tienen historia de la cual aprender. Tal vez nosotros seamos la nueva historia... si sobrevivimos.

El rabino baja la cabeza con un gesto de afirmación, sin replicar. Cierra los ojos el tiempo justo para que Fruma reciba su aceptación.

Renunciar a intervenir ante lo que debaten los jóvenes le deja el pecho como un gavilán hambriento. Y con discreción sutil, vuelve sobre el tema inicial.

—No le habrá sido fácil responderte. Si es que ha podido...

—El rabino de Cracovia ha puesto a la gente a trabajar para los nazis —el rostro de Fruma se ha envarado.

—¿Que ha puesto a la gente a qué?

—Sí. Se han vuelto abastecedores de los SS, confeccionan la vestimenta y les arreglan los uniformes —su rostro se afloja y agrega en voz baja—: él considera que, si se vuelven necesarios, les permitirán vivir. Para él lo que importa es la vida. Me lo dijo, lo subrayó con convicción para que te lo transmitiera.

Ella lo mira desconcertada. Él responde con el mismo desconcierto.

—Él hizo eso, por Dios que nunca se me hubiera ocurrido, jamás me hubiera atrevido... colaborar con... perdona Fruma, no debí involucrarte...

—Dime qué piensas, quiero saber cómo actúas. Ya no soy una adolescente, tío, no sé si queda alguno. Esto nos hace crecer sin elección, sin vuelta atrás. Solo cabe avanzar, tomar decisiones, *schnell*, como dicen ellos. Si nos equivocamos, no hay opción de corregir o rectificar. Dime qué piensas tú —la súplica se extiende en una mirada tierna, que ha aprendido a ocultar.

—Estoy confundido —frunce el ceño con la cabeza gacha durante unos segundos y pasea brevemente en torno al pequeño espacio que dispone.

—Tío, la mayoría de la gente del gueto no se rebela, tú sabes, se lamentan, pero no tienen fuerza para tomar las riendas. Si alguien piensa por ellos y les dice qué hacer, alivia los latidos del miedo. No saben qué camino tomar y rebelarse es un gran riesgo. En un gueto es casi impensable que un alma solitaria se envalentone, créeme, ya he estado en varios. Aportar ideas, sugerir actos, es una temeridad peligrosa para los adultos. Quien se juega solo, obtiene el rechazo de los otros y muchas veces termina escabulléndose del gueto.

—Pero a ustedes los jóvenes no les cabe esa descripción.

—No, para los jóvenes es otra cosa. El miedo no nos detiene. Y no seguimos solos, hay tantas maneras de sobrevivir. Lo que no hay son garantías de logros. Pero ése es otro tema.

Reuben, ensimismado, no registra molestia de que de sus prendas siga resbalando agua y barro. Fruma, mientras tanto, espera en silencio la respuesta observándolo sin ser vista. Pero se sobresalta cuando él levanta la mirada y su inesperada expresión es de un súbito alivio plasmado casi en una sonrisa. El gesto interrogante no es desapercibido por el rabino.

—No, no estoy confundido —toma el brazo de Fruma y lo aprieta—. Lo veo claro. El rabino de Cracovia me devuelve el derecho de tomar una decisión. Se trata de recuperar mi libertad para pensar. ¿No es acaso lo que ustedes los jóvenes deciden? —Se acerca a la jovencita y la abraza con cariño—. Fruma querida, gracias por el riesgo que tomaste por mí. Es tan importante lo que me transmites como lo que puedo vislumbrar de vuestras jóvenes reuniones.

—Me temo que no entiendo.

—Es simple, significa que la decisión la toma quién se encuentre en posición de hacerlo —hace una pausa y la energía aparece verbalmente en registro alto—, es tomar decisiones, independiente del mismo Señor. —Luego de una pausa breve retoma con su tono de barítono para agregar—: No puede haber reglas que nos equiparen a todos. Ya yo advertía esta salida, querida Fruma, tu valiosa información me da un modelo base, libera mi duda —de inmediato vuelve a cruzar un pensamiento oscuro que lo hace resoplar—, también me atemoriza, no lo dudes.

Fruma repasa el rostro de Reuben, en el que se traza el recorrido de sus pensamientos. Lo mira con un gesto de interrogación, intentando penetrar más hondo. Él capta su inquietud y trata de explicarle:

—Lo que permanecerá en riesgo, Fruma, es la ley moral y la ética que va con ella, tú y tus compañeros lo captan muy bien. Es la que habrá de pesar más que nada en la salvación.

—¿...salvación? ¿En cuál salvación estás pensando tío? ¿Cuántas hay?

Reuben queda envarado, inclinado hacia adelante, suspendido por un momento. Ella decide aliviarlo de su prevención.

—¿Quieres que interroge a otros rabinos? La semana próxima volveré a viajar. Iré a Lodz y trataré de captar cuál es ese criterio de salvación que maneja cada rabí. Porque evidentemente son diferentes...

—No, querida. No es necesario, ya he comprendido.

La avalancha de agua mengua hasta detenerse. Reuben logra enjugar el rostro acariciando la barba recortada —aún oscura— que lo enmarca. Calmarse y comenzar a reconocer al *otro* que habita dentro de sí es el siguiente paso.

Algunas figuras comienzan a aparecer en el escenario callejero antes de que el viento logre escurrir los barrizales. De inmediato varios niños lo rodean reclamando alimentos para llevar a sus casas. Más allá los huérfanos, los que quedaron solos, se estiran rogando por un bocado. Aún no se ven sus pares y Reuben se siente abrumado. Los que surgen de las esquinas, de las casas, son enfermos abandonados, ancianos que, si tuvieran fuerzas, podrían concluir el atroz padecimiento.

El cerebro de Reuben amenaza con estallar, da un brinco y gruñe como si presenciara las oscuras bocas de las cavernas. ¿A quién está viendo ahora?

—Mira tu obra, Satanás, mira a los niños famélicos tratando de amparar la impotencia de sus padres, el gesto inútil de los ancianos queriendo encontrar algo donde no hay nada. No tienes medida para el dolor, Satanás, los dejas caer muertos en la vereda, sin pudor. ¿Me inoculas tu indiferencia, qué siento yo al pasar a su lado? Shmuel ya lo dijo, “yo también estoy muerto”. Acercó un mendrugo, una palabra imposible, un palmoteo, ya no creo en mi propio gesto, tan vacío como el de los otros. Lo veo en las miradas, ellas no mienten.

—Otra vez estoy ante la academia sin saber cómo llegué. —Le toma algunos segundos el intento vano de acomodarse la ropa, tan lamentable

es su estado. A pocos pasos de la casa de estudios, Reuben se detiene. Los jóvenes que salen con agilidad del instituto rumbo a los refugios, levantan la mano y lo saludan. Éste sostiene la suya levantada mientras su mirada pasa, los atraviesa hasta perderse de vista. Un tierno y pequeño tropel que ríe y corre con esa energía inagotable –dice para sí.

En seguida ve aproximarse la figura de Fruma. Sin duda viene a tomar sus clases de filosofía, el maestro le ha comentado la inteligencia y sensibilidad de la joven. Ternura y compasión brotan de su mirada esperando que ella lo descubra. Tan joven, tan expuesta a la gestión a la que se ha encomendado, tan vulnerable y confiada. La necesidad de cuidarla se apodera de él.

Fruma lo ha visto, enlentece el paso hasta detenerse a su lado. Le sonrío y él asiente con la cabeza. Unos segundos después, la oye preguntándole:

—¿Qué hace nuestro rabino en la puerta del colegio, ¿vienes a dictar alguna clase?

—No creo que tenga nada que enseñarles, hoy. Por el contrario, vengo a libar del maravilloso espíritu de los jóvenes.

Tebe llega en ese momento, seguido de otros compañeros que acaban de escuchar las palabras del rabino y con una sonrisa, interviene:

—Ni espíritus ni palabras, rabino. Este es el tiempo de acción.

—Tiempo de acción –Reuben repite pensativo.

Los jóvenes que llegan se van ubicando hasta dibujar una herradura en torno a él.

—¿Qué nos dice, rabino?

—¿Viene a anunciar, informar o... sugerirnos algo?

—No, muchachos, –Reuben niega varias veces con la cabeza– me importa escuchar las voces jóvenes. Vengo porque quiero saber de ustedes, en qué están, qué están urdiendo para estos tiempos. ¿Qué es esa acción que pregonan, qué hacen?

—Rabino, ¿cree usted que esa es la buena pregunta para hacerle a jóvenes inexperientes? –y todos ríen.

—¿Qué quiere saber, rabí?

—Las decisiones que toman —arriesga Reuben— los riesgos que abordan...

Los chicos ríen.

—¿Por qué le importa tanto, rabino, teme que transgredamos las leyes?

—También eso quiero saber —agrega el rabino agregándose al clima de chanza que percibe.

Palmeando las espaldas del rabino, las bromas se suceden, sin que los presentes cedan un ápice en lo que no van a ventilar de las reuniones.

—¿Qué les da tanto coraje, chicos, de dónde sacan las fuerzas? —insiste Reuben al percibir la línea de silencio.

—No sé si es coraje, tío —interviene Fruma.

—No podemos quedar encerrados en el gueto —agrega Tebe.

—Queremos sentirnos útiles.

—... y luchar con las armas que podamos o con las que hagamos nosotros. Puede que no sea mucho, pero es un principio.

—Nos acompañamos —dice Tebe.

—Nos ayudamos unos a otros.

El *staccato* de los comentarios arrecia y el resultado se vuelve el cántico *forte* de un coro en voces polifónicas.

—Tenemos nuestros códigos.

—Nuestras contraseñas.

—A veces podemos entendernos sin hablar. Eso es muy útil.

—¿Siempre en la clandestinidad? —pregunta Reuben cortando el ritmo con su solo de barítono, sin pretender increparlos, quiere aprender de ellos.

—¿De qué otra manera? No vemos que la situación oficial nos depare mejores posibilidades. La vida en clandestinidad, sí, preserva nuestra libertad de acción y nos vuelve más creativos. No hay tope a lo que podemos imaginar.

—Nos levantamos, crecemos, no estamos muertos aún, nos vamos arrimando como el trigo que crece en los campos.

—Juntos, somos. No quedamos aislados.

—Somos como espigas que crean un trigal unido. Desde allí buscamos espacios, nuevos proyectos.

El ritmo de respuestas empieza a ralentar.

—No importa si enfrentar al enemigo conduce a una derrota.

—Solo importa sentirnos juntos, enfrentar lo que viene llegando cada día.

—Ese es nuestro poder. Y es intransferible.

Las últimas frases resuenan como acorde final.

—Vamos compañeros, ya estamos en el horario de clase, ¡vamos!

Todos saludan a Reuben con precipitación y entran en la casa de estudios. Es Fruma quien se acerca y le pregunta:

—¿Eso era lo que querías escuchar?

—Sí, creo que sí, ustedes me transmiten la fuerza para seguir, la certeza de que si estamos vivos, seguimos existiendo. Y el mensaje más importante que consuela, ¡mantenerse unidos!

Fruma sonríe, se acerca a Reuben, le da un beso, envía otro para Braja y los niños. A continuación, se dirige a la puerta por donde entraron sus compañeros.

Reuben asiente. La sigue con la mirada. Le había pasado desapercibida la mujer que surge en Fruma cuando algo la convoca. No se atrevía a imaginar el potencial que en ella late... No se atreve, aún.

Con lentitud, da vuelta y se interna en las calles recibiendo ahora un viento liberador.

—No, no todo es influencia tuya, Satán. Yo también juego. Es entre los jóvenes que reencuentro el sentido de la vida, la dignidad del tiempo que aún disponemos. Ellos son una luz en esta ciénaga, encienden ilusiones, me hacen sentir que no todo está perdido. Bromean y discuten con intensidad, reflexionan de tal suerte que no he visto mejores estudiantes. Me cambian la sacralidad de los textos. Y disfrutan. Disfrutan, tal vez más porque el tiempo apremia. Y porque esa pasión es compartida. No importa vencer si ya no están solos. Sí, vuelvo con frecuencia, me nutro de su ingenuidad y de su vitalidad, soy un ave rapaz. ¡El mundo se ha puesto del revés!

¡Apártate Satán! No te asignes este pequeño placer que sólo me pertenece.

Un pálido horizonte anaranjado se desliza y acaricia con piedad el gris del gueto. Reuben se detiene para absorber el último rayo de sol, que en seguida se perderá detrás de los árboles.

—Estoy cansado, Mesías. Esperaba para el final un *shofar*⁵ que nos acogiera en el cielo. Nunca el ataque que despedaza el cuerpo, que ofende nuestra conciencia, avasalla nuestra dignidad. Me describieron una máquina que envenena a la gente, la destruye con fuegos del infierno y tú arrojarás las cenizas al río. En verdad no eres humano, no logro captar tan perversa depravación. Pero nunca estás lejos, Satanás. Lo cierto es que en este caos Dios ha desaparecido y es tu rostro el que veo. ¡Ángel de la muerte... has tomado su lugar! En este tu reino se ha cumplido el juicio y el veredicto: morir, volver a la noche eterna y retornar al mismo caos... Sí, es más fácil reconocer tu huella que la de aquellos viejos designios que se alejaron de mi alma. Tú, en cambio, tan próximo al hombre, a su maldad, su corrupción. Satanás, a veces creo que eres humano, uno de nosotros. Te entiendo mejor.

De la luz a la sombra, el entorno resuena con un fulgor aciago, que se extiende como un graznido, se pierde en el horizonte.

—No sé en quién me estoy convirtiendo, tal vez transgredir sea influencia de tu azufre. Qué quieres Satanás, me has vuelto hereje... Tal vez, sí, pero no me horroriza como temía, el destino ya está jugado. Tomar una decisión calma las aguas. Haré uso de mi libre albedrío como opción humana y he de conceder a cada quien el mismo derecho. Y ya no cuentas tú, ni Dios, ni otros rabinos ni quien sea...

Por fin Reuben resiente el frío y el cansancio. Calle abajo emprende el camino hacia su casa sin dejar de elucubrar.

⁵ El shofar es un instrumento de viento que emite un sonido similar al de un trombón. Se construye con cuerno de un animal considerado “puro o limpio” como el carnero, la cabra o el antílope. Se utiliza en ceremonias religiosas.

—No sé cómo pensar la historia de la civilización si como progreso o como catástrofe —Reuben sonríe tristemente—. ¿Acaso no puedo dejar de buscar respuestas? No logro seguir caminando, estoy exhausto. En pocos minutos comienza el toque de queda. Si Itzik dejó hoy el alimento para los chicos... tal vez alcance para mí algún trozo de pan...

Emprendiendo ya el regreso, Reuben no puede evitar echar un vistazo hacia arriba, en dirección al altísimo..., por si esta vez estuviese dispuesto a transmitir algo nuevo.

Capítulo V

Juventudes en el gueto. Fruma (una luz en el gueto)

No, no está sola en sus devaneos, por suerte. Es una más en las agrupaciones juveniles más reconocidas en el gueto. Si la vida hubiera serpenteado con la lógica de los tiempos, estarían disfrutando de su vitalidad, trazando planes y sueños de futuro, bailando y enamorándose sin más urgencias que las pulsionales. Pero en este entorno lacerante e imprevisible, un extraño compromiso los mantiene más juntos que lo habitual, más alertas. Lo padecen, aunque no se privan de reír y disfrutar tal vez más de lo que cualquier adulto pudiera resistir.

Los chicos llegan a la reunión. Sheine se aproxima riendo con Mirl, Jaim llega con cierta parsimonia, Guershom dobla la esquina con el estuche de violín colgando del brazo y el abrigo deshilachado. Allá viene Tebe en bicicleta que conserva empecinado. Gine comienza a tararear el inicio de una estrofa. Lo hace con lentitud señalándolos con el dedo mientras espera a Markus y a Fruma que se acercan haciéndose eco del canto. Los tres aceleran el ritmo a la vez y así entran al recinto de la reunión, cantando y riendo, en ritmo de marcha contagiando el entusiasmo del himno de los partisanos a los que ya están en la sala.

El himno, que ha nacido en Vilna en esta misma época se volverá símbolo de rebelión y heroísmo. Atravesará campos y sufrimientos con su mensaje de libertad. Consignará en su letra el destino de trascender de generación en generación.

Escuchar aquel coro empecinado que se deja envolver por la fuerza de la música, entonar esa letra que solo requiere dejarla resonar, es el espectáculo con el que Mates –que llega último– se enfrenta, apenas atraviesa la puerta. Conmoverlo, con un nudo en la garganta, permanece clavado en el suelo. Solo puede dejar que las lágrimas derramen la emoción que ya no puede incorporar. Es la certeza de estar

recibiendo una unción, una fuerza vital ancestral e indómita, que se actualiza en ciertos momentos privilegiados de la historia y este es uno de ellos.

{Nunca digas que esta senda es la final
 Al día azul el cielo oscuro lo cubrió
 Nuestra hora tan ansiada llegará
 Resonará nuestro marchar.
 ¡Henos acá!
 Desde las nieves hasta el verde palmeral
 Presentes con nuestro dolor, nuestro pesar
 Y en el lugar que nuestra sangre salpicó
 Brotará el heroísmo y el valor
 Escrito fue con sangre y plomo este cantar.
 No son los pájaros volando en libertad
 Es todo un pueblo que entre ruinas y dolor
 Blandiendo armas en la mano lo entonó.
 El sol mañana nuevamente brillará
 En el ayer nuestro verdugo quedará
 Y si retrasa en asomar de nuevo el sol
 Será consigna para siempre esta canción
 Por eso nunca digas que esta senda es la final...⁶

La voz vibra en la garganta de Mates. El estremecimiento lo atraviesa y repercute en cada uno de los compañeros. El ritmo se vuelve un azote que imprime las palabras definitivas que lo eternizan. Con la misma fuerza del canto se ponen de pie, hacen lugar al compañero que acaba de entrar y como una invocación, los gestos de firmeza y los ojos brillantes se nutren de esa sustancia que es el germen de la voluntad.

Cuando las pulsaciones se calman, Mates reitera con fuerza, sonrisa plena, el final de la canción:

⁶ *Zog nit keyn mol (Nunca digas)*. Himno de los partisanos judíos escrito en el gueto de Vilna por Hirsh Glik, música de Dimitrii Pokrass.

—¡Henos acá!

Aún demora un poco más el grupo en ordenarse mientras conversan, juegan a pelearse, saltan para sortear el frío, vigilan quién se aproxima, se preguntan quién falta, qué le habrá pasado...

Es un pequeño comedor que los acoge. Sentados ahora en círculo, mirándose las caras, saben que se imponen decisiones de riesgo. El tema vuelve a plantearse

—Tenemos que decidir si lo hacemos o no –afirma Tebe.

—Hay que intentarlo –Fruma no duda.

—Bueno –Jaim despliega el tema– no los conocemos. Si nos involucramos con ellos y nos denuncian...

—¡Ey!, a ellos también los pueden delatar –agrega Mates, el lógico– y los pueden capturar en el peor momento.

—Es la única posibilidad de introducir comida en el gueto –suspira Guershom– ya basta de ver gente muriendo de hambre por las calles, *javerim*⁷. Si podemos hacer algo...

—¡Ay! –Sheine, desalentada, se instala como siempre en el filo de una cuchilla– ¡qué confianza nos merecen! ¡cómo es la operación, no termino de entender de qué se trata!

Ella se observa el brazo derecho buscando la causa del escozor que acaba de sentir. Al detectar una irritación que enrojece la zona, su rostro expresa una súbita pesadumbre que se agrega al desasosiego.

—Son unos chicos que viven cerca del gueto –Tebe intenta aproximar la poca información que poseen– reparten no sé qué mercadería por el barrio y lo hacen de madrugada. ¿Qué te pasa Sheine?

—No, no reparten nada, recorren las calles alrededor del gueto para que nadie escape, esa es su misión. ¿Qué tienes?

—Nada, un sarpullido –hace un gesto sin destino, niega con la cabeza varias veces y por fin deja caer su desánimo–: no puedo creer que vayamos a encomendarnos precisamente a la gente que nos vigila, ¿qué pasa?, ¿nos hemos vuelto locos?

Un silencio dubitativo se cierne sobre el grupo.

⁷ Compañeros.

—En realidad —admite Tebe— no sabemos nada de ellos.

—Mmm..., —Sheine reafirma— esto empeora.

—¿El sarpullido? —pregunta veloz, Jaim.

—No —Sheine suelta una carcajada nerviosa— ¡nuestra seguridad!

—No, no lo creo, los conozco, yo fui la que los contacté, les voy a contar cómo fue

—interviene Fruma—. En alguien tenemos que apoyarnos y yo confío en ellos —un breve silencio la hace reflexionar en voz alta—. Sí, tendrían que creer ustedes en mí. Sé muy bien que si nos equivocamos... sería nuestro final y no sólo el nuestro.

—¿Cómo los contactaste? —pregunta Mates apresurando la gestión.

Ellos me contactaron primero, en verdad. Cuando salgo de misión ellos me ven escabullirme del gueto. Y yo también los veo y ellos saben. ¿Alguna vez algo o alguien me detuvo? Nunca. Son chicos de nuestra edad. Polacos. Su patrón era un judío que fue deportado, que siempre los había ayudado y ellos se sienten en deuda con él. Y con los judíos, por extensión.

Los compañeros han quedado en silencio. Ella los mira, están tiesos, la mirada inquieta. No parece haber ganado su confianza, pero decide proseguir con más convicción.

—No todo el mundo es antisemita, vamos. Una vez uno de ellos se puso a mi lado mientras caminaba. Cuando me di cuenta, vi un policía, un guardia vigilante que venía hacia mí. Este chico me tomó del brazo, me dijo hola como si fuéramos grandes amigos y siguió a mi lado, hablándome y riendo. Cuando llegamos junto al policía, lo saludó levantando la mano y el agente siguió su camino sin mirarme. —Fruma les da un tiempo para reflexionar y continúa—: yo me había asustado, ¿se dan cuenta? Tenía un policía de frente y un *nosequién* a mi lado... pensé “aquí termina todo”. Así los conocí... Cada vez que salgo los veo, no nos hablamos, pero me siento a salvo.

—¿Sabes qué hacen? —Sheine se ha vuelto a levantar la manga y se frota el brazo.

—No, Sheine, cuando vas por la calle no averiguas nada de nadie, ni dejas ver quién eres. Es una manera de preservarte. Nadie pregunta, es un código. Cuando nos rebelamos, violamos sus normas. No podemos combatir todo el sistema, solo podemos ayudarnos y sentir que no estamos solos.

Una vez más el silencio recorre al grupo. La ansiedad reverbera en los cerebros de todos.

—Tenemos que pensar que si nos descubren los SS, ponemos en riesgo a todo el gueto —recuerda Mates—. Y ya sabemos que cuando entran es para matar y tiran en cualquier dirección.

—Ayer se lo comenté a mi tío, confieso que quería saber qué pensaba —Tebe concentra la atención del grupo—, pero ya sabemos que no debemos consultar a los mayores. No aceptan arriesgar a la familia, no exponen el propio pellejo. Creen que si permanecen encerrados y escondidos no los van a ver, ni atrapar, ni matar —niega varias veces con la cabeza—. Si a la tragedia le sumamos el miedo...

Otro breve silencio deja pensativo al grupo.

—Todos tenemos miedo, yo también —retoma Tebe y confiesa—: pero me parece que nosotros podemos jugarnos más, ver las cosas más crudas, verlas más desde arriba...

—¿Como Dioses, quieres decir? —todos ríen con la intervención de Jaim que no logra esquivar la palmeada de Tebe.

—Arriesgamos porque tenemos menos que perder —reflexiona Tebe—, en ellos pesa la responsabilidad de la familia, los niños y todo lo que tienen. Por eso son más temerosos, más cuidadosos. Pero —vuelve a negar varias veces— no hay salida de esa manera, es solo esperar morir. —Sheine golpetea el lugar que escuece—. Yo siento que nos dejan solos...

—Nacimos en estos malditos momentos —prosigue Tebe— en que los elementos se invierten y nos toca a nosotros cuidarlos a ellos. Arriesgar más.

Sheine vuelve a mirar el eczema. Han aparecido puntos rojizos alrededor. No parece ser interno, más bien algo que le ha picado. Piojos, chinches... por qué no, es lo que menos debería preocuparla. Tal vez

por eso, parte de su voluntad empieza a degradarse y la inquietud por su cuerpo crece.

—Ahora que somos los grandes, seamos sensatos, amigos —dice Tebe—. Tenemos miedo, sí, pero a qué... ¿a perder la vida (un gesto de aquiescencia lo hace ladear la cabeza), acaso escondernos la garantiza? No pensamos desde arriba, pensamos más allá. Sabemos que vamos a morir, que alguno va a sobrevivir y hablará en nombre de todos. Luchar es hacer algo, es al menos elegir cómo morir, tal vez dejas algún mensaje al futuro.

—Vivo, trato de estar en el presente. Hay que arreglarse con lo que llevas puesto, porque no tienes experiencia. Y si la tienes, hoy ya no sirve. Por eso no hay pasado

—Fruma hace una pausa— y futuro... qué sabes si habrá. Trato de apostar al día de hoy, lo que tengo y lo que pueda hacer.

—Hacer —asiente Guershom—, hacer es necesario, nos hace sentir vivos. No soporto quedarme quieto viendo cómo todo... —la voz se le quiebra—.

—Morir me da mucho miedo —los ojos de Sheine se inundan de lágrimas mientras continúa frotando la zona— tantos sueños... debe ser una chinche que me picó —un temblor le cruza cuerpo—. Me imaginaba una enorme nube negra llegando al gueto, un ejército apretado de chinches, piojos y parásitos que nos cubren; caemos y nos pican por todos lados, no podemos ni respirar porque ocupan el aire... (solloza tapándose la cara) estoy aterrorizada...

—Sheine —Jaim la rodea con los brazos— lo que tienes realmente empeora, ¿no? Es una picadura, todos las tenemos, tranquila, de eso no vamos a morir —y dirigiéndose al grupo agrega—: a mí no me da miedo, me da rabia, la rabia me empuja a pelear.

—Es otra manera de resguardar nuestras familias, —asegura Tebe— de sostener la dignidad. Y nos hace fuertes.

—¿Está decidido, entonces? —apresura Fruma.

El grupo asiente con convicción. Sheine lo hace con una mueca de dolor.

—Atención –Guershom necesita reafirmar la consigna–: “*Jazak vehematz!*”⁸

Sus puños se elevan y se acercan hacia el centro, los jóvenes repiten el gesto hasta tocarse los nudillos por unos segundos mientras enuncian el pacto que sella el acuerdo y nutre el ánimo institucional.

—Vamos juntos.

—Con fuerza y entusiasmo.

—Todo irá bien.

—¡Henos acá!

Ya recuperando cada uno su andar, sin volver a tomar asiento Tebe resume la gesta:

—Vendrán esta noche entre tres y cuatro de la madrugada. Los encontraremos en el sector este, donde un muro oculta una entrada oxidada que nadie utiliza porque está junto a las cloacas. Tenemos que juntar recolectar algo de dinero, lo que podamos. Ellos traerán lo que puedan conseguir. Hoy será el primer intercambio. No sabemos cuándo podremos repetirlo –Eleva la mano y advierte–: si no vienen, a las cuatro nos retiramos, sin permanecer en el lugar ni un minuto más. ¿Entendido?

—Nos encontraremos a los lados de las aguas servidas.

—Sheine no tienes por qué participar si no quieres –plantea Tebe–. No es obligatorio, todos hacemos lo que podemos. Te vemos dolorida y muy afectada. Te queremos ver bien, cuídate.

—Yo sé, yo sé –gime–. Pero quiero estar, tengo que estar, mi hermanita ya no quiere comer, está tan débil que no sé si... –y estalla en sollozos.

—Llora Sheine –Mates posa la mano sobre la de ella–, también por nosotros, ya estamos todos quebrados –los demás asienten, la animan–. Y lo tuyo no es un sueño, Sheine, estamos mordidos de verdad por tantos flancos –mira su eczema–. Pásate la crema que trajo Fruma.

Levanta la cabeza mirando al grupo y pregunta:

—¿A las tres de la madrugada?

⁸ Fuerza y coraje.

Las cabezas asienten. El grupo se levanta y da por finalizada la reunión. De modo intermitente cada uno sale a su debido tiempo.

—Ven conmigo, Sheine —le sonrío Fruma—, no se ve bien tu brazo. Ambas salen y desaparecen en la esquina.

Siempre alerta cuando recorre la calle Shmuel adivina la figura de Fruma a punto de doblar la esquina. El rostro se le ilumina. El hombre se siente atraído por la belleza de esa joven y lo delatan los hombros que, al verla se retraen intimidados.

Mientras ella se aproxima, él aparta la vista. Se siente interpelado por sí mismo: ¿qué tiene esa mujer que logra inhibir su natural actitud expansiva? Debe reconocer que en realidad es muy bonita, más de lo habitual, podría haber sido una estrella de cine si no fuera una judía del gueto. De inmediato una aviesa mueca —en lugar de la sonrisa— denuncia la punzante certeza de que nunca repararía en él. De hecho, ella no lo hace. Él sabe que ella lo ha visto, pero ningún gesto, ninguna señal lo deja en evidencia. Fruma continúa tan altanera como siempre, al menos en lo que respecta a él. Esa mezcla de disgusto y fastidio que lo corroe es también lo que impulsa la determinación de abordarla. Sí, la rabia ayuda a actuar.

Pero vacila. Sabe que ella desprecia su cargo, lo que hace y cómo lo hace, juraría que su moral ha caído muy abajo, suponiendo que no lo menospreciara desde antes. Pero en este momento, le toca respirar fuerte; él dispone la disciplina en el gueto, él es, mal que bien, la norma. Si ella puede escabullirse del gueto es porque él se lo permite. “Es menester que ella se dé cuenta que le estoy perdonando la vida cada vez que sale” concluye irritado y en silencio.

El curso de su pensamiento renueva el coraje de abordarla, sin saber aún qué va a decirle. Es necesario hallar alguna razón, no sea que parezca un latoso admirador pasible de ser apartado sin más.

Con paso corto, su figura redonda se aproxima. Algo en él no logra armonizar su intención con lo que tiene *in mente*. Incómodo, sabiendo

que será rechazado, avanza empecinado, inhibido también, levantando la cabeza para evitar enrojecer. Cuando llega hasta ella y la enfrenta, ya quisiera haber desaparecido.

—Hola Fruma —la saluda con su expresión más amable y lo que él describiría como postura distinguida, deteniéndose, haciendo que ella también lo haga.

En lo que respecta a Fruma, cuando lo divisa ya es demasiado tarde para eludirlo. Al acercarse comprueba que la intención del policía es encararla. Deberá detenerse. No habrá otra disyuntiva que escuchar alguna sandez, que es todo lo que puede venir de ese bufón. Mientras lo considera, la consciencia le hace sonar la alarma y todo su entorno cerebral salta sobre los hombros y la increpa:

—Cuidado, no seas necia, el desprecio no te hace libre. ¿Quién detenta la posición de mando? Él es una figura peligrosa para la comunidad, deberías actuar con cautela. No dejes entrever ira ni desprecio a una mala persona cuando ésta esgrime el terrible poder de la muerte. Una vez más su reflexión hace un giro hacia adelante y el resultado es un presagio que comienza a inquietarla: él lo sabe todo, qué pretenderá decirle... la misión, la de sus compañeros podría quedar cerceñada, más aún, podría poner en riesgo la vida de todos. Un ser de su laya...

—Quiero pedirle un favor —dice Shmuel y por unos segundos la pausa del silencio denuncia la vacilación de Fruma, que él resuelve con su tosquedad habitual—. Fruma, seamos sinceros, sé que eres correo, sales del gueto sin permiso, andas por la calle, te subes a los trenes, visitas otros guetos, está bien, no voy a delatarte, entre judíos tenemos que cuidarnos.

La frase tan temida había sido pronunciada. El golpe seco que impactó a Fruma en medio del pecho en seguida dejó lugar a cierto alivio, el que adviene cuando la amenaza queda al descubierto. Lo que sospechaba, escrito con tinta invisible, adquiere forma, texto, intención. La nueva figura deja al descubierto sentimientos “humanos”, como los de uno mismo. O casi.

Un resoplido largo sosiega la tensión del policía. Mejor así. Fruma sabe ahora cuál es la contienda, entiende con quién tiene que vérselas. Él puede diseñar rápidamente una estrategia para vencerla. Pero no lo hace. La está observando. Ambos se están midiendo. Ella, acostumbrada a habérselas en situaciones de riesgo, no expresa ningún sentir. A Shmuel le resulta imposible detectar en ella algún indicio: ni miedo, ni agradecimiento. Es que las entrañas de Fruma han aprendido a inocular en silencio la advertencia de peligro.

El miedo no respeta posiciones. Ejercer el poder en nombre del enemigo. No es un buen lugar, es efímero y ocasional. Es una encarnizada lucha consigo mismo que lo desequilibra cada vez más, porque no puede dejar de no hacer lo que su ética censura. La amenaza velada no lo libera, apenas lo encubre. El resquemor también juega del lado de los débiles cuando se saben cercados.

—¿Qué vas a pedirme Shmuel? —lo apura.

Hubiera preferido verla sonreírme, es tan bella —piensa Shmuel—. Me desacomoda ver ese rostro de piedra, me ve como si yo no tuviera cuerpo, me mira sin verme —un breve respiro le eleva el pecho—, no sé qué esperaba yo. Me basta que sepa que estoy al mando y que tiene las de perder si hace algún comentario fuera de lugar. Pero no va a hacerlo, algo la conozco, es orgullosa. Lo respetaré mientras no toque mi dignidad y no cuestione mi tarea...

—Me gustaría, si no te es molestia, que compres algo por mí...

La rigidez del rostro de la joven toma el color de un témpano envejecido. Él quisiera aflojarle el gesto adusto y no sabe cómo lograrlo. No sabía cómo expresarlo cuando ella facilitó el intento. Sí, tenía que pedirle algo; ahora quedaba la imperiosa necesidad de definir qué. Su voz vuelve a vacilar:

—Algo... algún collar, anillo, lo que sea que tu elijas —su atención se concentra en sus propias vísceras tratando de encontrar el motivo—... me gustaría regalárselo a mi mujer para su cumpleaños.

Ya había salido del paso. No se sentía un héroe, pero al menos había pisado con firmeza.

—Por supuesto que tengo dinero para darte —se apresuró a decir—. Tú puedes saber dónde adquirirlo. No quise preguntar en el gueto para no ofender a nadie, tú sabes. Pensé que tal vez a través de ti podría ser posible, sin provocar humillaciones.

El pecho de Fruma late mientras su estómago languidece. La evidencia tiñe de rojo la vergüenza ajena y el rubor empieza a quemarle el rostro. El maldito traidor hace su negocio acumulando capital sin importar a quién despoja. Usa el chantaje para permanecer en las sombras. La ventaja está en la impostura del rol que desempeña. El juego no guarda secretos, solo nos deshonra a todos.

Lo que su vileza parece ignorar es que, al debido tiempo, también él será deportado a los campos, mal que le pese a la ignominia del cargo. Y la muerte una vez más, sin prisa, ejercerá su dominio.

—Claro, Shmuel, lo haré.

—Después me acerco a tu casa y te dejo el dinero. No hará falta, supongo, solicitar que este pequeño favor quede entre tú y yo.

—Claro, no hace falta.

Dicho lo necesario, sintiendo ambos la rispidez del cruce y deseando deshacerlo cuanto antes, con una breve inclinación de cabeza ella toma su camino.

Una molesta voz en el oído, le susurra a Shmuel que lo suyo no había sido un triunfo. Y tampoco había salido ileso.

Fruma avanza y se aleja, sabiendo que él permanecerá observándola hasta verla desaparecer.

La dama de la noche sus finos pétalos, su efímera existencia...

Reuben, el rabino, su tío, la había llamado. La emoción la había ruborizado. Que él necesitara de ella era lo que, secretamente, más la ilusionaba. Y su más humilde opción. Hubiera deseado estar siempre a disposición. Escucharle la voz, sentir la mirada cálida de sus ojos cielo, la sonrisa suya siempre al alcance. Esta vez se sintió orgullosa. El maestro —que siempre tiene la palabra justa para todos—, se veía desorientado en el gueto, asaltado por mil tentaciones a la vez. Si antes fue admirado como hombre justo y erudito, hoy nadie le envidiaba

ese lugar. La había llamado a ella para encargarle una misión. Ella se volvía la vía por la cual él transitaría el desaliento. ¿Podía pedir más?

Su tía Braja lo había notado vacilar, hasta que la necesidad de salir del encierro y la desinformación del entorno, se conjuntaron en Fruma que así encontró su veta. Si la misión correo implicaba riesgos impensables, ella no vaciló en transitarlos.

En medio del gueto, obligado a instalarse Dios sabe hasta cuándo, el rabino se sentía abrumado. Echaba de menos encontrarse con sus pares, cuando encarar el diálogo solía nutrirlos a todos. Ahora, dispersos en otros guetos, la avidez de interlocución se agudiza en la misma proporción que fenece de inanición.

Fruma se volvía –en medio de la prohibición de salir del gueto–, un restallido del alma que huye del cautiverio. Porque para él, echar a andar por las calles estrechaba más aún el cerco de incertidumbre y le recordaba que no sería capaz de abandonar a su gente.

Braja había sido testigo del gris acerado que trasuntaba el rostro de Reuben cuando llegaba callando lo que Dios daba a ver, las interrogantes sin solución de los creyentes, las requisitorias propias. Pese a que nunca lo escuchó lamentar su desguarnecida responsabilidad, ella intervino. Para ofrecerle un respiro le dejó en evidencia la misión secreta de Fruma. Él escuchó conmovido, rozó el rostro de Braja con el dedo índice, pero no dijo nada. A solas resintió su insuficiencia tanto como la opción de requerir ayuda de una adolescente. La duda lo atormentó un par de días, hasta que avergonzado, rindió tributo a la necesidad de reubicar referencias y accedió a convocar a Fruma en función correo. Ella, en cambio, estaba radiante, coqueteó frente al espejo con una blusa nueva y un lápiz labial a tono. Pasó revista a su breve existencia y concluyó que esa sería la primera noche digna de ser recordada; había un lugar para ella, el mundo le ofrecía sus misterios y él estaría aguardándola cuando retornara a casa. ¿Qué podía pedirle el rabino Reuben? ¿Tal vez enviar alguna documentación, pedir o pasar informes, sugerir algún plan secreto de acción judía conjunta entre los guetos? ¿o sólo saber qué piensa y qué hace otro rabino? El

deseo de complacer sus expectativas toma, además de un incentivo para seguir, la distensión de imaginar la sonrisa de él, una caricia en la mejilla, alguna frase que se deslizara susurrante en el oído, una proximidad que de inmediato intercepta la tía Braja mirándola con reproche, tentando el potencial hormonal adolescente.

Pero ella cumplió su cometido con creces, cubrió noticias del entorno, exploró posiciones de otros rabinos, anotó diferencias en las decisiones de otros guetos, otras ciudades. La variación de criterios mortificó en principio la misión correo: no podía ofrecer al rabino una guía firme y única para las incertidumbres que tenía. Como si tarea tan impensable estuviera en sus manos. En principio no entendió cómo aquel aporte ayudaría al rabino. La idea trastabilló hasta que entrevió la expectativa de un hombre con la comunidad, cuánto requería liberarse de mandatos ancestrales para seguir el pragmatismo simple de los acontecimientos.

Fruma logró comprenderlo cuando pudo reconocerlo en sí misma y en las decisiones que tomaban los jóvenes. Tal vez porque habían crecido de golpe y eran adultos “nuevos”. Se imponían acciones inéditas y no había tiempo que perder, Fruma se gana un lugar.

Días más tarde, cuando la calma alcanzó a Reuben, él pudo pensar en ella, en la misión, en el riesgo sin garantías que invadía todo cada vez que Fruma se jugaba en una nueva empresa. Saber que él se sentía responsable del riesgo... querido Reuben, se volvía una compensación. Esa idea merodeó en la cabeza del rabino sin animarse a abordar a Fruma. Ella tejió sutilezas, preguntó, facilitó su decisión. Y él le confesó la imagen que se le volvía reiterativa.

—Te veo como una acróbata de circo, Fruma, balanceándote sin red.

Sentir preocupación e interés, un sostén necesario, verlo suspirar aliviado cuando regresaba de una misión, recibir una sonrisa cómplice exclusiva para ella, era un acto de amor, de gratitud que tiñó por mucho tiempo su propia sonrisa.

Eso le recordaba a cuando lo vio aproximarse al colegio. Esa vez, al verla, Reuben abordó de frente la temática que había postergado.

—Fruma, te pido disculpas, estaba tan preocupado por mi propia tarea la última vez que nos vimos que me olvidé de ti. Me gustaría saber qué significa esa función que cumples y cómo te está yendo. Sales como correo en medio de un mundo hostil, me horroriza la idea de que alguien pueda identificarte como judía. Tú sabes qué puede sucederte, ¿verdad?

—Sí, tío, lo sé. Te aseguro que recoger información de lo que pasa en los *guetos* y transmitirla en otras ciudades me hace sentir que todos sabemos de todos y que eso es algo bueno, porque no quedamos aislados, ¿no crees?

Rab Reuben sonríe con ternura ante la ingenuidad de la joven cuyo entusiasmo omite el riesgo al que se expone.

—Estás en una misión casi sagrada, Fruma querida. Nos conectas a todos. Si no fuera por ti, por chicos como ustedes, no sabríamos ni lo que pasa en nuestra propia ciudad. Pero dime ¿cómo haces para salir del gueto? ¿cómo pasas desapercibida?, cuéntame más, quiero saber detalles, debo saber. He de saber cómo funciona la comunidad, ¿entiendes?

—No se te ocurra intentar salir del gueto, lo sabes, ¿no?

—Sí, ya lo había pensado. Si sucediera algo, sentiría que abandoné a Braja, a los niños, a la comunidad entera. Mi lugar está aquí, tú lo sabes.

—Lo sé y me hace sentir más segura saber que regresaré y tú estarás a cargo.

—Todo es tan inestable... ¿Tomas precauciones, Fruma?

—Cuando salgo no llevo la estrella de David conmigo, me la quito y la guardo. Empeoraría las cosas.

—Es un gran riesgo, pero ambas opciones lo son.

—Es mejor así. Si me atrapan al menos tendrán que investigar quién soy, de dónde vengo, a qué lugar pertenezco. Eso me permitiría ganar tiempo.

—¿Por dónde circulas? —pregunta Reuben, asintiendo.

—Por todos lados. Subo a los tranvías, a los trenes, me desplazo como una chica polaca más. Llevo libros de estudio conmigo por si

tengo que demostrar que soy estudiante. Y voy averiguando lo que sucede, lo que se dice por ahí. Y a los nuestros les acerco toda la información que puedo, recojo la de ellos y la traigo a casa. Otros chicos son otros enlaces, al cruzarnos la información se extiende y la cadena que se instala tiene un alcance que nosotros mismos desconocemos. Logramos llegar a muchos lugares, inclusive hasta los bosques donde viven los compañeros de la resistencia.

—Me impresionas, muchacha. Todo comienza andando por la calle, ¿nadie desconfía de ti?

—En general no. Camino por las avenidas, por donde sea y soy una polaca más, no tengo apariencia de judía —sonríe con picardía pasándose el índice por la nariz— me han dicho que no tengo perfil judío y eso me da seguridad para salir. Nada en mi aspecto me denuncia. Hablo bien el polaco, sé expresarme, sonrío y tengo un trato amable

—Y en los trenes, los buses, ¿no suben los nazis, no piden documentos?

—Tengo conmigo uno falso, aunque no me garantiza tranquilidad. Si sucede algo, sé que debo bajarme del tren lo antes posible.

—Me resulta doloroso imaginarte en una situación tan comprometida.

—Trato de ser natural, de pronto le hablo a algún chico, hago un comentario, incluso le sonrío al nazi. No creas, me ponía muy nerviosa al principio pero ahora estoy más acostumbrada, me tengo un poco más de confianza.

Fruma observa a Reuben, el rostro asustado, como cuidándose de lo que va a decir, su aprensión al imaginarla corriendo peligro. Sueña y sonrío.

—Tío, si me encuentran, ya sé lo que me espera. —La mirada inquieta de Reuben indica desaprobación. Fruma agrega un dato al cual él no podrá sustraerse—: sabemos todos que permanecer ocultos en el gueto no nos garantiza ninguna seguridad. Eso entendimos en la institución juvenil y decidimos actuar.

—Es cierto —Reuben suspira—. Es cierto, a veces podría ser peor. ¿Tus compañeros también son correos?

—Los que no tienen nariz aguileña y se animan. —explica Fruma cómplice.

—¿Nunca te viste en peligro de verdad, en apuros...?

—Muchas veces. Pero aquí estoy.

—Cuéntame alguna situación que hayas atravesado.

Fruma suspira.

—Te voy a contar lo que sucedió la semana pasada cuando salimos del gueto. Siempre salgo sola, es menos riesgoso. Veo a la gente encaminarse a sus tareas, de buen ánimo por lo general, a veces un grupo de chicos muy jóvenes pasa conformando una pequeña tropa, muy erguidos detrás del maestro. También los he escuchado cantar loas a Hitler. Suele haber guardia en la calle, sobre todo en este barrio. Pueden detenerte, sin duda, pero creo que mi actitud no despierta sospechas. De todos modos, esta vez yo necesitaba llevar algunos libros y era mejor repartirlos entre dos. Salimos entonces con Shoshana.

Habían salido por el portón principal del gueto. Fruma se había demorado para transmitirle las instrucciones básicas a Shoshana de cómo preservarse. Iban caminando calle abajo en actitud tan natural como les era posible. Faltaban dos cuadras para acceder al autobús. Algo debió denunciar cierta inseguridad, exhalar cierto temor, nunca sabremos qué pasó.

Tres muchachotes polacos que venían de frente las miraron fijamente y cuando se cruzaron a la misma altura comenzaron a vociferar con vehemencia:

—¡Judías! ¡Acá van esas judías! Miren, ¡las malditas judías!

El trío se daba vuelta, pretendía llamar la atención de los caminantes; las señalaban inquietos y excitados, seguían gritando “las judías”, exhibiendo el desacomodo de ver al enemigo caminando por la calle. Se desprendía de ellos el rechazo, pero también la fascinación de su propio descubrimiento.

—Por Dios, Fruma ¿qué hiciste? —Reuben agranda los ojos como si estuviera viendo la calle.

Algunos transeúntes se detienen desconcertados, varones en general; otros se entreparan y rápidamente continúan su camino sin dejar de mirar atrás. También los vehículos enlentecen la marcha para saber qué está sucediendo. Por un momento la sorpresa del público los estimula a redoblar el ataque. Pero en seguida el temor de los caminantes a verse involucrados, acelera sus pasos. Un observador sagaz habría detectado el escalofrío que atravesó el cuerpo de Fruma. A su lado, Shoshana, lívida, convencida de que sus rasgos semitas fueron la causa, deja ver el pánico del que queda presa, sin darse cuenta que esa expresión la traiciona más que su propio perfil. Fruma capta la gravedad de la situación y ante el titubeo de los jóvenes reacciona con rapidez. Sabe que es imperioso cortar la escena y, sin pensarlo, la angustia la empuja a gritarles. Con todas sus fuerzas comienza a soltar una cadena de palabrotas en el peor *slang* polaco que pocas veces alguien se atreve a proferir. La emisión gutural, dislocada, estalla en aullidos disonantes que se derraman por la avenida.

Ellos quedaron pálidos, congelados. La sorpresa ante tan descarnada respuesta, los hizo callar de golpe y frente al bochorno, que las miradas de los otros desató en ellos, optaron, de pronto, por salir corriendo.

Shoshana temblaba. Fruma la tomó del brazo y mientras lo apretaba, le susurró que pusiera cara de ofendida y siguiera caminando.

—Dios te bendiga Fruma —musitó el rabino conmovido, acariciando el cabello, nerviosamente varias veces—. Dios te bendiga. Iluminas mi oscuridad.

—Tú ¿a oscuras? No voy a creer eso, tantas veces nos mostraste un camino...

En el silencio que continúa, cada uno explora sus sentimientos. Los de ella capturan y aprehenden ese lazo de amor con un despertar promisorio. El rabino afloja los hombros. Eclipsado de emociones prefiere mover la cabeza de un lado a otro hacia los lados y retornar a su rol, preocupado y confeso. Es el primero en hablar.

—Siento que me voy apagando —dice con desaliento y de pronto sonrío—, pero tú tomas el relevo, ¡¡¡bendita seas!!!

Fruma parece haber crecido durante la conversación con el rabino. Es ella la que no deja caer el ánimo de él, la que eventualmente ve una senda por la cual encaminarse, porque hay mucha tarea por cumplir. En el silencio que vuelve a invadir al dúo, aparece en la memoria de Fruma la frase de Jana Schenesh, una joven paracaidista húngara que moriría en esa misma época. Componiendo una sonrisa sabia, mira a Reuben y con mucho afecto, acerca su rostro al de él y le recuerda en un susurro la frase de esperanza que recorrió aquel mundo abatido.

—“Todas las tinieblas del mundo no podrán apagar la luz de una vela”.

El rabino se rinde ante la joven correo cuya estatura se eleva ante sus ojos. Fruma lo mira durante unos segundos, observa la calle y el horizonte que lo contiene todo y en tono bajo, sonriendo con mucha sutileza, se escucha decir:

—¡Está oscureciendo, tío... vuelve a casa!

Gira sobre sí misma y entra al colegio. Lo hace con rapidez para que Reuben no sea testigo de las lágrimas que empiezan a deslizarse sin consentimiento.

El tren se desplaza lentamente de Varsovia a Lodz. Todos los asientos están ocupados y algunos viajeros deben permanecer de pie. Hace frío y los abrigos cubren los rostros de los pasajeros. Fruma está entre ellos y lleva el rostro envuelto en una bufanda, casi no se ve. Sentada junto a la ventana, viendo pasar los verdes de la llanura salpicados de frío, piensa en Aron que en el gueto espera su llegada.

Lleva información sobre los acontecimientos de otros guetos: de las incursiones nazis y las víctimas que quedan, enfermedades que adquieren estatuto de epidemia, muertes por hambre y frío.

También sabrán de decisiones que han tomado algunos directivos presionados por lo apremiante del momento; no queda mucho margen respecto a las conductas éticas, leyes rabínicas o interrogantes morales. Aquellas viejas referencias, impudicamente podrían virar de modo escandaloso, en cualquier momento.

El informe de esta misión es transmitirle a Aron las escasas posibilidades de negociar con los SS, parapetados siempre en su arrogancia indolente. Todo lo que sucede está plagado de inferencias, sospechas e interpretaciones que circulan sin orden ni certeza.

Corren rumores –por diabólico que parezca– que judíos y gitanos están siendo movilizados por tren; los emplazan en la estación, los obligan a subir abarrotando los vagones destinados al ganado y así desaparecen familias enteras. Nadie sabe adónde van. Berta recibió una postal de su hermana deportada hacía un par de meses con un paisaje bucólico prodigando la fertilidad de los campos polacos, tan verdes como generosos. Pretendía revelar la paz de la nueva vida agrícola a la que había sido conducida con su familia. La frase que acompañaba la misiva, decía:

“Comparto con ustedes este hermoso lugar donde nos han instalado”.

La dirección era la de Berta. La firma llevaba el nombre de su hermana, pero ni la letra ni la firma eran de ella. Resultaba extraña la información tan escueta y recortada, unida al poco entusiasmo que trasuntaba el texto, el efecto era tan impersonal... El trozo de cartón aumentaba las sospechas o por el contrario podía generar la dolorosa necesidad de dar crédito a lo que llegaba a sus manos. El tiempo se haría cargo de reeditar los rumores. Mientras tanto no cesaba de convocar la sospecha y con ella, el pánico.

Pese a que toda la información viajaba en la memoria de Fruma, en el bolso –sabiendo que no era conveniente– atesoraba periódicos ilegales, circulares de los movimientos juveniles, cartas.

Era imprescindible advertir que los SS tenían información sobre la evasión en los guetos y se preparaban para arreciar la vigilancia. La fuga hacia los bosques conformaba campamentos armados, que poblaban grupos de resistencia variados: disidentes rusos, juventudes judías, extranjeros voluntarios que militaban dinamitando puentes, vulnerando las vías del tren. Desde los campamentos, los militantes solían incursionar en ciudades cercanas donde lograban, con diversos resultados, aprovisionarse de armas y abastecer los refugios ocasionales.

El tren se había detenido. El pitido anunciaba la continuidad del viaje y Fruma se había adormilado unos segundos. De pronto el pasillo se pobló de impactos y sonidos nuevos: ruido de botas pisando con fuerza, metales rozando los asientos bajo órdenes emitidas a gritos en perfecto alemán. Los SS acababan de entrar y avanzaban veloces cubriendo el pasillo en pocos segundos.

—Documentos. Presenten documentos.

Desde la quinta fila, en su asiento, Fruma oculta el desmayo que amenaza voltearla, con el mejor rostro de indiferencia que tenía ensayado, abre el bolso con lentitud, enrolla los papeles comprometedores y los deja caer despacio por la pared interna del tren, debajo de la ventanilla, sujetándolos con la pierna para evitar movimientos sospechosos que pudieran denunciarla. Su compañera de asiento no parece haberse dado cuenta o no hace ningún gesto.

Piensa con rapidez, saca el documento falso que lleva consigo y se dispone a socializar con el entorno, bien dispuesta al control que habrá de desplegarse. Conversa con la gente, bromea si resulta posible, busca la mirada del SS para sonreírle. Y no olvida que los pasajeros que van con ella son polacos y la invasión alemana los ha humillado y traicionado suficientemente.

En efecto, no registra estados de ánimo entre los pasajeros, no hay con quien bromear. La operación transcurre en un clima forzado y tenso, sin el menor rasgo de naturalidad. Sintiendo el fracaso de la estrategia, consciente de la total soledad en la que se encuentra, se dispone a esperar turno, en silencio. Sabe que su compañero de viaje, Markus, está sentado tres filas más atrás, sobre el lado opuesto, pero no se atreve a mirarlo. Podría comprometerlo. Las cartas están jugadas y solo puede encomendarse a Dios, si en él creyera.

El agente de las SS que se acerca tiene una expresión hosca e imperiosa. Toma el documento de su vecina, lo mira con cuidado, lo gira, la observa, —mujer de cincuenta años, polaca— y le restituye el papel pegado a la cuartilla de cuero que lo protege.

Cuando estira la mano para tomar el de Fruma, ella le habla en su más correcto polaco:

—Por supuesto oficial, con mucho gusto. Aquí tiene.

Le tiende el carné con el papel pegado al cuero, en el mismo formato de la vecina. El soldado no responde. Tal vez no conoce el polaco. Fruma decide hablarle en alemán, arriesgando el desprecio de su vecina.

—Puedo hablar en alemán si usted necesita.

El soldado no responde. La vecina mira hacia abajo. El tren está en silencio. Los pasos de la soldadesca, dueños de la situación resuenan ahogados de un lado al otro del tren. Uniformados, los hombres recorren los lados del tren sosteniendo su propio ritmo sin que nada ajeno osara obstaculizar la tarea.

El oficial toma el certificado de Fruma, lo da vuelta, mira la foto, la mira a ella que le sonrío discretamente. Vuelve a mirar el sello impreso, la foto, a Fruma, el sello, el nombre, el papel. Algo no va bien, el soldado se inclina hacia su superior y le entrega el documento. Éste lo observa con detenimiento, murmura algo en voz baja al SS y lo devuelve. A la vez, el soldado lo restituye a Fruma y sigue la requisa.

Un suspiro de alivio se cruza con una inquietante pregunta. ¿Qué le habrá despertado la duda, el color de la tinta, la foto, el papel o su actitud amigable? No puede saberlo. Hace un gesto para buscar la mirada de Markus, pero otro SS intercepta la línea de mira. Siente su cerebro, todo el cuerpo le late con fuerza pese al intento de volver a la calma. El tiempo transcurre tan lento que Fruma desespera, aguardando el momento en que el comando abandone el tren.

Finalmente, los SS comienzan a retirarse. El que consultó su documento es el último. Cuando pasa por el asiento se detiene. La mira, le vuelve a pedir el documento y le dice en perfecto polaco:

—Tiene que acompañarme.

—Debe haber un error —el rostro de Fruma se despliega del asombro—. Señor, tengo mi documento en regla, usted puede corroborarlo. Por qué me eligió a mí entre tanta gente, oficial, acaso estaba buscándome por alguna razón. ¿A mí, en especial?

El uniformado no la mira. Su mirada entornada aparece indiferente a lo que lo rodea. En tono áspero y conminatorio apenas se digna emitir en un tono monocorde:

—Permanezca en silencio. Acompáñeme. *Schnell!*⁹

Y Fruma desaparece entre los tres escalones del tren, el uniforme del soldado que le cubre los movimientos y el andén que se perfila entre las ventanas del convoy.

Ella no alcanza a ver la mirada desolada de Markus. Aturdido y respirando con dificultad, no puede discernir si es Fruma la que está desapareciendo de su vida o es el cuerpo el que desfallece mientras su espíritu desaparece con él.

Markus ha tocado con suavidad, la puerta. Braja abre y se queda observando el nerviosismo que trasunta ese muchacho a quien no conoce.

—Soy Markus, amigo de Fruma, íbamos en el tren..., se la llevaron, no sé adónde —las lágrimas ruedan por sus mejillas arreboladas— no pude hacer nada, estaba muy asustado...

Markus se retuerce en el lugar, vacila, su voz se entrecorta, los sollozos no lo dejan continuar.

—La vi bajar del tren, no supe qué hacer...

Braja queda paralizada junto a la puerta, mira para todos lados y finalmente reacciona.

—Entra, por Dios, cuéntame qué pasó. ¿Dónde está Fruma? ¡Ven, siéntate!

Markus entra, trastabilla en la puerta y dando un par de pasos más se deja caer sobre el sillón, sujeta el rostro con las manos para dejarlo caer sobre la falda y sacudirse en llanto.

—Dime por favor qué pasó con Fruma —Braja ha quedado demudada y unas gotas de sudor asoman sobre la frente.

—Yo llevaba el mismo documento que ella, lo fabricó la misma

⁹ ¡Rápido!

mano, todo igual y a mí me dejaron pasar –Markus trata de explicar qué sucedió sin lograrlo. Sólo solloza.

Braja, de pie delante de él, haciendo una mueca de dolor intenta captar la entrecortada información, absorber el relato para encontrar profundamente en su interior, algún modo de situarse en un universo que otra vez arroja sobre ella la imprevisible conmoción de un peligro incontrolable que la deja inerme.

—El soldado se retiraba –sigue el joven– creí que todo iba bien y cuando pasa de nuevo al lado de Fruma, le ordena bajar del tren. Me volví loco, qué pasó, no sabía cómo averiguarlo, dónde la llevaban. Me paré sin darme cuenta del riesgo que corría, –otra vez Markus se levanta del raído sillón–, el soldado me miró, mi gesto precipitado despertó su sospecha... me detuve y lo miré. No podía arriesgar nada, no podía volver al asiento, tenía que encontrar una explicación. El corazón latía tan fuerte que temí que me denunciara. Balbuceé que iba a buscar un baño y el soldado giró y se fue. Fruma estaba bajando del tren, no se volvió para mirarme, no quiso comprometerme –solloza Markus– y no pude ayudarla.

Braja entrecerró los ojos. Qué podía esperar... cada día sumaba una nueva tragedia, todas la afectaban. Esta vez su sobrina, su preciosa y valiente niña... La imagen sonriente de Fruma apareció ante ella; tembló ante la idea de que pudiera ser violentada e intentó apartar la mirada. Ella no podría evitarlo. Solo podía dejar todo librado a la suerte. Sin embargo, de pronto se conectó con una esencia de Fruma. Dirigió sus fuerzas hacia donde quisiera que la joven estuviese.

—Resiste –le susurró en voz baja apretando los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, vio a Markus. El pobre chico necesitaba alguna palabra que disipara el peso que por mucho tiempo no habría de abandonarlo. Toman decisiones tan graves –pensó– pero aún siguen siendo chicos necesitados de ternura.

—Markus, no ha habido ninguna omisión de tu parte –le dijo mientras Fruma sangraba en su pecho– no es posible luchar solo... ese enemigo... Tranquilízate... tú no...

—Es que todo se hizo pedazos; mi alma, mis ilusiones, el deseo de vivir y luchar, si Fruma no está, si ni siquiera puedo saber dónde quedó, si vive aún, si volveré a verla... yo no sé vivir sin ella y nunca le confesé...

La voz reducida a murmullos va perdiendo su resonancia. Entrecortada por los sollozos, desmaya con un susurro apenas inteligible...

PARTE II
La aventura del saber

Capítulo I

El parque

Desde el balcón, la mirada de Ruth recorre, ensimismada, la exuberancia del parque, buscando los ojos de Jane en la luminosidad de sus verdes. Su madre acaba de partir, sabe que cumplirá por fin el largo anhelo de reunirse con sus seres perdidos. Ante aquella prodigalidad que disfrutaron en vida sus padres, pensaba Ruth, en cuáles rasgos de aquella flora reconocería sus huellas: el roble angelical, acaso los pétalos blancos de la magnolia... No, se dijo, imposible fragmentar el parque que cobijó la vida de Jane y Stepan durante más de medio siglo.

Un suave golpeteo en la sala, dispersa su atención. Lily la espera junto al baúl abierto, dispuesto a entregar sus últimos secretos. El único obstáculo es el pudor de Ruth, que vacila en decidirse. Insiste una vez más.

—Lily, ¿mi madre solía abrir el baúl y te mostraba...?

—Sí, en los últimos meses empezamos a revisarlo. Nos gustaba buscar y ver qué encontrábamos, veía fotos, me contaba historias. Pedazos de historia, cosas que recordaba.

Ruth sintió de pronto que se hundía en el desaliento. Ella y su hermano Abi conocieron desde niños la zozobra de Jana para relatar acontecimientos pasados que no lograba transmitir y aprendieron a silenciar las preguntas. Lily parecía haberlo obtenido sin mayor empeño. Para los niños bastaba saber que la familia materna permaneció en Varsovia, conducida en consecuencia, a los campos de la muerte.

Ruth oye roncar el timbre y al instante ve aparecer a Joseph. Su hijo, con gesto circunspecto arrima su mejilla a la de ella, demora el gesto, toma su mano y se sienta en el sillón contiguo.

—¿Cómo estás, mamá?

Un silencio reflexivo los envuelve.

—A mi edad, muertes, pérdidas, son como heridas en el cuerpo. Dejan una cicatriz para siempre —Ruth titubea. Joseph espera—: también es un corte en el alma. Y cada vez que se repite, morimos un poco.

—¿Dirías que vamos acumulando y sumando duelos?

—No, no somos tan resistentes. Se trata de reconocernos vulnerables.

—Sí, creo que es esa vulnerabilidad la que nos hace fuertes.

—¿Tú crees?

—No pienso en una fortaleza que resiste cualquier embate. Esa siempre termina por caer. Es lo contrario. Dejar que suceda te aliviará. Son signos que manda Dios, y si no crees en Dios, llámale como quieras. Hemos de jugar con las cartas que nos han repartido.

—Tu abuela Jane decía que Dios había fallado al desaparecer en el peor momento. Se enojaba cuando oía hablar de Él: ella hablaba de la muerte, de pedazos de uno que se van. Déjalos ir. Dios no tenía que ver con todo eso, es tu lucha.

—No creía, pero luchaba porque no dejaba de creer, reñía con Dios. Hemos conversado mucho con la abuela sobre eso. Su familia fue asesinada, ella huyó sin digerirlo, creo que su dolor más escabroso fue no dejarlos ir.

—No lograba relatarnos lo que había vivido.

—Le puso al tío Abi el nombre de su hermano, Abraham. Lo tenía presente cada día de su vida.

—¿Tú pudiste hablar con la abuela? —pregunta Ruth asombrada—. A veces siento que me dejó fuera de la historia.

—Trató de preservarte de su dolor.

—Eso me consta. Pero yo no sabía cuál era el dolor.

—No podía nombrarlo, me lo dijo. Es frecuente, *mom*, a los hijos no se les participa de sufrimientos tan próximos. Los beneficiarios terminamos siendo los nietos. Fue importante escuchar lo que dijo. Cuando el horror no dicho salta las generaciones, aparecen problemas en las familias.

—Estás hecho un sabio, Joseph.

Ruth meneaba la cabeza aún perdida en su bruma.

—La primera vez que fui de visita a Israel —continúa Joseph— me pidió que investigara si el nombre de la familia estaba en el registro del Museo del Holocausto en Jerusalén. Le dije que sí, pero no dijo más. Fue después, cuando decidí irme a vivir a Israel que ella me contó la historia.

Felices llegaban recién casados al país, cuando estalla la guerra. Sintió que había dejado tras de sí un reguero de desgracias. Su viejo mundo destruido, había quedado “incinerado”, usó esa palabra. Pero no eran los hechos lo que más la abrumaba.

La mirada de Ruth se disparó rauda hacia Joseph.

—Recordaba con amor su adolescencia y su familia. El dolor insondable era por su hermano. Cargaba con su propia traición; abandonó a sus padres, su hermano, sus amigos, su cultura, su entorno, sus afectos. Había huido cobardemente, eso la atormentaba.

—Salvó la vida... —Ruth supo siempre de la culpa que devoraba a su madre y nunca pudo revertirla.

—¿A qué precio? —Joseph asiente lentamente—. Ella se hacía esa pregunta.

En el recuerdo de Joseph otra imagen de una vida trunca se desliza.

—Voy a preparar un té para los dos —hace un gesto invitando a Lily a acompañarla y ambas salen juntas.

Joseph rememora la enfermedad de su padre y el insoportable dolor que cayó sobre él cuando murió. Fue un mal momento. Joseph entraba en la edad en la que un niño se convierte en hombre, a quien la comunidad recibe a través de su *bar mitzvá*.¹⁰ Su padre validó la ceremonia, aunque no era judío y llegó a estar presente. Le había prometido una conversación “entre hombres” y su promesa quedó pendiente en la expectativa del hijo. Al poco tiempo se debilitó y sucumbió a un cáncer de pulmón. Joseph resintió esa pérdida como un abandono, como si le hubieran cercenado la entrada al mundo de los hombres. El tío Abi hizo todo lo posible, recordó con cariño.

¹⁰ Ceremonia judía que marca en los varones la transición de la niñez a la edad adulta a los trece años.

Ruth y Lily regresan con la bandeja de té y algunos bocaditos. Ruth interroga con la mirada a Joseph, percibiendo su abstracción.

—¿Qué pensabas?

—Recordaba la muerte de papá.

—No te fue fácil —comentó Ruth luego de un silencio.

—A ti tampoco.

Luego de una larga meditación, Ruth agrega:

—¡Casi me lleva consigo!

—Eras tú que no podías dejarlo ir.

Ruth asiente.

—Ustedes eran muy jóvenes, no podía con todo. Si aún albergaba dudas sobre la existencia de Dios, la muerte de tu padre acabó con ellas.

—Para mí es importante creer, es sentir que no estoy solo.

—¿Aún duele, Joseph? ¿Se suman las muertes?

—No sé. Traer el recuerdo, cuesta siempre.

—La muerte es el único mandamiento que solo cabe acatar. No hay rebelión posible.

—Sí, pero ¡cómo...! Quedé partido, mi cuerpo quebrado. Algo similar a lo que decía la abuela. Se te desgarran un pedazo que ya nunca más será tuyo. Hay que volver a ensamblar el cuerpo con lo que te ha quedado.

—Algo así, hijo, algo así. Pero a ti, Dios te acompaña.

Se escucha un sollozo ahogado. Detrás de ellos, la morenita esconde el rostro entre las manos. Ella también se está sumando al duelo. Joseph se conmueve y acerca su hombro, Ruth la abraza y el trío parece congelarse, proyectarse a lo lejos y se volverse universal en el tiempo.

Capítulo II

El nuevo mundo

Jane absorbe con su mirada aquella tienda tan grande en la cual se encuentra, rebotante de provisiones generosas a la vista y tan diferente a su Varsovia natal. Su fascinación se intercepta con la tristeza, ¿cómo disfrutar aquel mundo nuevo sin poder compartirlo con su familia.

—¿Janele?! —Stepan aparece detrás suyo y la sobresalta—. ¿Qué le pasa a mi Janele que está pensativa? ¿No te decides, qué te gustaría comprar?

—Cuando me llamas Janele... —ella se acerca a Stepan sintiendo la necesidad de refugiarse en su pecho.

—¿Qué te pasa cuando te llamo Janele? —musita él a su oído con una sonrisa.

—Me conmueves mucho.

—¿Bien?

—Bien y mal —ríe Jane entre sonrisa y lágrimas— mi familia me llama así.

—Lo sé, es lo que quiero, mi amor, —Stepan toma el rostro de Jane entre sus manos— hacerte sentir en familia. Yo soy tu familia ahora —deja pasar unos segundos antes de exclamar—: sé cuánto los extrañas.

Jane oculta su deseo de llorar y continúa con la tarea. Al salir, Stepan pasa el brazo por los hombros de Jane, se dividen las bolsas de la compra y se encaminan a su hogar.

Mezclados en el movimiento de los peatones, el estruendo del tránsito, los caballos, los edificios y plazas del lugar, distraen a Jane. Sonríe junto a la entrada del metro al observar los anuncios publicitarios, el gran cartel de Coca-Cola que preside la avenida. El tranvía pasa traqueteando y el cine de enfrente anuncia su reciente adquisición.

—¿Quieres ir al cine más tarde?

—Todavía estoy luchando con el idioma.

—Es la mejor manera de acostumbrar el oído.

—¿Y si no entiendo?

—Vemos de nuevo la película.

Jane ríe. Su risa alegra la mirada algo preocupada de Stepan.

—Hagamos un trato. Hablaremos solo inglés por el resto del día.

—No es lo mismo decir *I love you* que decir *Koham cie* —dice Jane con un mohín.

Ahora le toca a Stepan reír.

—El amor está en tus ojos, in your beautiful eyes! As for me, you don't need to tell me anything.

—Mira qué bonito y qué alto se ve el Empire State. Es más alto que nuestro Edificio de Seguros.

—Ambos fueron construidos en esta década. Son los primeros rascacielos del mundo. Son construcciones nuevas que veremos repetirse constantemente. La tierra ya no alcanza, necesitaremos el espacio.

—A veces me confunde tanto ajeteo.

—A veces extraño nuestra Plaza del Mercado, el Palacio Presidencial de Varsovia. Edificios elegantes —ríe— ¿Recuerdas los atascos en la calle *Marszatkowska*? Había mucha gente, no tenemos nada que envidiar.

—Debo confesar que acá siento una paz que no tenía en Varsovia. Cuando camino por la calle, no tengo miedo.

—Lo recuerdo. Paseábamos por el Vístula, lo bordeábamos, tú siempre alerta observando todo. Ahora te veo recorrer con la vista los alrededores y vas sonriendo.

—Disfruto esta sensación nueva de andar sin miedo. A veces no lo puedo creer. Tal vez para ti no era tan peligroso como para nosotros los judíos. Siempre estábamos expuestos.

Jane tapa su rostro tratando de contener las lágrimas.

—Perdóname Stepan, no quiero traer historias tristes...

—¿Lloras por eso? —pregunta Stepan sabiendo que no es suficiente lo que pueda decirle a Jane—. ¡Las mismas lágrimas al servicio de dos años!

—Este bienestar me hace tan presente la diferencia, el abismo frente a otra manera de vivir. Mamá volvía a casa nerviosa, le habían gritado

judía, no le habían querido vender algo, la humillaban haciéndola esperar, atendían a otra mujer que llevaba una cruz... papá trataba de quitarle importancia, pero era obvio que también estaba preocupado. Sobre el final, mamá salía poco, lo imprescindible.

Jane comienza a cruzar la avenida, cuando se escucha un temblor y un estruendo de algo que se abalanza sobre ella. El brazo de Stepan la sujeta y la tironea hacia atrás. La aparta del enorme bulto que caía desde una superficie plana, cargada de bolsas de cemento, que remolcaba el caballo.

No había nada que lamentar, la gente que se aproximó lo corroboró y siguió su camino. Pero Jane había quedado temblando y sollozaba mientras cubría su cabeza con los brazos luego de soltar su compra, que se desparramó por la calle.

—Nos atacan, nos atacan —gritaba Jane horrorizada, buscando los asaltantes que supuestamente habían ido tras ellos—. ¡Ya están acá!

Stepan la sujeta y la hace sentarse sobre el cordón de la acera mientras un par de chicos recoge la mercadería dispersa. Él se sienta a su lado.

—Jane, tranquilízate, no es nada grave, una bolsa se salió del carro justo cuando pasábamos. No te asustes, no es lo que imaginaste.

—Stepan, no vamos a estar seguros en ningún lugar del mundo —sollozaba ella.

Él la estrecha con fuerza repitiéndole:

—No hay peligro acá, créeme, no estamos en Varsovia, estamos en Nueva York, acá no hay nazis, nadie persigue judíos acá... respira hondo... estamos lejos de los nazis. ¡Gracias chicos! —asiente a los que dejaron las bolsas del *market*.

Lentamente, aún vigilante, Jane cede y reconoce el entorno. Su llanto ahora fluye padeciendo el pesar de su propia confusión.

Ante el pequeño edificio que los cobija, Stepan sostiene la puerta.

—Pasa.

Una escalera los conduce hasta su departamento. No es un gran piso aún, pero es suyo. Cuando Stepan consolide su trabajo como

traductor, se mudarán frente al nuevo parque que se anuncia y ya están excavando.

La pequeña cocina recibe los envoltorios, Stepan la abraza con ternura, corrobora que se ha distendido y se retira al siguiente espacio junto a la ventana que da a la calle. Revisa un sobre que ha dejado el correo y la llama.

—Ven Jane, ¡acaba de llegar el correo!

—Dime, Stepan por favor, ¿hay noticias? —interroga a Stepan tratando de saber qué se trae entre manos. Pero su rostro se muestra velado.

—Dime, Stepan, por favor.

—La carta nos dirá lo que está ocurriendo en Varsovia.

Jane ha empaldecido. ¿Lo esperado tan temido? ¿Se volvía impensable esperar buenas noticias?

—No te alarmes, hemos recibido carta de Zarek. Está fechada en Varsovia, el 10 de enero de 1940.

—Oh, hace dos años, Stepan, lo que nos informe, ya no tiene validez.

—Mi querida, es la primera carta que nos llega de Europa, al menos...

—Envié cartas a mis padres, Stepan, a mi hermano Abraham, a Dina... nunca recibí noticias. Tampoco de tu familia.

—Veamos lo que dice, aunque lleguen tardías, son noticias, Jane, no las podemos despreciar.

—Claro, Stepan.

Stepan retoma la hoja y se dispone a leer:

Muy queridos amigos de siempre, Stepan y Jane:

Me siento aliviado de saber que están en Nueva York, que llegan bien, que se han puesto a buscar el sustento, que su vida transcurre como debería ser la vida de cualquier ser humano decente que solo pretenda avanzar y trazar el propio camino.

Habiendo transcurrido ya casi seis meses del inicio de la guerra, de la invasión alemana a nuestro país, me siento en la obligación de contarles lo que vivimos en esta ciudad, tan querida para todos. Evi-

taré relatar en detalle, sucesos de violencia que acaecen todos los días, ustedes pueden imaginarlos.

Jane, sé que estás angustiada por tu familia, tus amigos y quería decirte que si bien los judíos han estado perseguidos desde el inicio, me da gusto decirte que por el momento están a salvo, amiga, si en este infierno puede decirse eso.

No sé qué noticias reciben ustedes de lo que pasa en Europa. Nuestra ciudad ha estado asediada, el gobierno ha huido y no es buena señal. Ha habido barricadas, francotiradores en los techos, nadie ofrece buenos augurios para los judíos. Ya no les permiten abandonar el país, por eso me tranquiliza de que estén a salvo.

Llegan a nuestra ciudad judíos de pequeños pueblos, aterrorizados tratando de salvar sus vidas. La ciudad está desabastecida. Las casas destruidas, escombros cubriendo la calle. Todos, judíos y no judíos estamos sufriendo esas carencias. Sí, los judíos están en peligro en medio de un antisemitismo que se acrecienta.

Me he cruzado con tu hermano Abraham, Jane, el que nos acompañó al baile aquella noche, pero no me reconoció. Le pregunté si estaban bien, si tenía noticias de ti, si estaban en contacto, si podía ser útil colaborando. Me miró, me palmeó el brazo y me dijo:

“Nada nos puede ayudar, Zarek, los judíos estamos condenados. No pude escribirle a Jane... en realidad sí, escribí una carta para ella, pero lloré con tanto desespero que ahí quedaron un par de hojas mal escritas, mojadas, rotas. No quise enviarla, lo que le contaba era tan terrible que solo la iba a atormentar, nada bueno había para contar. Pero si le escribes tú, dile que me has visto, que estamos todos vivos. Y dile que saber que está a salvo es el único consuelo que me hace vivir. Podrán matar judíos pero no lograrán extinguir a nuestro pueblo. Que confío que ella continuará la historia familiar”.

Stepan, cuidala. El sufrimiento recién comienza. Respecto de tus padres, sé que pasan privaciones, pero nadie los persigue, tu familia es grande, se ayudan mutuamente. También me pidieron que te informara.

Ojalá entiendan hasta qué punto es difícil ponerse a escribir para describir el caos, es como si enviáramos amargura en lugar de afecto, no tenemos mucho que ofrecer... El sistema de correo además de estar bajo riguroso control, es arbitrario y abusivo, imposible confiar en él.

Solo me guía mi cariño por ustedes, por lo que hemos aprendido y disfrutado juntos. Y mi promesa de continuar escribiendo tanto como pueda.

*De ustedes siempre,
Zarek*

Stepan baja la cabeza reteniendo el papel que tiembla en su mano. Jane, en silencio, dirige su mirada a la ventana, al cielo despejado, a los automóviles y algún trote de caballos que persiste. Pasa largo rato hasta que Jane logra recuperar algo de fuerza.

—Al menos sé que los vio con vida... hace dos años —asiente Jane pensativa.

—Y al menos esta misiva logró atravesar el océano. Le escribiré para agradecerle la carta, apostemos a que la reciba. Le mandaré saludos a Erik y a Godek.

—Y a Helga y su hermana. Ojalá puedan venir como lo prometieron.

Jane se dirige a la cocina y en seguida se escucha un crujir de papeles que apaga los sollozos que sorbe y calma poco a poco. Stepan la comprende y comienza a hablar desde su sillón, para darle tiempo a reponerse.

—Jane, se me está ocurriendo una idea. Tenemos una maravillosa tarde por delante, qué tal si vamos a recorrer algunos barrios que aún no conocemos. Vamos, vayamos a la conquista de Nueva York —se levanta, se acerca a la cocina mientras enumera—: tal vez te apetece volver a Central Station, quizás Central Park, el *Flower Market*... —llega hasta ella y besándola en el cuello, agrega—: ¿te gustaría pasear por el puente de Brooklyn?

—¿Vamos en tranvía?

Jane se siente agradecida. Hay momentos en que la vida pende más del gesto de Stepan que de la vida misma.

—Claro, ¡si te gusta!

Capítulo III

Ruth y Guershom

Un duelo es un atravesamiento individual, intransferible. Ruth sabe que la proximidad de un abrazo, es una necesidad de la piel; el espacio del parque, un recubrimiento que la alberga. Guershom, a su lado, un bálsamo.

Hace tres décadas que están juntos.

Viudo a poco de casarse, la enfermedad de su esposa instaló en él la triste huella de lo inacabado. No tuvo hijos y en poco tiempo sufrió el deceso de sus padres. Aprendió a vivir atravesado de cicatrices. Fue bastante tiempo después, que recorriendo similar vía de pérdidas, Ruth irrumpe en su vida un atardecer, en medio de la dorada puesta de sol.

—Un repentino regalo de Dios, —dijera él— para ambos.

Esa mañana Ruth despierta en calma y la frase surge espontánea:

—Ven conmigo... —lo invita, y al observar su sorpresa, agrega— : ¡al Parque! —como si fuera lo más natural del mundo.

Él no preguntó más. El estilo desenfadado de Ruth puede con cualquier intento de resistencia.

Era el día después del entierro de su madre. La noche de Ruth había transcurrido con sobresaltos. Él fue testigo. La sintió dar vueltas entre las sábanas y creyó escuchar algún gemido. Tal vez fuera una pesadilla, y su gesto de cubrirla y abrazarla, había logrado tranquilizarla.

Ella lo tomó del brazo, lo condujo por recovecos inesperados hasta alcanzar un sendero que él nunca había transitado. Guarecido por una bóveda de cerezos claros, la brisa imprimía un ritmo lento que dejaba centellear haces luminosos.

La voz de Ruth exhaló un suspiro que abría el espacio para hacer fluir sus claroscuros. Para comenzar le pregunta a Guershom sobre las alternativas de sus ancestros en Riga.

—Mis padres emigraron de Varsovia justo a tiempo, como los tuyos y transitaron con altibajos el camino que la vida promete. Ambas familias, desaparecieron en la guerra. No supimos detalles. Los bombardeos que cayeron sobre la ciudad sepultaron sus cuerpos debajo de los escombros. Nunca apareció un contacto posterior, nadie, ninguna referencia que pudiera guiarnos. Quedamos solos para crear nuestra propia historia.

—Nosotros tampoco recibimos información. Mi padre decía que correspondía a mamá, decidir qué contarnos. Y mi madre no podía, no nos participaba de su historia. Abi y yo nos acostumbramos —amén de unas pocas fotos— a sentir una tabla rasa a nuestras espaldas, condenados a no saber. La cortina se había cerrado. Imaginar siquiera algún suceso del pasado se constituía en deslealtad. Fue cuando ya habíamos renunciado a abrir esa incógnita, te diré que no hace mucho, que mamá logró abrir las compuertas.

La caminata se volvía un lazo armónico entre sus relatos, el parque y el ritmo que se iba imprimiendo. De pronto, Ruth recuerda.

—Sabes, ayer Joseph me dijo que la abuela conversaba con él sobre lo acontecido. Curioso, a él mamá le contaba, ¡al nieto!

—Cuando me tocó a mí protestar por el silencio, mis padres describieron el clima que se vivía en Polonia. No era un largo período de sufrimiento —recuerda Guershom— porque decidieron irse antes. Mencionaron poco el antisemitismo que padecieron. Entendí que evitaban exhibir sus intimidades, transmitir las humillaciones que debieron soportar. Tal vez el pudor de mostrarse vulnerables, les hacía sentir vergüenza de sí mismos.

—Mis padres no vivieron eso. Tal vez para ellos la tristeza se centraba precisamente en la falta de imágenes. El vacío de saber —Ruth detiene su mirada en los brotes cercanos de una rama, los acaricia y gira hacia Guershom— ¿por qué al nieto, sí?

—Ante el tiempo transcurrido, el cuerpo ya no queda tan expuesto, el relato mismo traza una buena distancia, qué sé yo —Guershom eleva los hombros y sonríe— mira todo lo que me haces decir, no soy psicólogo, qué sé yo, tampoco tuve hijos.

—No lo haces tan mal, te diré —le sonríe Ruth.

—Tampoco logré conocer detalles. Heredamos sentimientos de trascendencia por lo que sucedió, pero no podemos analizar los pormenores.

—Cuando falta lo vivido, recurrimos a relatos de otros, a la historia escrita, a suponer...

—Yo no quise, imaginar era borrar sus huellas, cambiar lo que vivieron. Me pareció una falta de respeto, una deslealtad.

Una bandada de pájaros se recorta junto a una pequeña nube algodónada. Ruth queda observando su vuelo.

—Jane y Stepan fueron los únicos sobrevivientes —cuando la última ave se pierde entre las nubes, agrega—: muchas veces supe que tampoco sería fácil ocupar ese lugar.

Guershom asiente.

El camino se bifurcaba. El sendero de cielo rosa continuaba con lajas oscuras, cuya sombra cubría un enorme plátano. Al pasar por debajo Ruth sujeta el fruto y lo deja deslizar. De niña solía sujetarse de la rama mientras Abi, más audaz, escalaba el árbol imitando un gato y desde las ramas superiores maullaba. No bajaba hasta que ella soltaba unas lágrimas y lo amenazaba con relatar en casa su incierta odisea.

Bajando hacia el puente que no supera los cuatro metros curvos, los escalones anchos de piedra conforman la imitación de un film romántico cuyo nombre no recuerda. Su barandal de piedra asoma entre luces y sombras. Un hueco justo invita al paseante a descansar en su balaustrada. Si lo logra, descubrirá el paisaje que se oculta a quienes pasan desprevenidos. Si se inclina, verá el lago verde, en cuyas aguas se deslizan los nenúfares que navegan sin prisa.

Guershom sigue sorprendido al descubrir rincones que no conocía. Dos mirlos reposan en el álamo contiguo, se agitan y trinan. Dos jóvenes pasan corriendo, pisando fuerte, ríen y hablan a los gritos.

En la otra orilla entre la copiosa vegetación y la tierra oscura, se yerguen altivas esculturas de blanco mármol. En medio de una inquietante metamorfosis, Dafne y Apolo reiteran su destino.

—Siempre que llego acá, invierto el mito —ríe ella— y es el laurel que se convierte en Dafne. Vuelve a la vida imbuida del amor que Apolo derrama sobre ella. ¿No te parece un final más lógico?

—Veo que desconozco tantas cosas del parque —afirma Guershom— como también de ti.

—Esa es mi apuesta —responde Ruth—. No basta el sentido de la vista, quiero captar lo que no se ve. Mis padres fueron retoños de esta floresta. Cómo aprehender su presencia, sus señales... quisiera ser poeta para advertirlo.

—Ya eres poeta, mi querida... —asegura él con cariño.

Ruth le regala una carcajada.

—Intuir el secreto enlace de ambos mundos a medida que discurro por el parque. Percibir lo que no tiene nombre, ni lazo racional, ni letra...

—El lenguaje es algo vivo, irá apareciendo...

El deambular se vuelve placentero. Ruth recuerda:

—Cuando entraba en casa, los veía frente al balcón con sus tazas de té, sus pancitos de azúcar en la mano. Los escuchaba renovar recuerdos, a veces tristes, otras riendo, como si fuese una misión; ellos de este lado, el parque del otro. Los sonidos que emitían los recogía el viento y los almacenaba el parque. A la noche las hojas secreteaban las novedades. Ellos percibían los cerezos del otoño cuando maduraban, sentían crecer los lirios en primavera, conocían esa cierta demora de las rosas en abrirse... —Avanzan en silencio algunos pasos—...a veces cruzaban para regar algún arbusto que retaceaba sus frutos. Nunca supe si lo veían, lo intuían o era un llamado secreto —la risa surge visceral—. Cuando la dama de la noche atravesaba la calle y se esparcía, su alegría se volvía acción y actuaban la escena de Romeo y Julieta en el balcón. Recuerda que eran actores, Abi y yo aplaudíamos encantados y ellos “traducían” lo que acontecía; esa noche todos los aromas danzaban entrelazados.

—Ah, —ríe Gershom— tu herencia de poeta. Me llevó treinta años descubrir tu secreto.

—No está en mí, es la presencia del parque.

Junto a la piedra del puente pasan dos enamorados rozando el arbusto de margaritas. Ruth elige la más descollante, corta el tallo y la deja caer sobre el nenúfar que se hamaca en el lago. En ese momento la corriente recupera su empuje y con suavidad el conjunto se desliza con rumbo ya asignado.

—Fue su historia de amor a primera vista, un encantamiento mutuo, —Ruth se separa del borde y lo mira con ternura— se mudaron el mismo día que se inauguró el parque. Hubo discursos, música y gran algarrabía. Despuntaron juntos, no se separaron jamás.

—Estoy convencido de que los humanos vivimos en muchos mundos: algunos los conocemos más, otros los visitamos de vez en cuando. Y hay ciertos universos que ni siquiera sospechamos...

Guershom la toma del brazo y ambos continúan el paseo entre ramas y pétalos.

La música de Freddie Mercury eleva su volumen entre las ramas, anunciando el canto de caminantes que pasan divertidos, sin percartarse del puente, de nenúfares, ni esculturas. Ruth gira y se apoya en el sostén del puente y la voz de Guershom suena reflexiva.

—Acabas de mostrarme uno de los universos que aún oculto, ni siquiera me era ajeno. A veces es necesario que alguien te enseñe a mirar.

—Y a desear. Recuerdo el día en que exploramos el parque con mi nieta. ¿Viste qué cantidad de verdes tiene el parque?, le hice notar. Pasaron diez años y un día cualquiera me lo recordó: “Abuela, cada vez que veo verdes, los cuento. Pero yo veo tres, cuatro, no más y siempre me pregunto, ¿cuántos verdes verá la abuela?”.

Ruth se desprende del borde del puente. Suspira y sonrío con picardía.

—No olvidemos que el protagonista siempre es el parque. Solo podemos intuir el enigma. Sería la mayor ofrenda de proximidad que entrego a mi madre. Mi legado...

Capítulo IV
El arcón (2008)

Al entrar a la sala, ve a Lily instalada con la cabeza dentro del arcón, ordenando lo que contiene.

—Hola Sra. Ruth, la esperaba —Lily responsable de la tarea que le fue encomendada se yergue— quiero mostrarle lo que encontré.

La jovencita había curioseado a su gusto y dominaba todo el contenido que pretendía exhibir, impaciente por transmitir los relatos recibidos de Jane. Había separado fotos en un rincón y deja a la vista los preciosos botones nacarados de un trajecito en desuso. Y nombra tan rápido como puede, objetos que extrae del baúl.

—El trozo del bastón roto que utilizó el Sr. Stepan cuando se torció el pie, el cúmulo de hojas amarillentas con dibujos infantiles de ustedes —y las va desplegando en variados clips mientras no cesa de parlotear y gozar de su rol protagónico.

Ruth echa un tibio vistazo, asiente de modo automático mirando hacia el balcón. Apropiarse de lo que contiene el arcón implica aceptar el dolor. Y la vieja interrogante va tomando cuerpo: ¿tiene derecho de apropiarse de lo que su madre nunca dispuso compartir con ella?

Lily percibe su *impasse* y se detiene. El manojo de fotos en su mano muestra imágenes de la familia polaca. Ruth les concede una hojeada; lazos que no vivió, abuelos y tíos que nunca conoció. La resistencia se troca en impaciencia. No necesita ver las imágenes para sentir la opresión. Esa ausencia es la marca de nacimiento que se inscribe en su cuerpo como un tatuaje. Y su huella atribulada le recuerda el dibujo infantil que el museo guarda, en una hoja arrugada; una mesa familiar esbozada en un delgado trazo y en derredor doce sillas. Vacías.

“Esta nostalgia de lo que no vivimos —piensa Ruth— debe ser un distintivo de nuestra generación. Nos toca sentir el peso de reinscribirnos

en ese vacío. No, no se trata del miedo al vacío, lo que invisibiliza es el horror que allí habitó, a lo cual no tengo acceso”.

Lily recoge con discreción un atado de sobres, enlazados con cinta rosa, que tiende hacia Ruth, convencida de su trascendencia. Ruth los retiene sin mirar, fijando la mirada en el parque, en el roble angelical cuya presencia abre la saga familiar.

La joven vuelve al arcón y levanta la muñeca de trapo, la balancea mientras susurra una canción de cuna. Ruth vuelve de su letargo, sonríe. ¿Tan fácilmente puede ser apropiarse...? Acaricia los rizos oscuros de la joven y observa el atado que ha dejado sobre el sillón. Cartas. No son muchas, apenas un manojo. No las habría de abuelos ni tíos, ninguna misiva llegaba a su casa. ¿Qué añoranzas de su madre podría descubrir?

Ruth no dudaba que aquellas hojas renovarían las borrascas. ¿Tenía miedo de descubrir algo que cambiara la propia historia? Solo restaba quitarles el lazo, detectar fechas, negociar con el tiempo.

La ansiedad de Lily eligió el buen momento. Con un gesto ampuoso, extrae un elegante vestido y sin emitir palabra lo extiende esperando la reacción de Ruth. Ésta lo contempla unos segundos más y la exclamación escapa:

—¡Ah! ¡No puedo creerlo, mi vestido de novia!, ¡era hermoso! —Lo extiende sobre el sillón, acomoda la falda acampanada, midiendo sonriente la pequeña cintura que supo ostentar. El cluny que ornamentaba el escote, elegante y discreto, se elevaba a los lados del cuello.

—Es hermoso, señora Ruth —Lily no oculta su arrobo.

—El cluny está amarillento —sonríe Ruth—, pero qué bien conservado —lo acerca al pecho y lo retiene.

—La señora Jane era muy cuidadosa —Lily disfruta el rol que cumple.

—¿Te lo había mostrado?

—Sí. Lo sostenía y lo abrazaba recordando, no sé..., cómo usted ahora, ¡igual!

¿Hay más vestidos?

—Sí. Hay más.

Ambas apartan las prendas de la joven Jane, modelos fuera de uso que las hacen reír y comentar las modas de entonces. De pronto un traje negro emerge desde la memoria ancestral, colgado de su percha. Stepan solía vestirlo en reuniones importantes, él sabía que su figura cuidada, despertaba complacencia e incrementaba la aprobación.

—¡Era elegante mi padre!

Lily está encantada con los comentarios. La señora Ruth comparte sus recuerdos con ella.

Aquel arcón contenía todo lo que se esperaba de él. Cajas de diversos tamaños, algunas vacías, pañuelos bordados, un par de bellos monederos gastados, una billetera de varón sin uso... Ruth lo removía evaluando su propia memoria en aquellos objetos. Concentrada en la tarea, su mano topa con algo metálico, de mayor volumen, que rescata del resto.

—No supe qué era ese aparato, parece muy antiguo —curiosos, los ojos de Lily aguardan la respuesta.

—Sí, es un primus —una sonrisa tranquila se dibuja en el rostro de Ruth.

No recordaba haberlo utilizado. Tal vez observara desde la banqueta de la cocina, el uso que su madre le daba. Decide saciar la curiosidad de Lily y explicarle su manejo.

Mientras Lily lo levanta, lo desarma y le da vueltas, Ruth registra otro envoltorio que aparece sin que Lily lo hubiera identificado. Es compacto, correctamente embalado, guardado en una cobertura de terciopelo azul noche, tan elegante que invita a acariciarlo. Llama la atención su ubicación, aislada del resto. Sobre aquella promesa azul, está bordada en blanco con cierta presunción, una estrella de seis puntas. Intrigada, Ruth descubre una funda que al abrirla deja al descubierto un lienzo blanco donde descansa un libro. Sorprendida identifica al Libro de la Torah, El Pentateuco, y junto a él, como un cojín muelle, un talit, el manto que los varones usan para el rezo.

Ruth sabe que constituye un símbolo de pertenencia. Cada quién guarda el suyo con mucho celo. Tanto así que a la hora de la muerte,

suele ser enterrado con él. ¿A quién podría pertenecer? Observando con más atención descubre entre los lienzos, una foto color sepia, guardada entre sus pliegues. Se trata de una bebé con su ajuar rosado tal vez, y esa mirada sorprendida al percibir el mundo, eterno descubrimiento que no cesará de experimentar.

En su reverso, se lee el nombre de “Masza”, escrito con especial minuciosidad. Entre los lienzos un sobre mediano dejar ver los trazos de un inglés dificultoso. En letra escolar muestra una fecha, una dirección en Varsovia, el nombre de Mendel Grösental junto a otra dirección, ésta en California. Incluye una nota suelta escrita –deduce– en polaco.

Concentrada en la nota, Ruth no percibe otro sobre más reciente, menos apergaminado en un doblez del envoltorio. Su contenido, será descubierto en sucesivas incursiones. Así funciona el baúl de los tiempos.

—Qué extraño –Ruth considera el conjunto– parece una historia aparte. Diría que está preparado para ser entregada... de Varsovia a California, pero aún permanece allí... –intrigada considera–: tal vez mis padres fueran mensajeros de algo relacionado con esa niña... ¡Oh! Estoy oyendo a Guershom burlarse, diciéndome que ya estoy imaginando dramas de guerra... lo dejaré para pensar después, –su mirada empequeñece, pero sonrío con una mueca empecinada– ¡no debo estar muy lejos de la verdad!

Cerca, una tela amarilla de diez centímetros, con ribetes de gris oscuro aparece bordada con curiosos signos negros. En su centro dibuja una estrella más pequeña, manchada, en la que se lee... *JUDE*. ¿Habría salido Jane de Varsovia con la estrella de David apresada por la *svastika* nazi?

El intercomunicador anunció a Lily que la jornada laboral de su madre había terminado y la esperaba. Ruth, concentrada en las fotos, no se percató de que la jovencita se retiraba mirándola de soslayo, esperando llevar la muñeca consigo.

Hasta ese momento el relato aparecía fragmentado, hambreado, en letras que carecían de sentido. Sucede que el deseo de saber abre siem-

pre de manera imperiosa, tardíamente a veces. Ahora las cartas polacas restablecían sus derechos.

Al desatar el lazo de misivas, sintió su boca reseca.

La cartilla de bordes quebrados, lucía amarilla y la tinta borroñeada. En el sobre un gran sello negro cruzado con trazos oscuros, certificaba el retorno de una carta que no había llegado a destino. Ruth reconocía la letra de su madre. La carta había sido dirigida a Abraham, su tío muerto durante la ocupación nazi. Cabe suponer que la dirección era la de Varsovia, las letras debían ser polacas.

Con cuidado, comienza a desprender la hoja para decodificar la fecha de envío. El sobre contiene una única página enviada en febrero de 1941 y regresada un año más tarde. ¿Una sola página en tantos años? No debió ser la primera carta sin respuesta, pero sería suficiente para avalar la imposibilidad de comunicarse.

—Meidele!¹¹

El sonido recorrió suave su recuerdo. Era la voz de mamá llamando su atención cuando se distraía en el desayuno revisando sus útiles antes de ir a la escuela. Ese resabio de madre judía que chispeaba entre ella y sus hijos cuando los nombraba con humor y cariño; niña, niño, diminutivos.

—Íngale¹² —merecía Abi cuando lo llamaban a bañarse y él se empeñaba en maniobrar un tranvía ruidoso que se había demorado en llegar a destino.

Papá sabía poco ídish, con él las palabras —recordaba Ruth—, vibraban con fuerza en polaco. Le encantaba mi *spúdnitze*, mi falda rosada y bromeaba siempre al verme con ella. Yo adoraba aquella prenda, la buscaba para complacerlo, sin duda. Otras veces levantaba a Abi en vilo y le sonreía, ¡vamos *bojáterov!* como si de un héroe se tratase y lo invitaba a salir.

¹¹ Niñita.

¹² Niñito.

Pero Jana, no. No los había aproximado al polaco, ni al ídish, ni al hebreo ni a acontecimiento pasado alguno. Para renombrar la vida, la página en blanco debía estrenar una nueva lengua. Acaso Ruth hubiera deseado profundizar en la vieja vida de Jana y Stepan, pero no era el momento. Ellos habían partido de Varsovia rumbo a América y ese giro salvó sus vidas. Así da comienzo la nueva historia.

Como si despertara de una ensoñación, vuelve en sí y descubre que Lily se ha retirado. Cuando vuelve la mirada al arcón no puede evitar una sonrisa: la muñeca sigue allí.

Retoma las misivas para corroborar que no puede leerlas. Ese idioma nunca conocido la desasosiega. De pronto su madre, su letra, su carta, dejan de pertenecerle. Una vez más esa certeza de haber quedado fuera, pero fuera ¿de qué?

Ruth hojea las fotos que Lily había separado, el color sepia de la década del 30 y las imágenes que su recuerdo había fijado, retornan. Ruth las demora sobre la falda para detectar quién es quién. Busca una en especial hasta dar con ella. Sí, el jardín, los abuelos Ruth y David sentados en el centro, Jane de pie al lado de su padre, Abraham junto a la madre y tres figuras más que desconoce. La edad de su madre no pasa de los quince, su tío Abraham llegando a los veinte. Puede verlas moverse inquietas, la falda corta, vivaz la mirada, el chico apuesto, amigos, vecinos o parientes, destinados a perderse en la turbulencia del tiempo.

Ruth observa la foto, no son figuras, solo imágenes que jamás salieron de aquel jardín. Distantes, los abuelos no sonríen. Desaparecieron en las volutas de humo de los campos. Nunca se supo más de ellos ¿acaso esa foto es prueba de su existencia? Quién puede aseverar que esos eran sus abuelos. Tampoco su madre se parece a esa niña. La ira enrojece su rostro. Es tan fácil crear una historia y echarla a rodar.

Retrocede unos pasos. Ha sido un engaño eterno, ese no es su jardín, esos garabatos escritos no la representan. ¿A quién debería serle leal?, ¿cómo hacer lazo con seres inexistentes, por qué hacer un duelo que no es suyo? Un repentino impulso de destruir la foto acabaría con

esa división en torno a la cual ella no es ella, son mundos escindidos diferentes e inconexos. Ella pertenece a su historia americana. Sus padres trajeron la semilla que renació en tierra nueva. No se trata de contaminarla...

Se dirige al balcón en busca de la brisa que suele despejar sus disgustos. El aliento del sol sobre el roble, la anima a dejar fluir los pensamientos que se atascan en el desfiladero de la palabra.

—Estoy fuera, expulsada de esa familia. Monto a horcajadas en el barco de los migrantes. Si me descubren a tiempo no podría zarpar. Pero, ¿de dónde creo que vengo? Mi familia, mis padres están aquí, de este lado del mundo; mi país, mi idioma. ¡El polaco no es mi idioma!

Basta un parpadeo para develar al polizonte que se burla de su alegado. Sabe que su reacción no es justa, pero profundizar su malestar permite delatar lo que esconde el velo.

—¿Por qué se demora tanto Abi... qué le habrá pasado!

El arrebató estalla cuando las palabras liberan las decepciones. Aquella familia de muertos le escamoteaba a su madre cuando estaba viva. Instalada en el sillón de la sala, percibe que la niña que fue se acerca despacio con su *puđnitze* rosa y con suavidad le toma la mano. La presión de su pecho cede. ¿Era aquel jardín de Varsovia dónde mamá transmigraba cuando ella venía a buscarla y encontraba el cuerpo vaciado de Jane? Ruth hospeda a la niña en su falda, reconociéndose en ella. Suelta la tensión que alberga su cuerpo y cuando retorna a él, descubre en ese mismo lugar, a su madre.

Ella fue la niña que un día supo atravesar su propio disgusto animándose a repetir mamá, mamá, dos veces, en voz alta, con firmeza. Su llamado produjo la magia. Jane pareció despertar, parpadeó y regresó a casa, a su familia de hoy. Y sollozó agradecida.

Cuántas dimensiones puede uno habitar —se preguntó Ruth cuando de pronto las imágenes develan lo que no supo vislumbrar: ella también está en la foto. No se ve, porque está en otra dimensión.

Necesita salir, caminar, internarse en el parque, perderse en sus laberintos. Se acerca al baúl para bajar la tapa y la gran estrella blanca

de David sobre el lienzo azul salta a la vista. Al observarlo una vez más, descubre entre los pliegues de terciopelo un sobre que no había visto. Sin demorar el gesto abre el sobre. Es una misiva americana. Había sido entregada y la firmaba una tal Mary Grösental. ¿Cuándo...? La fecha la desconcierta: 1997, es el año que falleció Stepan, su padre.

Deja el sobre, recoge su chaqueta y se dispone a salir. Se ve cruzando el parque con paso firme por sus angostas sendas. Presiente la larga tarea de recuperar lo que le pertenece, hacerlo suyo. ¿Cómo...?

La aventura del saber, recién comienza.

Capítulo V

Al año de duelo (1998). Iurzait

Finalizada la oración, el público abandona la sinagoga y se disgrega por la avenida, la plaza...

Ruth camina al lado de su madre, se dirigen al auto. Corre el año 1998. Acaban de escuchar la última oración ofrecida en la sinagoga al año de la muerte de Stepan. Abi se apresura tras ellas.

—Espérenme, ¿cuál es el apuro?

—Mamá está agotada, fueron muchas emociones, Abi, quiero dejarla en la casa lo antes posible —Abi abre la puerta para que Jane entre en el auto mientras Ruth se dispone a conducir.

—Me hubiera gustado invitarlas a mi casa... —Abi queda desilusionado.

—Otro día mi querido —interviene Jane— no estoy para reuniones. Quiero volver a casa y acostarme.

—Claro mamá —reacciona Abi—. Disculpa, debí darme cuenta. —Se dirige a Ruth—: hermana, ¿quieres que conversemos un rato?

—Ah, queridos, qué tonta soy —tercia Jane cerrando los ojos con pesar— por supuesto pueden venir a casa, Abi, es tan buena idea, se quedan charlando mientras yo descanso

—Jane asiente—. Me sentiría tan bien acompañada por ustedes, hijos... de verdad, ¡me gustaría!

—Es buena idea, sí —acota Ruth—. No dejarla sola en un día como el de hoy.

—Voy detrás de ustedes.

Ya en la sala de estar, Ruth aparece con una bandeja y tazas de té. Abi ha servido un par de tragos que dejó sobre la mesa y hojea una revista. Ambos miran la preparación del otro y sueltan una carcajada. Jane no está a la vista, sin duda reposa en su cuarto.

Abi eleva la taza de té para topar la de Ruth y dice sonriendo:

—También hay varias maneras de brindar, hagamos el honor a ambas. —Abi esboza una sonrisa—. Para mí despedir a papá es un trago fuerte —levanta los vasos que acaba de escandir, le ofrece uno a Ruth y eleva el suyo a la altura del rostro—: ¡Por Stepan! Papá querido... fuiste y seguirás siendo para mí... ¡un PADRE! Es lo mejor que puedo decir de él. —e interroga a Ruth—. ¿No crees?

—Sí —asiente Ruth y repite la inscripción que acompañará para siempre, la recién inaugurada lápida de Stepan—. Querido papá, “El ritmo de tu paso, sereno, se queda con nosotros”.

El locuaz silencio que los rodea parece bañarlos de la misma paz que despliega el recuerdo de Stepan, como supo hacerlo su presencia.

—Es curioso,—dice Abi— en este momento no recuerdo nada en especial para decir de él, él fue... ah, el oxígeno que hemos respirado. Su presencia inefable es nuestro legado.

—Su espíritu está presente todo el tiempo para mí, y el parque es la prueba, la garantía de su existencia.

—¿Sabes qué veo yo? —Abi otea alrededor buscando una referencia— veo una barca que se desliza cerca de las esculturas de Dafne —estalla en una carcajada—. Ay, ya estamos de vuelta en el parque. Ruth, deberías ponerte a escribir de una buena vez.

Ambos ríen sintiendo fluir al abrazo de la eternidad que les da marco.

—Él nos rodea, nos protege. Quien nos oye se burlaría de nosotros por idealizarlo de esa manera.

—No sé si hablas del parque o ¡de nuestro progenitor! —exclama Abi.

—Ha sido un modelo en nuestra vida.

—Una presencia tranquilizante como el parque, te lo concedo —asiente Abi—, desde niños nos transmitía seguridad. Tenía eso que cada vez escasea más, sabía escuchar. Recuerdo el día que llegué del colegio con el uniforme desgarrado, me había peleado con un compañero y yo estaba furioso y angustiado. Nos habíamos golpeado y él era muy mal compañero. Cuando volví a casa papá estaba leyendo el diario. Me puse nervioso, temiendo su enojo, supongo que no estaba seguro de haber obrado bien.

—¿Y qué pasó?

Fue una lección formidable. Me dejó entrar, me preparó la merienda, me acarició la cabeza, se sentó conmigo, se sirvió un café y me miró sin decir nada. Así estuvimos no sé cuánto tiempo. No estaba enojado, me miraba con ternura. Yo no podía hablar, tragaba mi bizcocho apurado y nervioso. Entonces él me dijo:

—Come tranquilo, Abi, no te apures, no te pongas nervioso. ¿Acaso ves que el mundo haya cambiado, que el sol dejó de iluminar, el cielo se rompió, las flores se secaron, el roble desapareció? La gente sigue caminando por la calle, los autos no se han detenido, tu mamá está en la cocina, Ruth llegará de un momento a otro. Yo, tu papá, te quiero mucho... Hay cosas que pasan en la vida para que uno aprenda a resolverlas. ¿Quieres contarme? Pero hazlo tranquilo... ¡para poder pensarlo juntos!

Entonces le conté que este compañero me gritó judío y vino a golpearme. Me enojé tanto que le pegué yo también. Miré a papá para ver su reacción, pero no dijo nada, me dejó seguir hablando. Interrogaba mis aseveraciones sin que yo me diera cuenta, era como si la pregunta brotara de mí mismo y yo respondía. Fue increíble. Me había insultado... decirme judío... el tono cómo lo dijo, despectivo... mamá es judía... yo también... no, no sé por qué tengo que defender a los judíos, pero me pareció... Sé que hubo una guerra y mataron muchos judíos... pero no sé si él sabe... no es amigo mío...

Me fue conduciendo, me hizo pensar que tal vez, si en lugar de pegarle le hubiera... Me tranquilicé y al otro día me fui sosegado al colegio. Cuando vi a mi compañero le dije que no me había gustado pegarle. Él me contestó que a él tampoco. Conversamos, le conté de los nazis, él no sabía. Nos fuimos hablando sobre nuestras familias. A partir de ese momento nos buscábamos, nos hicimos muy amigos. Aprendí que uno puede cambiar la realidad misma si lo que está sucediendo lo disgusta. Uno puede volverla otra cosa.

—*Wow!*, qué historia para pensar, Abi —y agrega Ruth—: no basta un buen maestro, también se requiere un buen alumno.

Del interior se escucha un golpe seco, como si un libro cayera de la mesa de luz.

—Creo que mamá se durmió por fin. Estaba muy conmovida... sesenta años juntos, no debe ser fácil. Pero tuvieron una vida plena y compartida, tan feliz, ¿no crees?

—También arrastraron un pasado difícil —objeta Abi.

—Sí, cuesta unir los dos registros. A veces se me impone pensarlos por separado. Sin duda lograron articular algún equilibrio. Había que alternar los duros recuerdos con las exigencias del presente que éramos nosotros, creo que los obligamos a vivir.

—Un mandato que proviene de los ancestros —Abi asiente sin emitir palabra— encomendados a sobrevivir.

—Fue distinto para cada uno. Mamá parecía tener dos vidas, pasaba de una a otra

—Ruth queda pensativa—, y papá la sostuvo a ella.

—La tarea de sostenerla a ella, le permitió afirmarse a él. —Abi sonríe y Ruth apoya.

Abi gira en su asiento, va hacia la terraza, aspira hondo el peculiar aroma de jazmines y permanece apoyado sobre la balaustrada, algo inquieto.

—¿Qué te molesta, Abi? —Ruth le espeta desde el sillón.

—Lo que nunca dijeron nuestros padres. Qué pasó con la familia en Polonia. Nunca preguntamos, ¿por qué les tuvimos tanta piedad?

—Mamá está viva todavía, aún puede contarnos.

—Bueno, ya sabemos qué le sucede si tocamos el tema... es como un alud que de pronto se desmorona y arrastra todo en su camino. Siempre sucedió así, fue imposible conocer...

Ruth se levanta, va hasta el balcón y observa las sombras cubriendo el parque. Huele la noche, se acerca a Abi y se acoda a su lado.

—¿Sientes los jazmines? —pregunta Abi con cierta duda—. Hoy su aroma me resulta tan exquisito...

—No son jazmines —responde Ruth— es la dama de la noche que cautiva con su aroma. La sensibilidad por las flores nunca fue tu fuerte, pero percibes su aroma.

—¿Cómo es la planta? —Abi queda intrigado.

—Es un arbusto bastante caótico, su belleza no está a la vista. Esconde pequeñas flores tubulares durante el día, acumula toda la energía para derramarla en la noche. Su fragancia es un canto de sirena, imposible de sustraerse. Ella te lleva consigo hacia tus propios sueños, los que nunca te atreviste a soñar. Hoy puedes reconocerlos porque es la noche en la que derrama su esencia. —Ruth abre los brazos y aspira largamente—. Disfrutarlo es nuestro privilegio y ¡nuestra herencia!

—¿Qué cosa? —Abi se siente superado por el anuncio de Ruth.

—¡El parque, Abi!, ¿no es acaso una continuidad familiar? Cada vez que acuso sus señales los veo, tomando su té, deambulando juntos, los siento, los oigo, los aspiro. Y si me apuras, puedo bajar, recorrerlo todo y rozar con certeza lo que ellos tocaron. Todo eso me concede esa armonía que se escabulle sin cesar.

Abi se mantiene pensativo. Cuando Ruth remonta vuelo, él la escucha, pero nunca sabe si seguir la huella. Tal vez siente vergüenza masculina por sucumbir a la atracción que ello significa. Tal vez porque alguien, él, debe mantener un pie a tierra, asegurando el timón.

—La información que no obtuvimos —continúa Ruth— la compensaron con mucho amor y concordia. Por eso siento que éste es mi lugar en el mundo, no podría vivir en otro. Es como tener a mi cargo el relevo familiar. Lo hemos conversado con mamá. Y tú eres parte, lo sabes.

Ruth percibe un temblor e invita a Abi a volver a la sala, mientras cierran el ventanal.

—Nosotros no sabemos, Abi, pero tal vez ellos nunca supieron detalles, nunca llegaron cartas, no hubo relatos directos, no llegaban visitas...

—No puedo creer que se los tragara la tierra —Abi reacciona a lo que acaba de enunciar sin pensar. De pronto abre los brazos en forma exagerada y sonrío—: ¡qué frase! Finalmente resultó literal. Se los tragó la tierra. Mamá trajo consigo algunas fotos pero de la familia del viejo... —sus manos se tienden hacia adelante—, no eran judíos, no tenían que esconderse, no corrían riesgo de ser asesinados.

—La muerte de ellos también fue trágica. Todo tuvo esa impronta. Mamá cargó su deuda a perpetuidad; abandonó a su familia para irse con un chico que ni siquiera era judío. Todo fue tan rápido... casi una huida. Y ellos...

—Algo no armoniza, es como si faltara un dato. ¿Por qué la prisa? —se levanta del sillón, eleva los brazos, da unos pasos y repite— ¿por qué la prisa?

—Siempre imaginé que la situación era terrible. Reclamamos un relato continuo y la historia no lo es, en especial ésta que se presenta como pura ruptura. Imposible conocer todos los matices.

—Tal vez conocer no. Pero si no abrimos interrogantes, cómo comprender, cómo siquiera intuí, ¿por qué no se vinieron todos, por qué dejarse morir, por qué no emigrar, huir tal vez... —Abi eleva la voz y vuelve a sentarse—. Sabemos tan poco... de verdad deberíamos preguntarle a mamá —insiste él.

—Sí, porque en ese rubro papá era menos elocuente aún, le dejaba el dominio de la narración a ella, no sé por qué.

—¿Como si hubiera algún secreto oculto? —insiste él buscando la complicidad de Ruth.

—Como si ella mantuviera una misión asignada —corrige Ruth— un pacto de silencio que él respetaba.

—Eso se puede entender mejor.

—¿Ah, sí? —Ruth se encoge de hombros—. ¿Por qué?

—En principio porque las mujeres se deslizan de modo natural con los sentimientos. Y en especial porque de la persecución a los judíos, la parte más dolorosa le concernía más a mamá, la estocada fue a fondo, vivió un trauma que papá sostuvo y respetó.

El tono decrece, Abi retoma su trago, Ruth se estira en el sillón. Parecen permitirse, por primera vez, hurgar el pasado familiar, tal vez un saber que subyace sin asomar aún.

—Él no estaba amenazado, su familia no tenía motivos para emigrar, podían haber vivido, mira, ni siquiera dije sobrevivido en ese entorno —Ruth había olvidado el té, seguía con el trago—. Padecieron

consecuencias de la guerra, pero la tragedia, el accidente... ellos ya estaban acá, en New York –Ruth organiza los datos–. No pudo haber sido esa la causa de su viaje.

—Debe haber sido el peor dolor para nuestro padre.

¡Clac! ¡Clac! ¡Clac! Se oye arrastrar las pantuflas y en seguida Jane aparece con su bata azul, sus ojos llorosos, su rostro cansado. Abraham y Ruth se sobresaltan hasta reconocer que ellos mismos convocaron su presencia.

—Hablamos demasiado fuerte.

—Perdón mamá, no te dejamos descansar. Creo que mejor nos vamos.

—A ver, claro que no –Jane avanza unos pasos y Abi se pone de pie para hacerle lugar.

Afuera, el parque entreteje los últimos rayos de luz ocultos en el follaje. En pocos minutos el vergel se verá habitado por murmullos en cascada, con los que los haces de luz departen.

—Me están reclamando saber... –Jane aparece arrastrando sus pantuflas.

—Nos escuchaste, mamá, ¿escuchaste lo que decíamos?

—Todavía tengo buen oído –ríe Jane.

—¡Increíble! – Abi se sorprende–. Oyes mejor que yo.

—Hijos –su mirada se detiene en uno y otro con cariño –quieren saber qué pasó en Polonia cuando decidimos irnos. ¿Por qué fue todo tan rápido? ¿Por qué nadie de la familia vino con nosotros? ¿Quieren saber a qué destinos conducía aquel entorno?

Ruth y Abi no contestan. Incrédulos aguardan la promesa de los sueños truncados de su niñez. El aroma de la dama de la noche los envuelve. Y Jane enuncia palabras mágicas.

—Voy a contarles lo que pueda recordar. Me fue muy difícil iniciar una nueva vida. Fue Stepan quien la sostuvo, yo no hubiera podido. Su increíble determinación impregnó al inicio mi vida y luego también la de ustedes, como bien dijeron. Hoy me desborda el recuerdo de su ternura, me siento agradecida por la vida que compartimos. –Mira a Abi y acaricia su nuca–. Abi, sirve algo. Que sea más gráfico, como solía decir tu padre. El tema lo pide.

Abi se levanta y toma de los estantes lo necesario. Cuando los vasos están dispuestos en un triángulo equidistante, Jane eleva la mirada y sugiere un brindis:

—Por ti, Step... por nuestra familia unida que tanto te ocupaste en sostener. Hoy nos toca recordarte y en tu honor voy a liberar lo que tenía atascado. Sé que te aliviará escuchar lo que tantas veces hubieras querido decir. Respetaste mi dificultad convencido de que iba a lograrlo —bebe un trago y agrega—: por ti, Step. Hoy es el día.

Respira hondo, mira uno por uno a sus hijos, les sonrío, recoger las manos de sus hijos, las aprieta con fuerza y aspira hondo la fragancia que los rodea.

El trío se conmueve y sonrío en complicidad.

—Su padre solía ser sabio, muy a menudo tenía razón. La hora de la verdad tarde o temprano, llega. Él me sabía en deuda con ustedes. Jamás se hubiera atrevido a hacer él lo que me tocaba a mí. Por él, entonces —levanta la copa—, por ustedes y también por mí.

Y empina la copa para darse ánimos.

Capítulo VI
...y Jane habla

—¿¡Nunca les conté historias de Varsovia!?

La aseveración resonó como un *scherzo* liviano y quedó en suspenso, envuelta en un doble signo de silencio expectante.

Abi y Ruth cruzaron una mirada suspicaz. Su madre iba a ofrecerles aquel nocturno tantas veces rehuido... tal vez fuera transferido a otro pentagrama y ya estaba fuera de su alcance. Remontarlo de aquella sordina requería comenzar da capo, aceitar trinos, volver a jalar corcheas, reescribir anhelos en sostenido.

Tal vez fuera verdad que la energía de la dama de la noche extendería su melodía hacia el infinito convocando ritornelos en otras claves. La exclamación de Jane repicó como golpe de timbal horadando el calderón en suspenso durante años...

—Nos hablaste de Varsovia, sí, pero nunca de lo que pasó —arriesga Abi alentado por la pregunta.

Jane decidida a discontinuar su silencio, teme volver a atascar ese descaro repentino y no hace pausa.

—Lo sé, hijos —asiente varias veces y se pierde en sus recuerdos—. Me veo, cuando la vida descarriló mi vida y yo era una adolescente como muchas, engreída y egoísta. Quería sentirme libre, mi voluntad debía negar la impotencia en que vivíamos todos. Era un desafío. Cuando la libertad está amenazada te invade una inhibición fatal o te excedes y aceleras los proyectos...

Demorada, la mirada de Jana se refugia en el parque, manantial donde su memoria se nutre de reminiscencias.

—Estaba en plena rebeldía, todo lo que acontecía me crispaba la piel: rompían los vidrios de los negocios, el desprecio polaco a nuestra comunidad, las ofensas cotidianas, me encendían de ira. Si se daban cuenta de que eras judía te hacían esperar en los almacenes, el temor

era un mar de fondo entre judíos. Mis padres parecían acostumbrados, pero yo me negaba. Tenía prohibido siquiera soñar con el proyecto de entrar a la universidad. Los lugares que se concedía a los estudiantes judíos, a regañadientes, ya estaban cubiertos. Lugar, es una manera de decir, los relegaban al fondo del salón donde no había sillas y había que escuchar la clase, de pie.

—¿En la Universidad? —Abi pregunta incrédulo.

—Había doscientos cincuenta lugares para tres millones de judíos en Polonia, Abi. Se imaginan —Jane se ha transformado. Su rostro, encuadrado el mentón, denuncia con crudeza lo que recuerda haber sufrido—. Vivíamos en esa tensión y la comunidad se encerraba en sí misma. Me desesperaba, nadie parecía reaccionar.

—¿Vivían en el gueto? —Abi interpela.

Pero Jane desaparecía sumergida en su propia evocación. Sus ojos se han agrandado, la expresión de temor se extiende en su rostro, parpadea y se mueve sin visualizar la presencia de sus hijos. Ruth comienza a alarmarse.

—La situación se agrava. —Jane respira con ansiedad apurando el ritmo—, a los judíos nos arrancan del barrio, —un ronquido *in crescendo* se vuelve *leit motive* que acompasa cada frase—, de nuestras casas, nos obligan a trasladarnos a otro barrio, más oscuro, más humilde, —platillos resuenan en su cabeza hasta que el tañido se apaga—. Todo se vuelve triste encerrados allí, amurallados —los sollozos la sacuden y las lágrimas comienzan a fluir— ¡este es el gueto! Nos dan veinticuatro horas para abandonar nuestros hogares —dice con desesperación, sin respiro— nuestros recuerdos, nuestras fotos, los libros, las plantas, nuestros sillones preferidos. Todo se desvanece cuando cruzamos el puente; nos roban todo —Abi y Ruth la rodean y abrazan intentado calmar su ahogo—, solo podemos llevarnos algunas ropas.

El llanto, interceptado por hipidos encrespados, toma una curva más calma. Por un momento la tristeza toma el relevo, develando el perpetuo duelo que esconden los fantasmas.

—En el gueto sólo había hambre, humillación, enfermedades, la gente se moría en las calles —Jana respira con dificultad, la ansiedad la hace temblar, su voz vacila, tropiezan las palabras, que arroja con respiro espasmódico, bañada en lágrimas—. La gente moría de hambre, ¡¡se dejaba caer!!! —con un gesto de agotamiento, susurra—: yo veía la desesperación, veía la muerte caminando por las calles. —Su voz aminora el ritmo tan solo para ir a más, para apretar de pronto el puño y denunciar en la cúspide de un grito—: los niños caían de hambre... ¿¡Dónde estaba Dios!?

Preocupados, Abi y Ruth la acarician, Ruth besa sus cabellos, Abi sostiene sus hombros abrazándola con fuerza. A medida que Jane se va calmando, ambos cruzan miradas con cierta alarma. Se miran consternados.

—Mamá, descansa, no está pasando eso ahora —alega Ruth despacio infundiendo serenidad.

Jane cierra los ojos, lleva ambas manos a los párpados, las arrastra por el rostro hasta mesar los cabellos y deja que los sollozos la sacudan.

Ambos quedan pendientes de su reacción. Una corriente de temor atraviesa la emoción congelada durante años. En segundos comprenden lo que no pudo fluir en relatos porque no fue lo que laceró su propia carne. Ella no estuvo allí. Los fantasmas petrificados delatan su ausencia. Enhebraba hebras para que un nuevo tapiz la restituyera junto a su familia. Si hubiera sido una más...

Cuando Jane empieza a serenarse, Abi intenta regresarla.

—P-pero tú... ¡no viviste eso, ma! —tengo, intenta levantar el mentón de Jane y obtener su mirada.

El largo silencio se balancea incierto. Jane lo mira, mira a Ruth y su mirada extraviada parpadea antes de emprender un lento regreso.

—Cuando eso sucedía en Polonia —Abi insiste en separar los escenarios—, tú estabas... —ya no le pareció justo decir “a salvo”— acá, ya estabas acá en Nueva York.

Ruth vigila con atención la reacción de su madre. Ha surcado aquel mar embravecido atravesando zonas inexploradas y desconocidas en

una cáscara de nuez. Lo ha hecho por ellos. Agotada y maltrecha tal vez ahora pueda descansar a su amparo.

Aún confusa Jane se encamina al balcón. Necesita la presencia del roble angelical, visualizar sus ramas, aspirar la fragancia que le da la bienvenida a su retorno.

—Cuando los míos sufrieron el hambre, privaciones, humillaciones, bloqueos... —el ritmo de sus palabras decrece hasta quedar inaudible—, yo me había ido, sí, me había ido. Todo lo supe acá. Datos que llegaban imprecisos, indirectos, horribles, no podían ser creíbles. —Un silencio se extiende hasta que ella misma agrega con ánimo cansino—: ningún dato familiar llegaba. —De pronto decide precipitar el final—: al cabo, el gueto quedó destruido y todos enviados a las cámaras de gas.

El rostro de Jane se oscurece al inclinarse hacia el parque. El verde de sus ojos queda oculto.

—Tal vez deberas descansar ahora, ma...—Ruth siente piedad.

Jane regresa a la sala. Stepan le sonríe complacido desde el estante. Luce apuesto con su traje negro, su título de traductor al lado. Jane toma la foto y se sienta con ella en la falda.

Nadie intenta interrumpir la piedad del silencio. Es Jane que, en voz alta y más segura, exhala vívidos sus recuerdos.

—El desprecio antisemita era... gris plomizo, enrarecía el oxígeno.

—¿Qué hacían los judíos ante la humillación de los polacos? —pregunta Abi.

—Los judíos también eran polacos, mi querido, hasta el día de hoy esos comentarios niegan ese origen. Como si los judíos hubiéramos nacido... eso, judíos, trasladados en las nubes, como pintaba Chagall. ¡Judíos de dios! —ironiza Jane con dolor—. ¡Ahí tienes al pueblo elegido!

Abi y Ruth mantienen el silencio que habilita a Jane a recuperar la calma. Ella continúa rememorando:

—Me irritaba contra el sistema y también contra mi propia gente. Toleraban por costumbre todo lo que se volvía prohibido; las piscinas, el parque... la colectividad se abstraía del mundo, se concentraba en sí misma, se empeñaba en autoabastecerse —por un momento parece

detenerse—. Los viejos nos guiaban, creían posible hacerse cargo de nuestras jóvenes aspiraciones. No se daban cuenta que nos conducían a la muerte.

Se levanta con brusquedad, se aproxima al bar, retira vaso y botella, detiene a Abi que se aproxima, escande el líquido elemento y vuelve a su asiento con firmeza.

—Me desesperaba, sólo quería irme. Mi piel se alzaba como si sintiera crecer púas, mi cabeza avanzaba, el corazón latía con fuerza, todo mi cuerpo percutía en esa imperiosa necesidad de irme. La colectividad no era refugio ni solución, quería irme sola si era necesario, ¡salir del mismo país! —Aspira hondo su arrebato y baja la voz—. Eso discutíamos los jóvenes, nos enloquecía lo que se veía venir. Algunos querían quedarse y luchar, otros, queríamos huir. No sabíamos qué hacer con las familias, ese era nuestro punto imposible de atravesar, nos dejaba en blanco, sin poder decidir.

—Las águilas —polacas o alemanas— nunca auguraron nada bueno. Pero Stepan frunce el ceño desde el estante y los hijos...

—Y di mi primer paso. Me gustaba el teatro y entré en aquel grupo. Allí no había judíos ni prejuicios. El arte me transportaba, era pura acción, sueños al alcance... ¡en Varsovia! Nunca creí que podía existir un grupo así, se indignaban por la humillación que padecíamos los judíos. Me sentí amada, tenía derechos, no solo privaciones. Comencé a distanciarme del afuera, aquel taller no vivía en el miedo, el entusiasmo era la tarea, daba lo mejor de mí, encontraba sentidos nuevos en medio de aquel acecho constante, conocí otra gente... y a Stepan —toca la foto y la sonrisa suaviza su rostro — y me enamoré de él.

Ruth sale aliviada del letargo, la energía volvía al grupo y los recuerdos de todos, confluían ya compartidos.

—Actuar juntos, en un escenario... ¡Qué maravilloso! —Ruth suspira restablecida.

—Recuerdo —exclama Abi sonriente—, cuánto les gustaba actuar cuando nos leían cuentos. Papá era el rey malo que se disfrazaba con una manta a cuadros.

—Mamá era la bruja que se reía de modo horrible alrededor de un fuego improvisado con papeles, que a veces quemaban. Me daba miedo —acota Ruth— y papá me rescataba.

—Él me hacía jugar algún personaje. Una vez fui mago, hacía aparecer pañuelos en la galera. Los ponía papá, pero yo estaba tan fascinado que no quería dejar el personaje... ¡y terminé enojado! Eso me acuerdo —acota Abi con pena.

—Eras más pequeño, pero te gustaba actuar. Yo en general era la princesita que esperaba... Sí, yo esperaba al príncipe, es decir, no hacía mucho, lo esperaba.

Los tres ríen divertidos. La evocación de escenas que supieron representar en familia, se disfrutaba con discreción porque muchas veces le ofrecían a Jane la excusa para retirarse y esconder sus lágrimas.

—Sí, el teatro representaba el mundo libre. —La mirada de Jane vuelve a otra Polonia—. Lo creativo se renovaba en la obra a representar. Eran discusiones inteligentes, las compartíamos y el mundo tenía sentido. Era escapar de las tinieblas, el espacio juntos hacía el milagro. La realidad... —su cabeza se ladea de un lado a otro sin terminar la frase.

Jane esboza una sonrisa. Los mitos griegos, las tragedias, las comedias, lograban enajenarlos del resto. Planificar la vida implicaba jugar fuerte, elegir, perder, renunciar, cerrar caminos, reiniciar otros.

—Qué orientación podíamos elegir en Polonia que ya no estuviera bloqueada. La tensión con los alemanes, sus mentiras sobre el pacto de no agresión, los eufemismos. El cerco te ahogaba, se volvía inquietante... todo apremiaba, la violencia en las calles, la amenaza de guerra... Y el dato más importante, —brega cambiando de tono—: Stepan también quería irse.

Jane respira hondo y sorbe un par de tragos.

—Mamá —interviene Ruth en voz baja dejando fluir por fin la vieja pregunta pospuesta—: pero ¿la familia... qué pasaba en tu casa?

—Era imposible conciliar nada — Jane suspira bajando el tono—, la decisión terminaba siendo de cada uno. Para mis padres y todos los padres, la idea de irse les parecía un abandono de sus ancestros, un

descalabro mental, una deserción étnica. Siempre habrá momentos duros –te explicaban–. La historia es la reiteración de siglos de persecuciones; esa es una secuencia que siempre vuelve a la normalidad. Ustedes los jóvenes tienen que aprenderlo. Era desesperante, no era una mirada prospectiva, miraban para atrás. Era inútil establecer un diálogo. Estaban tan aterrorizados que ese discurso los tranquilizaba más a ellos que a nosotros. Pretendían retenernos.

Mira a sus hijos con atención.

—Conmigo lograban lo contrario. ¿Lo pueden entender?

Ruth asiente. Abi niega.

—Había que irse –prosigue Jana dirigiéndose a Abi–, sin pensar demasiado, porque si piensas mucho, no lo haces. Decidirlo implicó atravesar sin titubear un terrible vacío, sin puente que hiciera lazo. La osadía me costó... el desgarramiento. Fue como emboscar mis sentimientos, negarlos, suspenderlos. Al llegar a New York mi cuerpo se resintió, quedó exánime. Ya experimentaba las consecuencias de lo que iba a sufrir, aun sin haberlo atravesado.

Necesitaba otro breve aparte en el balcón y aspira hondo. Una camioneta atraviesa la calle, lenta, tocando una marcha estridente y Jane queda envuelta en un afuera ruidoso, incómodo, que embarulla el entorno. Dentro, Abi y Ruth esperan.

Apenas un gesto para tomar un trago, cruzar entre ellos una mirada inteligente, la tristeza en Jane tenía un nuevo acorde. Era la sorpresa de hacer suya de una vez aquella historia familiar que solía escurrirse y desaparecer.

—No lo hablamos con Stepan, no nos consultamos, no intercambiamos nuestros temores, cada uno lo procesó por sí mismo –vuelve a la sala y reflexiona en voz alta–: nos apoyamos el uno en el otro. Urgía volar lo antes posible. –Se desploma sobre el sillón y agrega con un hilo de voz–: fue un tiempo después que pude reconocer la precipitación. Si lo hubiera pensado en aquel momento, no sé si me hubiera ido.

Más allá de Jane, Abraham mira hacia el parque, con cierta incomodidad.

—No es fácil, Abi. —Jane se dirige a él creyendo que no ha comprendido—. Cuando estás dentro de tu entorno no eres neutral. Mírate —afirma con una sonrisa—, te vas habituando, toleras las vedas, las restricciones, exclusiones, miradas despectivas, desprecios. Llegas a casa y te reconforta que tus padres se den cuenta lo que pasaste y te consuelen, te hagan sentir que lo importante es estar juntos, que ellos te aman... Pero cuando la imagen que deja ver el mundo no es como en casa, cuando tu conciencia destapa la ferocidad que te mantenía ciego, estallas. Justo antes de que suceda lo ves, desde otra dimensión. Ves el absurdo de enfrentar lo inexorable y todo se precipita de modo brutal. Tu cuerpo recibe una carga de energía que solo reconoce la urgencia de huir.

Abi abre la boca para impugnar el argumento, pero no dice nada. Este relato le es tan ajeno como desapacible.

—En casa no percibía ningún eco. —Ahora Jane le habla a Ruth—. Mi familia estaba hecha de esa sustancia, era su tierra, su cultura, sus lugares cotidianos, sus afectos... Entendí que era imposible moverlos, enojarme o rogarles...

—¿Pero tu hermano? —inquire Abi ansioso.

—Abraham estaba en medio de las aguas, pero no era Moisés. Lo entendía todo y era el hijo mayor, el varón; no se iría sin ellos. Tenía su novia, estaba muy comprometido para casarse, los suegros no permitirían que Dina...

—¿Crees que se hubiera ido? —insiste Abi.

—En otras condiciones, sí. Emigrar de Polonia tenía más que ver con el antisemitismo que con una guerra que aún no había comenzado. El clima te ahogaba. —Su rostro parece perder vivacidad—. Adónde ir se volvía una paradoja. Alemania nos expulsaba, Europa no quería recibir judíos, América no siempre concedía el permiso...

—¡Se sacrificó por todos! —Abi permanece en pugna con su decisión opuesta.

—¿Abraham? Sí, también por mí. Me impulsaba, que no dudara en irme. Si vacilé fue sólo por él y aún no resuelvo qué debí hacer. Llevo

aquella imagen conmigo, lo veo allí con el brazo levantado, como una escultura que se achica a medida que el tren se aleja. Su rostro estático forzaba una sonrisa de ánimo para que yo pudiera irme. –Desmaya la voz–. Se ofreció como regalo. Y lo llevé conmigo.

—Nunca nos lo dijiste –esboza Ruth conmovida.

—No pude. –Agrega Jane sintiendo deslizar copiosas lágrimas que surcan el rostro–. Aún duele.

—Mamá –dice Abi–, entiendo que duele, fue su sacrificio para que tú vivieras... –Vacila ante lo que va a dejar caer–. Entonces ¿por qué no lo aceptas? ¿por qué te resulta tan inadmisibile? Fue lo que eligió su corazón. ¿No deberías valorar su deseo, admitir que su objetivo tuvo éxito? ¡Fue un gran logro! Mamá, ¡todos estamos aquí para avalarlo!

Abi se siente conmovido como si hubiese encarnado su rol en aquella etapa. Hace una pausa para darle tiempo a Jane a reconsiderar sus sentimientos.

—Ma, si pudieras cambiar tu culpa por agradecimiento... Nos permitirías sentir que el sacrificio del tío renovó la vida, la familia, el mismo pueblo volvió a florecer pese al exterminio. Estoy orgulloso de llevar su nombre. En medio del horror él salvó la dignidad. Y la continuidad. Todos deberíamos reconocerlo...

Jane solloza y él se detiene. Ruth, detrás de ella la abraza:

—Mamá, Abi tiene razón.

Él se arrodilla a su lado, recuesta la cabeza sobre la falda de Jane, la mira, sonrío y vuelve a inclinarse. Un gesto infantil reiterado en este momento, la hace sonreír en medio de los sollozos. Su mano acaricia la cabeza de Abi, lo ve travieso como supo ser.

—Sí –Jane sorbe sus sollozos–, sé que todos existimos gracias a él... pero no logré superar el punto de cruce. A veces siento que no existo, veo el mundo desde lo que no pasé. No siento que debí morir con ellos. Stepan no lo merece y tampoco ustedes.

—Mamá querida –irrumpe Abi–: estás atrapada entre desear vivir y querer morir. Te aseguro que estás viva hace muchos años. De eso damos fe.

—Y nuestros hijos —agrega Ruth.

—Una parte mía está viva aquí, con ustedes. La otra está en mi otro lugar... donde tal vez Abraham, Stepan, estén aguardándome.

Abi vuelve a llenar los vasos. Ruth trae los bocados de la cocina. Las interrogantes parecen haber soltado sus ataduras y caen como cascadas. Abi recoge la foto de Stepan.

—Papá nunca habló de su familia, no vimos fotos de los abuelos, ¿qué pasó con ellos?

Jane se distiende y reclina la cabeza. Es tiempo de dejar la información al alcance de ellos. Ya no siente tensión. Reedita la imagen de dos figuras aún jóvenes, tomados de la mano, abriendo su departamento en el tercer piso de un edificio antiguo, en el que compartían habitaciones con hermanos, tíos, primos; una familia unida en armonía. Para Stepan resultaba una atracción fatal, sucumbía en aquel paraíso eterno de amor incondicional. Por eso decidió compartir la renta de una pieza en otro barrio y visitar a su familia una vez a la semana. Pese al arduo desprendimiento, organizó su propia vida, se graduó, comenzó a trabajar. La oferta de un cargo de traductor en Nueva York completó su sueño. Era el momento de proyectarse sin retroceder.

—Nunca imaginamos que no volveríamos. Era un cargo a término. —Jane se sumerge en una niebla que le concede un estremecimiento de paz y agrega—: el resto ya lo saben.

—No, mamá, no sabemos qué pasó con la familia de papá —la pregunta surgía de la mirada de Ruth y Abi, alarmados por la omisión.

Jane vuelve a sentir la inquietud de dar cuenta de lo que no le tocó conocer más que a través de otros.

—Las noticias cruzaron los mares, porque el padre de Stepan también era traductor. Se comunicaban a través de los periódicos oficiales en los que ambos trabajaban. La vida en Polonia sufría sobresaltos y ellos debían cuidar lo que publicaban. Ellos tampoco podían saber de mi familia, todo se volvía demasiado peligroso.

—¿Por eso no hay ningún escrito, ni carta, ni foto? —dice Ruth pensativa.

—Apenas leíamos entrelíneas la tensión en Varsovia. La rigidez del régimen se volvía insostenible, obligaba a callar y obedecer. Si la transmisión se interrumpía, quedábamos en la peor incertidumbre.

—Son comentarios generales, mamá, ¿nada específico puedes aportar? —Ávido de información, Abi no logra digerir la historia en tan pocas migajas.

—Tal vez tu padre no me contaba detalles, tal vez él me tenía piedad. Si la tensión llegaba de esa manera a las familias cristianas, lo que tocaba a las judías... imagínate —Jane percibe la desilusión de Abi y a él se dirige—: Abi, deja de buscar datos funestos, hay cosas que sabemos, la vida de los Wanke transcurría en medio de restricciones y temores, pero ellos no sufrían persecución. Lo que sucedió fue una desgracia de guerra. Una bomba cayó sobre aquel edificio, sepultando a todos sus habitantes. A toda la familia de Stepan...

—¿Empezaban a llegar los aliados, entonces? —deduce Abi luego del silencio que acompañó el soplo del atardecer.

Jane asiente en silencio.

—La guerra estaba llegando a su fin. Ese día tu padre llegó temprano a casa —Jane rememora el rostro desencajado de Stepan—. Se tiró sobre el sillón, cerró los ojos y, por primera vez, lo vi hipar, sin poder contener el llanto.

Jane lleva puesto un vestido gris abrigado que cubre su primer embarazo. Ve llegar a Stepan con aquella expresión de derrota en su rostro. Sentir la falta de su alegre abrazo, ser testigo de su cuerpo claudicante, hizo temblar su resistencia y recrudesció su temor. Vaciló hasta comprender que era su turno de sostener a Stepan. Sin saber lo acontecido dedujo un terrible desenlace. No hizo preguntas, lo dejó llorar y cuando fluyó su desesperación se sentó a su lado y en silencio, tomó su mano.

Pasó mucho tiempo hasta que Stepan pudo detener los sollozos.

—Perdóname amor, no quiero perturbarte, lamento...

—Shhh —susurra Jane—, no tienes que explicar nada, tómate tu tiempo. Estoy contigo, puedo y también necesito acompañarte.

Stepan acaricia su mano, cierra los ojos y su llanto brota más tranquilo, tanto como necesario. Cuando pudo, comenzó a contarle lo sucedido.

Jane abarca con la mirada a sus hijos, conmovida ante sus ojos abiertos, sus manos con las palmas hacia arriba, sedientos de información. Sí, había estado en falta con ellos tantos años. ¿Sería su destino estar siempre en falta!?

—El edificio y el barrio entero habían sido destruidos. La comunicación llegó a la editorial sin delimitar el barrio en el que ocurrió la catástrofe. Antes de conocer los detalles, que su padre no respondiera al llamado le permitió sospechar y luego deducir que esta vez le había tocado a su familia.

—¿...?

—Sí, todos, no hubo sobrevivientes.

El silencio no había dejado nada en pie.

—¿Qué más puedo contarles? —Jane retoma la palabra tras un hondo respiro— cuando la destrucción llega a su destino, no queda nada que decir. Solo llorar los despojos. Stepan se incorporó como pudo, nos abrazamos y lloramos. Lloramos por fin todo lo que tuvimos tanto tiempo...

Abi y Ruth permanecían en silencio sentados a ambos lados de Jane. Ella los interroga con sus ojos verdes en sombra.

—¿Qué más quieren saber? No quiero transmitir más dolor. Nos pasó a nosotros, no es la experiencia de ustedes. Lo que quiero que sepan es que cuando logramos reflexionar, Stepan me dijo: “Janele, provenimos de tragedias impensables, somos sobrevivientes. Llevamos con nosotros las simientes que nuestros seres queridos nos legaron. ¿Acaso nos caben dudas sobre el camino que debemos transitar? Un poco morimos con ellos —su voz se quebró— no podemos ni tenemos derecho de malograr la vida, estamos renaciendo —acarició mi vientre que ya marcaba la presencia de Ruth y con ternura exclamó entre lágrimas—: ya somos tres, mira Janele, ¡estamos en camino!”.

Jane que ya vertió suficientes lágrimas, intenta secarlas. Ruth suelta por fin la emoción y deja correr las suyas. Abi pretende, con poca suerte, contener las propias. Ruth, testigo del esfuerzo de su hermano, interrumpe su llanto con una carcajada inesperada que estalla contra su voluntad. Jane se detiene asombrada para observar, complacida, ¿qué sucede? Abi, por su parte, tomado in fraganti en su solo *a capella*, carraspea un descenso en la escala.

El concierto de trompeta y violines arrastra risas, carraspeos y lágrimas. Las notas van *in crescendo* y se precipitan en un *fortissimo*, caótico y discordante.

Capítulo VII

Sueño o pesadilla

Ruth descansa. Al principio era un lánguido sueño. Desde una oscura letanía que perfila el lamento, el violín tropezaba con arpegios. Entre las sábanas Ruth percibió el sonido alejarse y retornar, diseñando *staccatos* en tono grave.

En medio de un fugaz paraje solitario, un son agudo atraviesa el silencio que persiste en guardia. La melodía sucumbe al redoble y, pese al temblor de los tambores, ella no despierta.

Se ve en la calle de pie en medio de un público entusiasta que aplaude con furia. Un batallón uniformado dobla la esquina. En las primeras filas destacan rostros oficiales con uniformes negros. Sus semblantes rotulan con fuerza el paso ganso de triste historia.

Es testigo del patriótico odio de la multitud que busca cuerpos enemigos donde descargarlo. Son cientos que gritan vítores, agitan sus banderas, alientan a la tropa. Ella empalidece ante el temor de ser descubierta. Cuando el batallón alcanza su altura aquellos rostros tuercen bruscamente clavando los ojos como cuchillos en los suyos.

Presa del pánico teme ser sorprendida in fraganti. ¿Cuál es su delito? Un sudor frío invade sus sienes: es traición y ella lo sabe.

El segundo batallón está ante ella. El oficial rompe filas, se aproxima con un fuerte taconeo, se detiene y hace resonar en su máxima aspereza el idioma alemán.

—¡Usted! —señala estirando el brazo sin aguardar respuesta— ¡¡¡Está arrestada!!!

Antes que ella reaccione, un soldado aparece por detrás, la sujeta como si temiera una huida y convoca la atención con la misma estridencia en su vozarrón.

—*Achtung!* ¡Entréguese!

Su cuerpo se crispa. Intenta afirmarse, pero la tensión de sus piernas la hace rebotar sobre la vereda. El grito ronco que Ruth emite provoca un sobresalto en Guershom.

El nazi apura la orden. El soldado la sujeta con fuerza y la arrastra sin dejar de vociferar.

—*Jude!* ¡Vamos judía! —comienza a empujarla— ¡Muévete, ya escuchaste!

La gente se aparta.

El llanto agarrotado sobresalta a Guershom. La nombra con suavidad, cubre sus hombros, acaricia su cabello y ensaya un tono neutro.

—¡Ruthy, Ruthy!

Ruth despierta dando saltos sobre la vereda. Agitada, confunde los espacios, rechaza el contacto de Guershom sin discriminar aún la imagen de su perseguidor. Un sollozo señala el tránsito de una escena a otra.

—Soñabas Ruth, parecía una pesadilla. —Guershom susurra al tiempo que ambos se incorporan en el lecho.

—Oh, ni te imaginas, era un tiempo... ¡nazis por dios, eran nazis! —logra decir.

—Cuéntame, ya pasó. —Guershom le acaricia el cabello.

Ruth balbucea, intenta armar un relato.

—Había un desfile, era un ejército nazi, un oficial salió de la fila, venía por mí, pero... yo no era yo... yo miraba el despliegue nazi, esa es historia de la generación anterior. Yo tenía terror de que me creyeran espía, ah, me detectaron en seguida, me estaban buscando.

—¿Te acusaron de espía?

—Ese era mi temor. Sólo me arrestaron. Pienso en la invasión nazi a Polonia...

—¿Qué hacías tú en ese lugar?

—No sé. Mis padres emigraron antes de la invasión a Polonia. Y esa mujer del sueño —se sacude con desagrado—, puedo jurar que no era yo, era más baja, más joven, no era yo...

—Reeditaste la época de la guerra —dijo Guershom pensativo.

Ambos quedan en silencio.

—Hace unos días mamá logró relatar la vida que llevaban antes de embarcarse. No mencionó escenas bélicas...

—¡Ah! —Guershom sabe que los sueños no surgen ex nihilo—. Tu madre trajo el tema.

—Sí, finalmente nos contó... pero me venían a buscar a mí, ¿quién era yo?

Ruth se pierde en lontananza creyendo escuchar música.

—La música, en el inicio estaba la música —balbucea—. Había estado escuchando el *adagietto* de Mahler, de su Quinta Sinfonía...

—Mahler... tenía problemas con los judíos, ¿verdad?

—Era judío, se había convertido para poder acceder...

—Se había convertido —reflexiona Guershom—, los judíos siempre bajo amenaza.

—Mahler siempre desconcertante.

Ambos se reclinan sobre las almohadas. Ruth vuelve a quedar dormida, si no plácida, al menos profundamente. Los personajes del sueño sin embargo aguardaban su regreso.

Corría ahora en un móvil oscuro, escoltada por tres uniformes negros sin identificar sus jerarquías. No reconocía lugares ni plazas, circulaba por una ciudad desconocida, secuestrada por tres nazis, acusada de traición en una época en la que aún no había nacido. El vehículo doblaba a alta velocidad y Ruth asustada intentaba calmar su nerviosismo. El auto estacionó chirriando frenos y su portezuela fue abierta. Algo apestaba en derredor.

—Su identificación —la voz que lo solicita se agiganta en eco. De su pequeña cartera gris emergen papeles que vuelan con el viento y en lo alto se incendian. El fuerte olor a quemado se extiende y todo se cubre de humo—. Salga del auto, acompañeme.

—No —de pronto vira con un gesto enloquecido de ira y desafío—. No me dé órdenes. Mi documento está en regla, esto es un error. Exijo una explicación, suélteme —forcejea encorvándose y amenazándolo— y no me ponga la mano encima. Tengo todo en orden, exijo saber, por qué me busca, oficial. ¡Exijo saber!

Con indiferencia en tono áspero y conminatorio, él responde:

—Permanezca en silencio, salga del auto en seguida —ante la lentitud de ella, agrega con fuerza— ¡*Schnell!*

—...exijo saber... —dice con ira contenida, y no puede evitar repetir frase y gesto, atrapada en una escena de la cual no logra liberarse. Como una animación digitada en acción solo puede reiterar “No me dé órdenes. Mi documentación...” y repetir con un matiz de temor y furia. “Exijo una explicación...”, como una marioneta descerebrada, mecanizada.

De pronto se ve arrojada sobre una silla sin poder moverse. Ha quedado sola, sin tiempo de considerar la situación. La puerta se abre con violencia y dos hombres la rodean.

—Ahora vas a decirnos cuál es tu misión —la voz resuena dura e impaciente.

—¿Qué... misión? ¡No sé de qué me hablan! —balbucea.

—No sabes —el revés cae con fuerza sobre su mejilla y suelta un gemido—. Voy a ayudarte a recordar. Te advierto que la paciencia no es mi fuerte. —Con la culata del fusil aprieta su cuello—. Tus documentos son falsos, ¿de dónde vienes maldita judía? Confiesa qué estás haciendo fuera del lugar que te asignaron. ¿Cuál es tu misión, adónde ibas?, ¡confiesa, maldita seas!

—Yo no sé nada, se confunden de persona. Exijo saber...

Él introduce el caño de la bayoneta bajo su falda y comienza a elevarla.

—Tal vez prefieras otro juego más recio —sonríe ácidamente— tienes suerte que no nos permitan “servirnos” de judías.

El propio comentario desata en él un movimiento despectivo de manoseo, arrogancia y cinismo al empujar a la mujer contra la pared y avanzarle una rodilla. Su compañero, que no está dispuesto a desperdiciar su dosis de infamia, aparece detrás de ella para humillarla e imprimirle presión soltando una grosera risotada.

Los golpes comienzan a caer. Ambos descargan su exaltación sin medida sobre sus pechos, sus genitales y el cuerpo todo hasta quedar

ahíto y sin fuerzas. Las amenazas de las que alardean van alejándose de su percepción. Los gritos disminuyen mientras su cuerpo exánime recibe junto al castigo, la propia impotencia del enemigo.

El cuerpo de Ruth gime y desmaya entre las frazadas, exhalando un ronquido prolongado.

Guershom ha vuelto a despertar y por un largo rato acaricia su mejilla. Cuando percibe que Ruth ha aflojado la tensión, dice con un toque de humor:

—Supongo que no exagero si considero que por segunda vez te he salvado de los nazis, ¿verdad?

Apoyando la cabeza sobre el hombro de él, Ruth respira hondo tratando de calmarse.

—No era yo... no estaba en mi piel, lo que yo decía era impuesto, repetía sin poder controlar las palabras. Los desafiaba, era absurdo y peligroso, pero no podía hacer otra cosa. —Se estira sobre la cama y gime—. Todavía me duele, no sé de qué misión.

—¿Qué crees que significa esa pesadilla, Ruth?

—No es mi sueño, no sé cómo revivir un pasado que no fue mío. Diría que reviví la historia de alguien, una misión tal vez.

Guershom queda pensativo.

—Tal vez querías sentir cómo sería ese horror que no viviste. Para captarlo, había que soñarlo.

—Es posible. Pero sabes, esa pesadilla no es tan ajena, son imágenes tantas veces vistas en el cine, esa escena ronda siempre. Me daba miedo imaginarla, imaginar a mi madre, era mi escena más temida — y agrega luego de un breve silencio—: de todos modos, el interrogatorio se refería a una misión.

—¿Sabrá tu madre?

Ruth toma aire, suspira y expulsa parte de su excitación. Cierra los ojos, se deja acariciar.

—¿Más tranquila?

—Más calmada. Pero también te diré, más intrigada.

—Ahí tienes una misión, la tuya propia; investigar el sueño.

—Sí, volveré a leer las cartas.

Ruth mantiene los párpados cerrados. Su pensamiento surge en voz alta, tal vez para extraer algunas conclusiones.

—Tan tenso el entorno del sueño... o el sueño del entorno. Sentí el escalofrío en mi espalda, pánico sí, esa vivencia de alarma endémica que hizo huir a mis padres. Esa sensación de vivir bajo amenaza temiéndolo una traición, una denuncia que nunca sabrás de dónde vino.

El desayuno transcurre entre café, mermelada y panqueques aún calientes. En el tono cobrizo de la mañana. Ruth deja fluir hacia un Guershom adormilado una vieja reflexión que la ha inquietado.

—Cuán dormidos solemos estar. —Una pizca de ironía resulta facilitadora—. Dormitamos en la inercia, nos hacemos eco de los relatos de quienes padecieron, de una tristeza pasiva que asumimos en su nombre, y la absurda pretensión de consolar a los muertos. —Deja la taza sobre el plato—. Despertar es reaccionar. Si no sufrimos esa denigración, ¿qué habríamos hecho si nos hubiese tocado vivir esa época? ¿Qué crees?

—No sé —Guershom bosteza—. Me haces cada pregunta de mañana temprano... Tal vez luchar, escapar...

—Sí, esos tuvieron su chance. La mayoría esperaba, para mantener la familia unida, por creer que la tormenta pasaría como tantas veces. Aún dormimos, Guershom, mientras los genocidios se multiplican...

Guershom calla. Le concedía a Ruth y a su pesadilla, esas interrogantes que de tanto en tanto solemos exhumar.

—¿Sabes qué soñaba la gente antes de la guerra? Eran sueños premonitorios de cataclismos, derrumbes, muertes. Pura percepción de la destrucción que se avecinaba. Ya lo habían experimentado en la primera guerra, ¿nadie aprendió nada? —Ruth se sirve un panqueque y le agrega miel. Le parece oportuno un *impasse* para sacar a Guershom del ensimismamiento en el que se ha sumergido—. Hoy vemos el alcance de la devastación. Y no habrá marcha atrás.

—No olvides que ellos mismos fueron víctimas de sus propios excesos —acota Guershom—. Avanzaban alienados, llegaban en pocas

horas a París sin dormir, hay versiones que dan cuenta que se drogaron para no descansar porque se creían todopoderosos. Hasta que sucedió. En Stalingrado sufrieron su primera derrota, ese fue el principio del final.

—Eran muy jóvenes para un análisis académico, pero mamá lo sintió, se ahogaba allá. Por eso pudieron salir, justo antes. Fue lo que nos contó.

—¿Crees que la gente podía haber revertido la situación?

—¡La gente duerme! —enuncia Ruth abriendo los brazos con desaliento.

—No sé qué hubiera hecho yo. —Guershom se levanta mira hacia afuera, sin ver—. Las cosas que me haces pensar, el filósofo Walter Benjamin anunciaba el desastre, hablaba de fuego. Le llamaron “El anunciador del fuego”. Esperaba su visa en la frontera de España y, al creer que no la había obtenido, decidió suicidarse. Al otro día se la adjudicaron.

Ruth se levanta y comienza a retirar la vajilla de la mesa.

—La física cuántica dice que todo está disponible en el presente. ¿Qué hace que la elección se dispare para un lugar y no para otro?

—Ruth —Guershom también levanta las vituallas del desayuno— ya basta, si ahora pretendes que evalúe causas históricas a partir de la física cuántica, me niego.

Ruth acarrea la última bandeja, va hacia la cocina, gira y mira a Guershom antes de agregar:

—Por hoy me basta con Benjamin —y se va balanceando la cabeza.

—¡No sé qué haría yo sin alguien a mi lado que me complique la vida todo el tiempo!

—Un espanto. Morirías de aburrimiento.

Ruth riendo, Guershom resoplando desaparecen ambos detrás de la puerta de la cocina.

Capítulo VIII

El cenotafio. Una piedra para Stepan

El parque resplandece. El tronco del viejo roble vigila las travesuras que podrían cometer aquellos tres niños que ingresan a la carrera. La niñera llega cuando ellos enfilan hacia el arenero, donde los esperan las hamacas, subibajas, caños montantes. Pero el viejo roble angelado con sus ramas, tan largas y tan bajas, ofrece un abrazo. La niña cambia de rumbo, desafía los hábitos y la niñera se horroriza al verlos trepados a las ramas.

Las figuras de Jane y Ruth se recortan en la entrada, dejando atrás el discreto tránsito que a esa hora recorre la calle. Cruzan el claro y eligen tomar asiento frente al despliegue de actividad que ocupa a los niños, que aún no han detectado su presencia.

Un par de días antes, Jane había comenzado a liberar la historia polaca que había retenido durante años. Hoy había amanecido de buen humor, como si el horizonte hubiera sido despejado.

—Siempre nos gustó sentarnos a repasar escenas de nuestras vidas frente a este mágico jardín. Fue el marco de serenidad para nuestras inquietudes. Te confesaré, además, que esta vegetación se convertía en nuestro público cautivo —dice Jane con alegría—, cuando nadie cruzaba el espacio, actuábamos para ella. Y escuchábamos los aplausos a los que respondíamos inclinándonos agradecidos.

El chillido atravesó el aire y sobresaltó a las dos mujeres. La cuidadora muy alarmada, retaba a los niños, porque el más grandecito se había subido al árbol, había resbalado y se reía en el suelo sin que nada justificara el arrebato de la mujer.

—Tantas veces los encontraba en la sala con sus tazas de té —Ruth entrecierra los ojos— frente al ventanal... parecían contarle las historias al parque.

—Lo hacíamos —asiente Jane varias veces— y él sabía escuchar, pero no era mudo. Nos divertíamos interpretando sus comentarios, quiero decir, si se movían las luces, donde se dibujaban las sombras.

—Dame alguna pista —sugiere Ruth, deseosa de captar el mecanismo.

—Quedábamos a la espera de su mensaje. Si nos enviaba reflejos de luz, su señal nos alentaba.

—El parque complacido —Ruth suelta una carcajada sonora— les aseguraba la buena decisión... Y ¿cuándo el parque no estaba afín?

—Si se atravesaban muchas sombras, había que tomar el tema con cautela.

—Y ahora que papá no está, ¿consultas al parque?

—El juego no es el mismo. Al inicio lo busqué entre los tulipanes que él amaba, entre las esculturas de Afrodita, su diosa preferida, pero ya no estaba la magia de su presencia, el parque parecía haberlo absorbido. Hoy, en cambio, recorrer el parque es sentirme en sus brazos.

Esta vez la queja salió ronca de la garganta del más pequeño, que en el juego de las escondidas había hecho base en un tronco y protestaba contra el abuso. El mayor, haciendo alarde de su constitución fornida, había correteado al pequeño y llegado a la meta antes que él y éste mantenía un rictus de enojo. Había sido una injusticia.

Aún le faltaba localizar a la niña oculta detrás de una rama alejada, pero el pequeño no la veía. Cuando este último optó por correr hacia el otro lado, la niña se desplazó con rapidez hacia la meta y acabó llegando primero, riéndose. El pequeño no paraba de correr con el rostro encendido y a punto de llorar, ante a la inutilidad del esfuerzo. La niñera quiso detenerlo, pero otro alarido, esta vez de derrota, le fue dirigido a ella. Cuando estalló en sollozos, Ruth, que había observado todo, levantó la voz para generar la atención.

—A ver pequeño, ¿qué te pasó?

El niño sorprendido dejó de llorar. Los otros prestaron atención a su vez y la niñera se sintió incómoda por no haber podido controlar la situación. Nadie respondió, pero todos quedaron expectantes.

—Parece que no llegaste a la meta, ¿verdad? Suele suceder. —Hace una pausa antes de continuar—. No siempre se gana, jugar sirve para eso, para aprender a ganar y aprender a perder. Tus hermanos son más grandes que tú, corren más rápido. Te tocó perder esta vez. Pero no llores, otra vez te va a tocar ganar.

El niño la miró intrigado.

—Te lo prometo —confirmó Ruth con una sonrisa.

La niñera se acerca, toma al niño del brazo, murmura algo ininteligible en dirección de Ruth e intenta retomar el camino al arenero. Pero los niños prefieren volver al juego de las escondidas, tal vez considerando los beneficios de la presencia protectora de las señoras. Esta vez es la niña que, apoyada en la misma rama, se cubre los ojos con una mano mientras cuenta hasta treinta espiando donde encuentran escondrijo sus hermanos.

—Mírala —Jane meneaba la cabeza y señala a la niña, disfrutando de su propia carcajada—, trata de engañarlos.

—Papá me dijo algo similar el día en que lloré porque la maestra no me calificó con la nota que yo esperaba. Había que aprender a perder... pero eso se logra si se repite el fracaso y lo reconoces...,

—O no —rió Ruth.

Mientras conversan, la cabecita de la pequeña hurga el espacio para espiar el movimiento de sus hermanos.

—Mírala. —Jane señala a la niña y ríe disfrutando de su propia carcajada.

—Pensaba en tus dos vidas, mamá: saber perder, saber ganar. Tu viste una hermosa vida con papá, ¿verdad?

—Fue un privilegio la vida con tu padre, las nubes no venían de allí. Esa vida se deslizó suave, tan imperceptible que se fundió con el tiempo. Transcurrió y desapareció como la brisa de la tardecita.

—No desapareció, mamá, se consumó. Cumplió su ciclo. No la tiñas de gris, fue un estallido de luces, un “saber ganar”.

—Tú piensas la vida en dos dimensiones que se alternan, pero qué sentirías si ambas vidas se vuelven simultáneas...

Ruth respira hondo y al suspirar emite un reflexivo *touché*.

—*Mom*, tengo que contarte mi sueño de anoche a propósito de vidas simultáneas.

Un breve silencio hace que Jane se disponga a escucharla dado el tono grave que percibe en su voz. Ambas se aproximan. El intercambio

procede en sordina, mientras una brisa suave acaricia sus rostros y un brillo se despliega sobre las flores. Los niños se han retirado con discreción, al arenero prometido. Escuchado el relato, Jane queda pensativa.

—No recuerdo ¡ay!... tendría que releer las cartas, pero cada vez que lo hago me siento desmayar. Tu sueño... en el gueto había una joven que tenía una misión... correo, sí. Fue ella que le pidió a Dina que me informara... se llamaba... Fruma, ¡sí! —Sonríe con placer—. Qué maravilla de memoria la mía. Qué extraño que lo soñaras —asiente varias veces y agrega—: qué misterios teje la trama de los sueños, pero carecemos de la facultad de interpretarlos.

—¿Qué sabes de Fruma? —quiere saber Ruth.

—No la recuerdo, yo no estuve en la etapa del gueto, nos fuimos antes.

—Si su misión era ser correo, viajaba. Si en sueños me detuvieron... ¿sabes si a ella...?

—No sé responderte... —Jane queda flotando en la duda.

Dispersas en sus propias reflexiones, ambas aspiran los aromas de la tarde entrecerrando los ojos. Es la figura de Abi, que al carraspear, las despeja.

—¡Citados en el parque! —Les dice al inclinarse para besarlas—. No sé porqué habría de sorprenderme, es nuestro espacio familiar. —Gira en torno a sí mismo, aspira hondo y sonrío—: ¡Veo que no falta nadie! El viejo que nos sonrío disperso en el aire, ma... ¿cómo logras eso?

Sin más preámbulos, la mano de Jane golpetea un par de veces el dorso de la mano de Ruth, se levanta, enlaza el brazo de ambos y los invita a caminar con ella.

—Voy a enseñarles para qué hemos venido hoy al parque.

Extrae de su bolso una pequeña piedra guardada para la ocasión y la muestra.

—Me toca develar algo que hemos dispuesto con Stepan hace veinte años. Se trata de un pequeño mausoleo que calmó nuestras angustias cuando lo descubrimos. Hoy mi misión —muestra la piedra y recoge la sorpresa de Ruth—. Sí, Ruth, mi misión es entregarles a mis hijos, el relevo de nuestra memoria generacional.

Abi y Ruth a ambos lados de Jane se miran por detrás de su nuca, con gestos de extrañeza, complicidad y guiños, deseosos de complacer a Jane a pesar de no saber de qué está hablando.

—Allá, junto al roble —señala el claro a la derecha donde un promontorio de césped se detiene sobre una gran piedra horizontal— al lado de la piedra hay un hueco, ¿lo ven? El día que lo descubrimos, el parque aprobó nuestro deseo, lucía luminoso. —La expresión de ternura brilla en sus ojos al reflejar el verde del entorno—. Fue la respuesta a una pregunta jamás planteada. Encontramos un lugar sagrado que concedería la paz que jamás nos atrevimos a imaginar. Acérquense —insiste al observar que no se han movido del lugar—, no es muy profundo, pero lo que reservemos allí, quedará a salvo. Nos pertenece.

Ruth se acerca a explorar el hueco un poco desconcertada.

—¿Qué es, hay algo escondido?

—Míralo por ti misma.

—Son piedras comunes —Ruth frunce la nariz y las observa, les concede unos segundos de luz para volver a ponerlas dentro—. Me asustaste, ¡creí que habías guardado tus joyas allí!

Jane hace aparecer en su mano la pequeña piedra. Se siente feliz...

—Ja, ja, es más valioso de lo que se ve a simple vista y menos disparatado de lo que creen. ¿Qué símbolo dejamos sobre las lápidas cuando visitamos a nuestros muertos en el cementerio?

—¡Oh! —tomada de sorpresa Ruth abre la boca atónita—. Es un... concibieron un... ¡un cenotafio!

Abi serio, se acerca.

—¿Un sitio para recordar a los muertos, aunque no estén sepultados allí?

—Sí, *Izcor* es recordar. La piedra cumple esa función: marca nuestra presencia, nuestra promesa de no olvidar —continúa Jane, su mirada se pierde en la nostalgia—, señal del amor que persiste... y el consuelo para quien yace allí. *Iurtzait*¹³, hoy traje la piedra para Stepan.

—Hoy, se ha vuelto pasado.

¹³ (o *iortzait*) Término en ídish para indicar el aniversario de la muerte de un ser querido.

Ruth logra entrever el complejo mecanismo del duelo que enfrentaron sus padres. Mira a Abi que intenta verificar que el cenotafio es visible desde el balcón del departamento. Ella percibe el impacto en su cuerpo, el temblor de hombros instala la nueva sensación: su familia, la otra, la de Varsovia, de pronto está presente en su vida. Ha convivido con ella sin saberlo. Tal vez también ella tenga dos vidas.

—¡Un lugar para nuestros muertos! —la expresión surge de Ruth sin pensarla.

—Los míos, los de tu padre. Nuestros muertos también son tuyos. —Completa Jane.

—Faltaba nuestro cementerio en el parque... —agrega Abi—. Sella la diferencia... preserva la continuidad.

—Asigna un sitio a las tumbas que nunca tuvieron nuestros seres queridos... —la mirada de Jane trepa del suelo a las ramas más altas— perdidos entre fosas comunes y volutas de humo.

Jane percibe al vuelo la pregunta de Ruth y responde antes de que la formule.

—Sí, también la familia de tu padre. No fue posible discriminar ni detectar sus cuerpos debajo de los escombros.

Ruth asiente con suavidad. La imagen de su madre derritiendo viejos témpanos, le resulta ahora, excéntrica. Pero el nudo que se ablanda en su pecho abre un soplo purificador. Un ansia nueva de reír, correr. Un loco aire de libertad urgido a descorrer velos.

Frente al cenotafio, se abre la hendidura del tiempo. Y en sus proscenios desfilan las figuras familiares que Ruth deseó conocer. Ahora está en el lugar de la semilla que los precedió. Abi se acerca a Jane, que lleva la piedra en la mano y la deposita en el hueco. Él sigue sus movimientos sintiéndose extraño.

—La piedra para papá al año de su muerte lo reasigna todo... Qué buen hallazgo, ma, no te fue fácil, sin embargo hoy has logrado rescatar los lazos.

—Es lo que no lograba —susurra Jane—: perpetuar la continuidad. Tal vez por primera vez sea posible que mis dos vidas se junten en esta piedra y encuentren paz.

A lo lejos las voces de los niños pueblan, como un telón de fondo, el acto ceremonial.

Jane toma asiento sobre la piedra ancha y cierra los ojos para concentrarse en la ceremonia de su despedida. Ruth, de pie a su lado con ojos húmedos, homenajea a sus padres desde un sentimiento atemporal. Pensando en los abuelos que no conoció, apoya su mano en el hombro de Jane, y acompaña con ternura el sereno llanto materno. Abi se detiene detrás de Ruth y extiende la mano sobre el hombro de su hermana.

De pronto las viejas fotos familiares desfilan ante la vista de Ruth. Pero esta vez permanecen en la imagen el tiempo necesario para asegurar que han existido. Tal vez pueda darles voz, detectar sus gestos, comparar la arboleda del parque con los verdes de Polonia... Tal vez la imagen ayude y el eco del *shofar* resuene por fin de una generación a otra.

Jane se incorpora, y el trío se encamina hacia la salida del parque. Las risas de los niños permanecen audibles, aunque ya no están a la vista. La brisa se desliza a su lado sin dejar de susurrar chistidos a los aromos y a las lilas.

La jovencita de la vieja foto —la Jane quinceañera—, ubicada a su izquierda, se acomoda el vestido y la moña que luce su cabello, toma del brazo de Jane, tironea de Abraham, su hermano, que, divertido, se acerca hacia Ruth. Sus pasos jóvenes trazan figuras, se hacen zancadillas, rodean a Abi y a Jane, con pasos de baile. Un halo de rosas cruza el aire. No son del parque, pero Ruth las recuerda en el hueco de aquella arboleda, junto a sus abuelos. En blanco y negro no podía detectar su color. Ahora sabe que son blancas.

De pronto Jane, confundida, pierde la noción del espacio. Tal vez para aprehender a toda la familia a su lado. Su cuerpo se aliviana, su talla se eleva en ese tiempo suspendido. Las sonrisas y las lágrimas ahora son simultáneas. ¡Nunca se había sentido tan acompañada!

Capítulo IX

Cartas de Varsovia

El cúmulo de cartillas amarillentas junto a las nuevas hojas, está desplegado en la mesa del balcón aspiradas por el aroma de jazmines. Ruth blande una hoja con gesto impaciente.

—No logro entender esta traducción, Grace. Parecen varias cartas en una sola.

—Sí, tía, son varias, una cadena de cartas sobrevivientes, diría, si te calmas te explico.

—¿Qué dices, cartas sobrevivientes? —Ruth abre grandes los ojos.

—¿Por qué pensar el calificativo sólo para humanos? Tantas cartas nunca llegaron a destino, piensa en las que enviaste y nunca fueron recibidas. Me parecen tesoros, sobrevivientes del caos. De eso dan cuenta.

Grace ha cumplido su promesa. El lazo rosado que aquella chiquilla había separado del baúl, aparece incólume conteniendo las misivas y traducciones que Grace agregó. Ahora espera el consentimiento de Ruth para leerlas en el más estricto orden.

Ruth, sumergida en la confusión de idiomas, fechas y cartas instaladas allí como matrioskas apretujadas, mira a su sobrina con desaliento.

—¿Será que mi madre las puso todas juntas?

—No, tía. —Grace responde tranquila—. Este sobre contenía los otros. Tú lo dijiste, venían como una matrioska. Es extraña la presentación.

Ruth se deja caer en el sillón y resopla abrumada. Grace toma la palabra.

—El sobre principal está dirigido a Jane y Stepan. El remitente es un tal Erik Tobler. ¿Lo conoces, alguna vez oíste hablar de él?

Ruth niega con la cabeza, apenada. El pasado de su madre siempre se escabullía y quedaba fuera de su comprensión.

—No, mi querida. Tus abuelos no evocaban ese pasado, relataban los recuerdos cálidos, nunca los dolorosos. Cuando se cumplió el año

de la muerte de mi padre, mamá capituló en su honor y Abi y yo pudimos saber lo que sucedía en Polonia cuando decidieron emigrar – Ruth se ve a sí misma durante años leyendo sucesos de la gran guerra sintiéndose perdida en la niebla–. La historia oficial no basta para imaginar la vida cotidiana. Cuando mamá lo compartió tuve que cambiar la versión que fui construyendo durante años. Pero algo del viejo sentir se queda allí.

—Es doblemente demoledor, lo entiendo –es Grace que se suma–. Cómo saber la angustia que vivió otro. Tampoco es una historia privada, implica a toda la ciudad borrascosa, con nubes de tormenta, inseguridades y odio. Y si te atreves a más, destapas la gran congoja de una etnia atrapada en medio del diluvio.

Ruth queda pensativa.

—La guerra revierte el orden, lo contamina. Una sociedad se construye, tía, se teje con la convivencia de sus habitantes, sus mitos, sus creencias. El orden social sostiene costumbres, instituciones, roles que simbólicamente se fijan: familia, maestros, policías, mercados... Oh, perdona parece que estuviera dando una conferencia.

Ruth asiente lentamente.

—Verlo en detalle es visualizar el horror.

—Ni justicia ni valores, la ley desaparece tras el abuso y el atropello –agrega Abi–: el sistema que se instala en el poder, impone su legalidad. Ya era precario el equilibrio en Polonia, avanzó el deterioro y la invasión alemana encontró el caldo de cultivo propicio para declarar la guerra.

—Crear al enemigo es fácil. –Grace abre los brazos–. Diseñas una caricatura denigrante, como muestran los dibujos de la época pegados a las columnas, inventas una conspiración. Lo repites todos los días y te eriges como el protector contra los traidores a la patria.

—¿Por qué la gente entra en esa trampa? –Ruth quiere saber.

—Porque apuntan al temor y a la obediencia que es la característica de la masa. Y funciona. Es la impunidad total, avanzan tan fascinados creyéndose invencibles.

—¿Nada puede contener el atropello cuando se desata?

—Sí, su propia arrogancia los detiene. —Abi sonrío con ironía—. Son vencedores airosos que avanzan hacia su propia destrucción. Es lo que les sucedió a los nazis.

—Esa guerra —Grace se demora un instante para agregar con firmeza— anunció el futuro caos del posmodernismo. Cuando el mundo elige la tecnología renuncia al respeto por el semejante. Esa se ha vuelto nuestra herencia. Es lo que estudiamos en el intercambio con otras universidades, trabajos de campo, experimentos... y estoy trabajando precisamente ese momento de la historia.

—¿Estás haciendo un trabajo sobre Hitler?

—Sí. Sobre la obediencia de la masa.

—¿Me explicarías?

—Con mucho gusto, tía. Te prometo que te hablaré de ello hasta aburrirte —y agrega con picardía—: pero qué tal si empezamos con las cartas, me parece que te cuesta entrar en ellas...

—Sí, ¡es que... arden! —Asiente varias veces y se anima—. Bueno, estoy dispuesta.

—Erik envía su carta —Grace extiende los sobres— y junto a ella hay otro sobre con más escritos.

—¿Son dos cartas?

—Son más.

—Grace, qué quieres decir... es incomprendible, juntas cartas de otra gente... que ni sé si se conocía entre sí.

—Ya entenderás. El sobre exterior es de Erik, escribe a los abuelos y trae escrita una sola hoja, pero dentro del sobre hay matrioskas. Vamos a leer en ese orden, primero la de Erik.

Varsovia, 18 de junio de 1942.

Queridos Jane y Stepan:

Hemos pensado mucho en ustedes, en lo que compartimos de teatro con tanto entusiasmo. Nuestras jóvenes ilusiones resultaron tan breves. Gracias al cielo que ustedes se han ido justo a tiempo.

La familia de Jane fue remitida al gueto y sabemos que los judíos pasan dificultades, les asignan poca comida, están bajo vigilancia, enferman. La gente se enferma también de tristeza.

Aunque nosotros no seamos judíos, padecemos del mismo modo este entorno violento y dictatorial. Lo siento Jane, no he podido acercarme al gueto para poder informarte, no nos lo permiten, les resultamos sospechosos. Helga dice que con esta gente no hay acuerdos, no hay seguridad ni tranquilidad posible. Tampoco hay más dignidad.

No quiero alarmarlos, pero en nombre de nuestra amistad he de compartir con ustedes la tristeza con la que estamos sobreviviendo todos. Ha muerto mucha gente. Cuando se llevan a los judíos les anuncian que serán asentados en campos de trabajo. No sé, amigos, nada es seguro y menos aún los comunicados que emiten. Por la calle hay altoparlantes que transmiten discursos aleccionadores todo el tiempo sin detenerse, lo cual les aseguro que nos destroza los nervios.

Ayer tocó timbre en mi casa Fruma. Fruma, a quien apenas conocía, se presentó como sobrina del rabino Reuben Ben Zakar o, mejor dicho, de Braja, su mujer. Tengo entendido que cumple una función de correo (no quiero dar detalles que pondrían en riesgo su persona y su misión, si acaso esta carta es interceptada.).

Es una chica encantadora, lucha contra los nazis con coraje, anda por las calles sin su insignia judía con mucho riesgo. Lleva y vuelve con información de una ciudad a otra, jugándose la vida en los trenes. Su tarea fundamental, es alertar acerca de los movimientos de los SS, los mecanismos que utilizan, los lugares a los que se encaminan.

Lo que conversamos fue muy escaso ante el temor de que la hubieran seguido y eso nos comprometiera. Me tendió con rapidez la dirección de ustedes que yo ya tenía, para enviarles esta nota y me dio otro sobre para enviarles, cuyo contenido ni ella misma conocía.

Como ven, nos ayudamos cuanto podemos en una tarea reservada, ilegal y peligrosa y aunque tememos las consecuencias, senti-

mos de algún modo que algo de nuestra rebeldía puede jugarse, aunque sea en secreto. Nos da ánimo combatir juntos, codo a codo, contra la injusticia.

Queridos amigos, debo confesarles que envío esta nota con el sobre que me dio Fruma sin tener información, Jane, de cómo están tus padres, tu hermano, Dina y el niño. He demorado unos días intentando averiguar más, pero otra vez me fue imposible. Tampoco sé qué fue de Fruma.

Pero al menos, Stepan, pude saber hoy que tus padres están bien. Preocupados sin duda, te envían su alegría y están felices de que estés a salvo en USA. Por momentos lamentan no haber viajado cuando pudieron, como suponen que se ha salvado la bebé que viajó con ustedes. Eso lo supone tu padre y tiene la esperanza de que yo pudiera enterarme y comunicarle. Seguramente ustedes ya saben que los padres de la pequeña en su intento de huir de Polonia fueron detenidos y ametrallados en la frontera.

Sé que además de escaso, es muy doloroso lo poco que puedo transmitir, me avergüenzo de enviar algo tan poco alentador.

Creo que en este momento mi mayor apuesta sería rogar que puedan recibir esta carta y todas las que contiene. La vida dirá qué caminos tomará.

Los abraza

Erik

P.D. Helga no deja de enviarles abrazos. Dice que está seleccionando obras para representar cuando termine la guerra. Que ya repartió los roles...

Ruth desfallece apoyada en la silla. Está pálida y sin moverse.

—¿Estás bien, tía?

—Estaba imaginando el impacto de mis padres cuando recibieron esta carta.

—Sí—Grace se quedó con la carta en la mano—. Aún no había sucedido lo peor.

—Pero se ve venir —repite Ruth como en eco— nunca sabremos cómo atravesaron ellos esa etapa.

—Saber de antemano el horror que se avecina, es terrible... ellos no eran judíos, tía, quién te dice...

—La niña, Grace, habla de una pequeñita... Otra historia para desalentar a cualquiera.

—¿Qué sabes de esa historia, tía?

Ruth vacila.

—Había una encomienda en el arcón que guardaba la foto de una bebé, era hermosa. Estaba dentro de una tela de pana azul, en un morral que contenía una Biblia, dos direcciones en USA, una en California y otra en Louisville además de una carta. Tengo que averiguar esa historia también, tantas historias sin conocer sus finales —piensa por un momento y agrega—: ¿me ayudarías con ésta también?

Grace asiente. La brisa hamaca la cortina, intenta elevar las tristezas, despejar los ánimos. Esa era su función, alivianar la vida. Ruth siente frío y entorna el ventanal.

—Veamos qué hay en el otro sobre —dice Grace.

El siguiente sobre amarillento luce en su página frontal el nombre de FRUMA. Al centro en gruesas letras negras —con la traducción adherida— se lee... DE FRUMA PARA JANELE Y STEPAN. Y debajo en letras más pequeñas, un agregado: ATENCIÓN ES MUY URGENTE.

—Ábrelo, Grace, estoy ansiosa por ver lo que dice.

—Trae una nota de la propia Fruma para Janele, junto a la carta. Es muy breve

—Grace le está echando un vistazo—, pero muy importante.

Ruth abre los ojos y a punto de decir algo, suelta el aire y exclama:

—Fruma... No sé quién es, no sé si mamá la conoció, no recuerdo que la nombrara.

—Supongo que hay momentos en que las historias circulan y pertenecen a todos. Lo que dice Fruma es muy impactante, tía. Te lo advierto.

—Léelo, Grace, estas cartas traen detalles que permiten captar más en profundidad el drama que vivieron. Además, leerlo contigo, Grace,

me da gusto. Es transmitir por vía directa la historia, de mi generación a la tuya.

—No te imaginas cuánto me veo en esto, tía, es mi oportunidad de conocer la historia de mi propia familia. Acompañarte, tía, es un regalo, me hace creer que aun puedo intervenir y lidiar con los sucesos. Tomar conciencia es saber cómo transmitirlo. Brandon ya empezó a querer saber qué cartas vine a leer contigo.

Más segura, Ruth se encamina al interior de la casa y vuelve con una bandeja de té. Luego se dirige a Grace con una sonrisa.

—Veamos qué dice Fruma.

Y Grace lee la traducción:

Para Janele y Stepan, una breve explicación respecto de mi intervención en este rollo de cartas que reunimos con Erik para ustedes.

Circunstancias de la vida nos llevaron, a Dina y a mí, a enfrentamientos difíciles con Shmuel, el jefe de policía en el gueto. Nos ayudamos hasta donde fue posible. Él ordenaba reglas, traslados, deportaciones, aunque también a él le eran impuestas.

—¿Dina es la esposa de Abraham...? —acota Grace y Ruth asiente.

Le rogué a Dina que les informara lo sucedido a nivel familiar. La animé a hacerlo porque ya no sostenía el deseo de vivir, traté de darle un objetivo... aunque fuera unos días más. En el gueto de hoy, vivir unos días más puede ser un objetivo de lucha.

Yo cumpla con una misión correo. Desde el gueto, me traslado hacia otros guetos, transmito acontecimientos de los que tengo noticia. Esta vez me hago cargo de la nota que Dina me alcanzó hace una semana, con lágrimas sin duda, pero —es de rigor decirlo— muy decidida.

Guardo vuestra dirección, les dejo la mía, nunca se sabe... He aprendido que muchas veces las conexiones, además de habilitar información, a veces nos salvan la vida. Mi mayor aspiración es que logren recibir las misivas que les enviamos.

Los abraza de todo corazón

Fruma

Ruth conmovida, exclama:

—Fruma tenía una misión correo. Dios, —hamaca la cabeza—, ese dato no lo sabía, ¡me deja... atónita!

—Tía, hay una postdata... de último momento... ¿qué tienes?

—Es el sueño que tuve. La pesadilla.

—¿Tiene que ver con esto?

Ruth comparte con Grace el relato.

—Me preguntaban por mi misión, te das cuenta, yo sentía que se equivocaban de persona, ahora entiendo, Grace, sí hubo una misión. Era como si yo hubiera encarnado a Fruma.

—Me impresionas tía... ¿lo soñaste? Jamás hubiera creído que eso pudiera suceder

—Grace queda parpadeando.

—Mi sueño actualizó el dato. Apostaría que ella fue arrestada de verdad por los nazis. Es curioso ver cómo las historias se fragmentan en racimos. Los muertos nos dejan el dolor y la angustia. Y los vivos hacemos duelo por ellos; herencia indirecta de generación en generación... comunitaria también.

—Tal vez forma parte de la identidad judía. Veamos si la postdata completa la información.

Ruth asiente sabiendo que no será una buena noticia y solo ahondará la herida.

Agregado 1

Lo supe anoche. Shmuel el jefe de policía ordenó a Dina que se sumara al grupo de deportados. Debía presentarse en la estación de ferrocarril. Las SS mandaron completar el tren con seis mil judíos a la mañana. Dina partió en ese tren hace dos días... No pude despedirme. Me destroza.

Grace acerca la hoja a su pecho, mira a la tía y le dice en voz baja:
 —Tía, Fruma deja otro agregado, ¡oh Dios!
 —Lee querida, lo padezco como si sucediera ahora. ¡Pero necesitamos saber, lee!

Agregado 2

El dolor ha perdido su vieja forma, ha desbordado el límite de la propia imaginación. Tratamos de no sentir, de volvernos autómatas...

En el mismo tren partió el rabino Reuben, la tía Braja y sus niños. Eran mi refugio... todo lo que me quedaba. No puedo llorar, debo apurar la carta para hacerla llegar... Si sobrevivo, habrá tiempo de penar, será un largo duelo.

Acaban de decirme que Shmuel, el jefe de policía, fue conminado a subir al tren con su familia en el último momento.

¡Shmá Israel!

Grace detiene la lectura. Ve las lágrimas de Ruth.

—Tía, deja para otro día la carta de Dina, ¿te parece? Es muy fuerte... ¿Estás bien?

Ruth devastada, yace reclinada sobre el sillón con un brazo sobre la cabeza, los ojos cerrados.

—No mi querida, no estoy bien —Ruth respira hondo varias veces—, pero estoy viva. Esa carta... es vivir el horror de cada día. Es ver a la muerte dirigiendo una escena descabellada. Así vivían día tras día, con la certeza de su propia muerte —y agrega con firmeza—: tomemos un respiro por ahora... Gracias por ocuparte de las cartas. Sabes, es como si tú continuaras la misión correo de Fruma.

—Sí. Imaginé a Fruma ocultando su rostro por la calle, arriesgando la vida en cada salida, me hizo sentir un vacío repentino y me ubiqué en ese lugar. Tal vez no fuera tan impensable que yo eligiera una misión correo— sonrío Grace con tristeza.

Capítulo X

David

Abi llega a casa y encuentra a su familia esperándolo para cenar juntos. Su esposa Erna, trajina en la cocina, Grace y Jacqueline aproximan los enseres a la mesa. Los niños Pauline y Brandon recorren la casa con los brazos extendidos jugando a ser aviones emitiendo extraños ruidos más parecidos a ambulancias que a aparatos aéreos. Su padre Henry, les echa un vistazo mientras leen con David el *parashá* bíblico de la semana. Abi saluda a los niños, levantando a Brandon bien alto. El niño ríe mientras pellizca la nueva barba del abuelo.

Su llegada apura la cena y todos se congregan alrededor, en un clima de confraternidad, que deja en evidencia los gestos de David, que esta vez no participa del desenfado habitual. Su parquedad no pasa desapercibida, se extrañan sus intervenciones graciosas y desafiantes, pero será luego de la cena, mientras los niños juegan, que la familia pondrá sobre la mesa el tema postergado.

Con el café y el vino de sobremesa, la expectativa se dirige a David.

—Bueno, David —comienza Abi preocupado— te escuchamos.

—Me voy del país, pa.

La expresión de David es tranquila, decidida, inflexible también. El anuncio cae como descarga eléctrica en medio de esas tormentas que se presentan silenciosas y calmas en el horizonte. Nadie es tomado por sorpresa, pero así anunciado, el impacto atraviesa el pecho de Abi, dejándolo magullado y acabado.

Algo así sintió cuando murió Stepan, su padre. No es lo mismo saber que alguien va a morir que topar con la muerte cara a cara. Muerte sin rostro que corta con violencia el lazo y te deja sin aliento. En el mismo instante que el otro te es hurtado, tú mismo ya no existes más. Abi sucumbió al recibir esa estocada de la muerte propia.

El silencio se prolonga. Erna contiene el sobresalto.

—¿Podemos saber algo más, hermano? —el tono de Grace trasunta disgusto y reproche.

David baja la mirada a su copa de vino. Bebe un trago, mira a todos.

—Los amo, familia, son mi refugio. No puedo más, necesito salir, volar, buscarme desde otra manera de sentir, de pensar. No sé explicar mejor. Carezco de proyectos, tengo treinta y seis años, me pesa el fracaso de mi matrimonio, tal vez aposté demasiado a la pareja y con ella se cortó mi inspiración. No encuentro acá, en mi país, ninguna salida. Todo parece ajeno, necesito perderme para reencontrar algo de mí. Tengo que irme, el refugio familiar me adormece.

Abi levanta la mirada al techo y siente su rostro congelado. La última frase de David lo impulsó hacia atrás. Dónde había escuchado decir eso... Su padre, sí, se repetía la historia. Emigrar le había salvado la vida, sin duda. Pero David... no había terminado abogacía, no había sido consecuente con nada, tampoco con su matrimonio. Estaba en guerra consigo mismo. Tampoco había perfilado algún interés...

—¿Adónde te vas, ya lo sabes? —pregunta su madre.

—Me voy a la India.

La familia no esperaba esa elección. Jacque suelta una exclamación sin rumbo.

—¿A la India? ¿Vas a ponerte un turbante?

En seguida calla, la situación no resulta graciosa, por el contrario, todos están pendientes de la explicación de David, como si les debiera algo por “abandonarlos”.

—Me escribo por Internet con alguien que está alojado allá en un *ashram*¹⁴. Me ha relatado cómo es su vida, qué significa la meditación en uno mismo, a qué profundidad accedes. Me hizo desear un *impasse*, para dar un nuevo paso. Tiene una habitación que puede compartir y me invitó a tomarla. Es la opción que he decidido asumir. Y me voy...

—¿Tienes idea de cuándo regresarías? —pregunta Grace.

—No, claro que no. No quiero trazar planes más allá de esta decisión, no me pregunten, no se molesten si no hablo, si no llamo, si no

¹⁴ Monasterio. Lugar de meditación hinduista.

me comunico. Lo haré cuando sienta la necesidad. Es lo último que me permito pedirles.

Erna no ha intervenido. David lo sabe, su mirada se lo agradece.

—¿Cuándo te vas, David? —pregunta Henry lamentando la distancia con su cuñado.

—Mañana, me voy mañana.

Otra vez la familia recibe el impacto.

—¿Mañana? —Abi se mesa los cabellos, respira hondo, intenta calmarse.

Una sensación de vértigo recorrió el circuito cerebral. ¿Qué responsabilidad le tocaba a él? Se empeñó en darle instrumentos ventajosos a su hijo varón, apostó a que su hijo lo seguiría y conformarían un equipo triunfante. ¡Doloroso renunciar al proyecto! Un pensamiento lo acicateó: el tío Abraham logró salvar la continuidad familiar... ¿tuvo que morir para lograrlo!? Cuando murió su propio padre, Abi sostuvo a la familia en pie, también porque para Stepan la misión más importante de la vida de un hombre era esa, mantener siempre unida a la familia. Ellos sabían valorar lo que habían perdido. ¿Qué estaba mal ahora? David no entendió, no valoró el rol de proteger a la familia. ¿Acaso si él hubiera muerto su hijo habría continuado sus pasos?

No supo cuánto tiempo se cerró en sus pensamientos, irritado con David, desconcertado consigo mismo. Es la voz de Jacque que lo trae de su bruma.

—Pa, ¿estás escuchando? —Jacque levanta la voz, molesta.

Abi no logra evitar una mirada llena de ira cuando fija su mirada en Jacque para pasarla con prontitud a David.

—Sí, lamentablemente estoy escuchando. Y no me gusta lo que oigo. Nuestro orgullo siempre fue mantenernos unidos... él nos abandona, rompe la armonía familiar. No ha entendido el sufrimiento que padeció toda nuestra familia y deja caer lo que yo he tratado de sostener. Me parece injusto, es de una ingratitud sin medida.

—¿Ingratitud, papá? —David ha comenzado a ofuscarse—. ¿De qué hablas?, ¿qué tiene que ver contigo mi decisión?, ¿por qué te metes donde nadie te llama?

—¿Nadie me llama? ¿No se trata de mi hijo? —Abi salta de la silla, mira ofuscado a David, resopla y se aparta hacia atrás—. ¿¡Nadie me llama!?! — Se desplaza hacia la ventana hablando casi consigo mismo—: traté de ayudarte, formarte como hombre, como profesional para sostener la vida con dignidad —gira sobre sí mismo, sacude los brazos y enfrenta a David gesticulando— has dejado de lado lo que te he ofrecido, lo has despreciado. Esto de irte a la India me ofende, es una burla vergonzosa, un insulto. Es abandonar nuestra etnia, nuestra cultura. No lo voy a permitir.

David ya se ha incorporado con el rostro congestionado, se acerca a su padre despacio, conteniendo su propia ira. Ambos quedan enfrentados, desafiantes, tensos.

—¿No me lo vas a permitir...? ¡No puedo creer que me digas eso!, ¿quién te crees para dirigir mi vida...? ¿Tengo que hacer lo que tú me vas a permitir? ¿De verdad es eso lo que esperas de mí? —el tono ha ido *in crescendo* y amenaza desbordar.

El avance de David aproxima los rostros de ambos, la reacción de Abi se vuelve visceral y con un movimiento brusco empuja con sus manos, brevemente, los hombros del hijo.

—No es lo que yo espero de ti, estúpido, es lo que corresponde que hagas de tu vida...

—¿Tú vas a decirme qué me corresponde hacer? —David devuelve el empujón con energía y obliga a Abi a dar un paso atrás—. ¿Crees que aún soy el chico estúpido al que rezongabas porque no iba contigo a la sinagoga cuando a ti se te ocurría ir?

No es una escena habitual. Nerviosa, Erna se levanta sin demora a la vez que Henry se acerca al dúo del otro lado, ambos dispuestos a impedir el forcejeo.

—Por Dios, Abi, tranquilízate —Erna lo toma del brazo y se ubica casi entre ambos.

El respiro que se produce con ese gesto, permite a David liberar las tensiones que ha venido acumulando, dios sabe desde cuándo.

—Crees que todavía soy el adolescente que no dejabas salir por miedo que apareciera alguna patota en el barrio donde yo quería ir...

porque ¡no eran judíos!, por Dios, ¡desde cuándo los judíos iban a protegerme...!

—Soy judío y te he venido protegiendo toda tu vida. Eres un desagradecido, reniegas de tu familia, de tus abuelos y de todos los que murieron en Varsovia —el grito final de Abi se vuelve estridente.

—Estás loco...

Henry y Erna contienen el gesto de violencia sin reencontrar aún el camino de las palabras.

Mirándose como gallos de pelea sin apartar la vista, Abi insiste:

—Eres un desagradecido, toda mi vida estuve...

—¿Toda tu vida estuviste haciendo qué? —David interrumpe furioso—, dirigiendo mi vida, lo que tenía que estudiar, lo que era bueno para mí... Tengo treinta y seis años padre, ¿te enteras?, tengo edad para tomar mis propias decisiones, ¡es tiempo de que te des cuenta! De hecho, estoy tratando de corregir mis equivocaciones —su voz se eleva con fuerza, se detiene, y sin violencia dice—: no me ayudes más, no me estás haciendo ningún favor. Tengo que hacer mi vida no la de mis ancestros. Ves por qué tengo que irme, tengo que irme de ti, de tus expectativas, de tus mandatos. ¡Has arruinado mi vida!

—¿Yo te he arruinado la vida?

—Bueno, he dejado que me la arruines.

David aún no se aparta de la escena, Jacque los mira sorprendida, Grace aparta a los niños que presencian la discusión con sorpresa. Padre e hijo se miran duramente unos segundos más, quietos, como congelados sus movimientos.

—Basta —interviene Erna al percibir que ninguno avanza ni retrocede, ninguno sabe cómo terminar la escena. Ella dictamina—: ¡suficiente!

Abi se suelta de la mano de Erna y gira para ver por el ventanal la plaza que yace a sus pies del otro lado de la calle. David, fastidiado y movido por su propio impulso, da vuelta sobre sus pasos, recoge la chaqueta que cuelga del perchero de la entrada, abre la puerta y sin mirar atrás sale dando un portazo.

Capítulo XI

La luz se pierde en la noche de los tiempos

Rumbo al parque, Abi le sonrío a Grace que va a su lado. En el asiento de atrás, Jacqueline estira las piernas y dice:

—Este curioso parque... en realidad es un personaje familiar, ¿verdad?

—Tanto así, Jacque, que las charlas importantes con mi padre, se daban debajo de esas ramas. Y ahí vamos otra vez, al lugar que siempre ha albergado nuestra familia, más allá de nosotros mismos.

—¿Más allá?

—Te lo diré con un poema que te va a gustar.

Ya sin hambre ni sed, apenas alma
Apenas cuerpo que se va durmiendo
Toda lúcida mente es como entiendo
La infinitud de Dios en esta palma
Cuando todo sea eterna calma
sea pájaro, sea planta,
Poco a poco iré volviendo
a pedir morada en esta palma¹⁵

—De dónde salen esos versos, pa...

—Del alma.

—¿Son tuyos? —Jacque lo mira con desconfianza mientras Grace se ríe.

—¡Qué más da, los hago míos! —sonríe Abi—. Este parque cobija cuerpos y almas que en nuestra familia migran sin tiempo. Me fue legado y pasará a ustedes, podemos decir que ya hemos reservado morada.

Abi sonrío. Ha logrado interesar a sus hijas y continúa:

¹⁵ "Soneto a una palma", Juana de Ibarbourou.

—Una familia es un racimo de memorias desplazándose. Una arborescencia de vivencias y recuerdos, cuyo origen se pierde en los tiempos. Los abuelos nos transmitieron que este vergel es nuestro espacio de pertenencia, nuestro nido, donde crece nuestra rama y donde retornaremos.

—¿Retornaremos? —pregunta Grace siguiéndole el juego a su padre.

—Sí. Ya es el punto de encuentro de las almas, por eso volvemos por nuestros orígenes —aparca el auto y con un asentimiento de cabeza, afirma—: y acá estamos.

Abi ha aparcado el auto frente al departamento de sus padres, donde hoy viven Ruth y Guershom. Apaga el motor, el silencio se prolonga. El parque luce sereno entre luminosidades y sombras. Nadie parece tener apuro por salir.

—Nunca nos habías dicho... —Jacque queda pensativa.

—Eres muy convincente, pa, por algo eres abogado. —Grace se ha puesto seria—. Estoy tentada de creerte. Los abuelos y el parque son el origen de nuestra rama familiar.

—Bajemos —invita Abi—. Mientras llega la tía, quiero mostrarles lo que será la herencia para todos.

Sus figuras entran en la escena y sus sombras se desplazan juntas. Abi encabeza el trío, se dirige al espacio de entrada, levanta la mano hacia al viejo roble, cruza los senderos, se acerca a la piedra ancha, cuya inclinación ofrece asiento para tres o cuatro visitantes.

—Creer o no creer, Grace... tal vez soñar, es cosa de cada uno.

Abi se inclina hacia el borde y señala una profundidad semiescondida al tiempo que presenta:

—Este es nuestro cenotafio —anuncia en cuclillas.

Grace y Jacqueline se inclinan para ver lo que guarda en el interior. Jacqueline ha hurgado lo suficiente para retirar la mano y extraer una piedra.

—Esa pequeña piedra simboliza el amor, la promesa de no olvidar y el consuelo para quien allí se guarda —Ruth, de pie detrás de ellos los sorprende.

Grace se incorpora rápidamente.

—Tía, no te vimos llegar.

—Veo que se han ganado el acceso a la herencia familiar —sonríe—. Jacque, qué linda sorpresa verte acá entre nosotros.

—Quería acompañarnos a leer la carta de Dina —explica Abi con placer—. Grace la hizo traducir y sabemos que es muy dura.

—Qué lindo gesto el de ustedes, Abi —Ruth acaricia a Jacque con cariño— ya te extrañaba.

Grace se sienta junto a Ruth, la besa y le muestra la carta.

—Cuando quieras.

—Grace me acompañó mucho —Ruth le dedica una tierna mirada—, tradujo, me leyó las cartas, estuvo a mi lado... —se ve rodeada de todos—, me da tanto gusto que leamos juntos esa carta, qué bueno que hayan venido.

—Acá, porque nuestros ancestros también están presentes —Jacque se conmueve.

Un extraño vahído atraviesa a Ruth. Esta es su cofradía, su continuidad ocupa el vacío anterior. Esta familia suya está presente como nunca pudo sentir la que precedió. Se reclina y cierra los ojos buscando la proximidad de ancestros que rondan el entorno. Las viejas fotos pasan en animada coreografía de ritmo y colores. Se suceden en armonía Chopin, “*Hava Nagila*”, Händel, Chaikowsky, el Uru Hajim. Suenan palmas, Joseph acaba de llegar.

Una curiosa sensación de bienestar se instala al mirar a todos y verse contemplada con cariño. Más atrás ve a su hijo Gabriel acompañado de Lina, su mujer.

—No me imaginaba —Ruth se pone seria— este escenario para la carta de Dina, gracias, seguramente es el mejor... ¡el más protegido!

—Ven Ruth, siéntate acá conmigo —dice Abi.

Abi ocupa el borde opuesto de la piedra y señala un lugar a su lado. Grace se sienta al lado de Ruth y la piedra queda casi colmada. Todos quieren darle lugar a Jacque, pero ésta niega con ambas manos y toma asiento en el césped al lado de su padre. Lo toma del brazo y lo besa.

—Recién nos vimos –sonríe Abi abrazándola–¿ya me extrañas?

—Difícil vivir sin ti –ríe Jacque mientras se quita la chaqueta y la arroja a un lado.

—Me hace feliz que me mientas...–Abi empuja la cabeza de Jacque hacia sí y la abraza.

—Tía Ruth –Jacque se dirige a ella con una mueca traviesa– te quiero invitar a un concierto en el Lincoln Center, te va a gustar. *Carmina burana* dentro de tres días.

—Me sorprendes.

—Tengo un amigo nuevo que toca en la orquesta.

—Un amigo nuevo –reflexiona Ruth – ¿qué le pasó al que tenías?

—¡Oh, se quedó por el camino! –ríe ella con muchas ganas.

—Jacque, Jacque... –Ruth sacude su dedo índice– tú vuelas y ellos caminan.

Se acomodan para compartir ese momento entre abrazos y bromas; la alegría de estar juntos.

Es Abi que por un momento levanta la mano para decir:

—Gracias a los que faltan por ocuparse de sus tareas para que podamos reunirnos. Y quiero mencionar en especial a David, que está en la India. Siento que se ha apartado de nosotros y me disgusta.

Todos quedan serios por un momento.

—No diría que se ha apartado, todos tenemos nuestros tiempos diferentes, pero el lazo no se pierde –Ruth acaricia su mano–: tú mismo lo dijiste, también a ti te concierne.

—Bueno, familia –interviene Grace— cuando estén preparados, podemos comenzar. Tengo que ir a buscar a Brandon al colegio y hablar con sus profesores.

Detalles de último momento, movimientos de reacomodación.

—Son duras las cartas, tía –anuncia Grace.

—Sí, lo sé –Ruth reflexiona–. No sé si alguna vez me atreví a imaginar cómo pudo haber sido aquel horror, el pánico que debieron sentir.

—Día tras día sucedían hechos tan graves –aproxima Grace—, que ni aun sabiéndolo es posible asimilarlo.

—Es tiempo, *mom* —interviene Gabriel—estamos contigo.

—Bueno, hermana —dice Abi—, ¿estás?

Ruth los mira y asiente. De pronto escucha voces infantiles que acaban de llegar, corren a las ramas del roble y montan rápidamente en ellas. La asistente levanta la voz para darles instrucciones y advertir los riesgos. La sensación de un *déjà vu* se impone y la confunde. Busca a los niños y trata de recordar si son los mismos que unos meses antes...

—Voy a leer —Grace se dispone a abrir el sobre—. ¿Sabemos todos quién es Dina?

—Dina es la esposa de Abraham, el hermano de mamá —explica Abi— de quien llevo el nombre.

—Yo llevo el nombre de su hijo, el niño que atrapó la policía del *gueto* —manifiesta Joseph.

—Ruth era también el nombre de mi abuela materna —explica Ruth.

—El mío es el nombre de mi abuelo paterno —declara Gabriel.

—David en India lleva el nombre del abuelo materno, nunca supimos qué le pasó.

—Creo que mi nombre —Grace interviene— es algo parecido al de la abuela paterna.

—Nuestros nombres, nuestro punto de reunión familiar, nuestro cenotafio —sonríe Joseph pensativo— Estamos todos, Grace. Te escuchamos.

La expectativa ha logrado un silencio total. Un breve aparte para que cada cual tramite sus sensaciones. También alertas ante el efecto de la lectura en Ruth, que parece tan sensible en ese momento.

Abi cuida el entorno. Al registrar el detalle, interroga:

—Ruth, ¿no iba a venir Guershom contigo?

—Apenas pueda, prometió llegar lo antes posible.

—Ya es un milagro disponer de una carta llegada de Polonia y captar algo que nos permita vislumbrar lo que pasaba, por difícil que sea escucharlo. Es la única que ha llegado de Polonia. ¿Verdad Ruth? —inquire Abi.

Ruth se siente turbada, el griterío de los niños le molesta, se siente en un espacio confuso que no sabe delimitar. Vacila al decir:

—No te escucho bien, esos niños hacen mucho ruido, háblame más fuerte.

El grupo enmudece. Se miran unos a otros y reafirman observando en derredor que no hay niños a la vista.

—¿Niños, Ruth? —pregunta preocupado Abi.

La pregunta parece volverla en sí. Reconoce que lo sucedido aquella tarde se apoderó de su cerebro. Se toma un momento y ya tranquila despeja sus dudas:

—Sí, perdón, estaba recordando que estuve con mamá el día que descubrió el secreto del cenotafio... ¡y es una sensación tan real! La siento a mamá con nosotros, es una carta que ella recibió hace bastante tiempo... y prefirió no compartirla. Ahora veremos por qué. Lee, querida.

—Como todos saben, está escrita en polaco —comenzó Grace—, voy a leer la traducción.

Al extraer la hoja del sobre, se desliza un papel arrugado que cae al suelo.

—Grace, hay otra hoja allí, mira —Ruth la levanta, la da vuelta, sorprendida—: está deshecha, rota... no se puede leer. ¿Qué...?

Ruth retiene el papel en su mano. La imagen de Jane se inserta y es la voz de ella la que Ruth escucha leyendo la carta, sollozando.

Varsovia, 3 de marzo de 1943

Janele, Janele, soy Dina tu cuñada, la esposa de tu hermano Abraham.

No sé por qué te explico lo que ya sabes, no sé si porque estás tan lejos que ya desconozco todo o porque ni yo misma sé quién soy.

Fruma me insistió en que tienes derecho a saber. En realidad, pretendía darme ánimos. No voy a ocultarte la verdad, no son tiempos de piedad. No la tengas tampoco tú. Es preciso que el mundo sepa lo que estamos viviendo y tú puedes hacerlo saber: que el futuro saque luego sus conclusiones.

En nuestro entorno comenzaron las deportaciones a los campos de exterminio, nos asesinan con gas, despojan nuestros cadáveres y los arrojan a los crematorios. Es la verdad, Janele. Te ruego lo evalúes. Sentirme ya muerta me permite tomar distancia del horror, deponer cualquier esperanza personal y no padecer más angustia por mis seres queridos.

Solo te pido que no desesperes. Nadie quiso escribirte para no causarte esta herida. Pero es preciso que sepas. Te hemos recordado cada día de los últimos que pasamos juntos, vivos, en familia. Tú eras nuestra vía de escape, el consuelo ante lo inexorable, la liberación. Recodarte nos ayudó a resignar la propia vida porque tú eres nuestra continuidad, la luz permanece contigo en el recuerdo de que existimos, que amamos, que nos asesinaron.

Soy dura contigo, Janele, porque te necesitamos fuerte, eres lo único vivo que quedará de nosotros. Y es preciso que conserves la misma dignidad y orgullo con que nosotros hemos transitado forzados...

No caigas en la tristeza. Es indispensable que nos dejes morir y tomes el relevo de nuestras vidas. Vuelve a levantar una familia con Stepan, con la libertad que ese otro mundo promete. Será nuestra bendición, el mensaje que te enviábamos cada vez que te recordamos. Me toca escribírtelo, Janele, ni tus padres ni tu hermano podrían haberlo hecho antes y definitivamente ya no pueden hoy. Pensar en ti no era posible sin deshacernos en lágrimas, bendecirte y desmayar, sabiendo nuestro destino. No encontramos tanto horror en toda la historia que nos precedió. Esto es el apocalipsis anunciado, la destrucción de nuestro mundo.

A Yosele se lo llevaron primero, Janele, en una batida. A Abraham lo vinieron a buscar un par de semanas después. Fue un alivio porque no podía sobrevivirlo, solo agonizaba lentamente cada día. Ninguno de nosotros podía.

Agregué un trozo de papel apelmazado en el sobre. Es, hubiera sido, la carta que tu hermano deseaba enviarte, que escribió llorando con desesperación, te contaba, te bendecía, lloraba contigo, te explicaba, te pedía que lo juzgaras... Janele, eras su paño de lágrimas.

Eras su última apuesta. Es ilegible, está rota, ninguna letra queda en pie, la tinta está corrida. Es lo que Abraham hubiera querido que llegara a ti. En esas condiciones, mojada por sus lágrimas quedó sobre una mesa. Así te la mando.

Puedo omitirte información, pero seguramente querrás saber. No sé cómo evitarte más disgustos. El día que llevaron a Abraham también se llevaron a tu madre. No supimos adónde, simplemente se los llevaron, no tenían que dar explicaciones. Tu padre deambulaba por la calle, tratando de esquivar las guardias que circulaban por el gueto. Cuando volvió aquella noche y supo que su esposa y su hijo no estaban, no dijo nada, volvió a salir a la calle sin rumbo, enloquecido de dolor, enajenado como lo vieron. Pero no puedo decirte qué pasó con él. Alguien creyó verlo golpeado por un grupo de polacos jóvenes obsesionados con destruir todo. Sólo puedo decirte que no volvió a aparecer por la casa. Sucedió el 23 de octubre. El hecho quedó en la más absoluta bruma. Una muesca más de interrogantes sin respuesta.

Yo no estaba el día de la batida, había ido a hablar con una maestra... ya no importa. Aquella noche traté de esconderme. No había atisbo de refugio, habrían dado conmigo de todos modos y por encima de todo, tampoco quería huir.

Dicen que el campo queda sumergido en el fuego y el humo que expulsan día y noche las chimeneas, contaminando el entorno de un pestilente olor. Los propios nazis están obligados a convivir con ello.

Janele, no tengo fuerzas para luchar, no tengo fuerzas para huir. No quiero vivir sin los míos. He perdido a Dios en este recorrido, pero te prometo que con o sin Él, cuando llegues, todos iremos a recibirte y volveremos a reunirnos.

Confío en Fruma para hacerte llegar esta nota, yo no sabría cómo, pero ella tiene recursos.

Vayan mis últimos deseos hacia ti antes de ingresar en la noche de los tiempos. En tu espíritu queda nuestro amor, nuestra bendición. Sostén tu vida y no nos olvides.

Dina

Algún pájaro trinó con fuerza, pero ni la brisa se atrevió a interrumpirlo.

Al cabo de un largo *impasse*, el papel que Ruth sostenía en su mano cae y Abi se inclina a por él. Lo desdobra, los pedazos se separan desflecados. Al intentar abrir alguno, las letras aguadas desaparecen.

—Si no te importa, hermana, me lo llevo... quisiera rescatar alguna palabra siquiera de lo que el tío Abraham escribió. Es el desgarró de lo que queda de él... —su voz se quiebra—. Ojalá en algún lugar esté viendo esta nueva generación, la vida que él nos auguró, somos la oración viva de su apuesta. Bendita sea su memoria.

Ruth eleva la mirada al cielo, no puede hablar. Grace se levanta a abrazarla a la vez que Jacque toma la mano de su padre. Joseph se acerca con su hermano Gabriel junto a Ruth, que eleva las manos para tomar las de sus hijos. Ninguno faltó a la cita.

—*Baruj atá adonai...* santificado sea tu nombre...—Joseph rescata de su bolsillo la Biblia, la ubica en el centro del grupo y agrega—: La familia está reunida en el sagrado lugar de los encuentros. Es un momento de *Mitzvá*¹⁶. Nombremos a David, que nadie nos falte. Amén —responden todos como un eco.

Y el eco reverbera.

Amén, amén, amén...

¹⁶ *Mitzvá*, bendición.

Capítulo XII

Ecós del pasado en el *ashram*

Vestido con un *dhoti*¹⁷ beige y una *kurta* color morado David yace con los ojos cerrados sobre su cama. Tal vez duerme, tal vez medita. Ningún movimiento permite identificar su estado de conciencia. Inquieto, parece gemir.

Sobre él, techos de hoja de palmera reducen el calor. En la habitación quedan a la vista dos camas, un ventilador, la puerta del baño. El ventilador gira sobre un calce de metal que raspa el borde cada tres o cuatro retornos. Un toque de impacto mayor tiene un efecto más espaciado y sobresalta a David con pequeñas sacudidas.

En el marco de la puerta, otra figura, con su *sherwani* de seda azul, observa a David, percibe la agitación de su compañero de pieza y sin intentar despertarlo, cruza las piernas sobre la alfombra y allí permanece, dispuesto a examinar su despertar.

Hace varios días que David sufre repentinos dolores de estómago que punzan de modo tan agudo que se dobla del dolor. Casi en seguida, una puntada en la espalda lo hace volcarse a un lado. Los maestros del lugar han sugerido ejercicios de yoga y meditación. Todos coinciden en que la afección no surge del propio cuerpo, más bien llega a él y lo habita. Cada vez que el dolor impacta y se retira, vuelve a iniciar el proceso. Habrá que aguardar los próximos movimientos para captar otras señales.

La habitación está forrada de madera en dos paredes. Las otras son blancas sin cuadros ni adornos. Casi aséptica. Un par de mesas bajas, alguna silla y la alfombra tejida en un mosaico de colores.

De pronto, siguiendo el ritmo del ventilador, cada nueve segundos el cuerpo de David se retuerce a uno y otro lado como si quisiera liberar los brazos de algo que atrapa sus hombros. Luego de un balan-

¹⁷ *Dhoti, kurta y sherwani*, prendas de vestir.

ceo, el movimiento se renueva. Hamacado en esas vueltas, un grito ahogado acompaña el pánico de sus pupilas abiertas, fijas en el vacío.

—No, ¡suéltense! ¡Suéltense! —su rostro se gira de un lado a otro. Sus hombros se adelantan, su estómago se hunde con violencia y un ahogo le provoca dos o tres eructos casi a punto de vomitar. Las lágrimas acuden a su rostro y los gestos se repiten una y otra vez—: suéltense —vuelve a gritar—, basta, iré con ustedes, pero suéltense —y exclama con voz desmayada—: ¡*Shmá Israel...*!

El ritmo del ventilador se ha detenido. Agotado y casi desvanecido, cae hacia atrás, la cintura se eleva y se despega del lecho: el rostro queda desencajado de temor. Su compañero no se ha movido. Observa con detenimiento para descubrir el sentido de esa gestualidad. Acostumbrado a ser testigo de reacciones insospechadas, frunce el ceño y espera.

Al minuto de caer, David vuelve a incorporarse, salta fuera de la cama, repite los gestos de pie, retrocede, cae, se dobla hasta que vuelve a ser sacudido con impulsos bruscos. Su cabeza se encoge entre los hombros y jadea. Gira sobre sí mismo y descubre la presencia de su compañero frente a él.

Su reacción sorprende aún más al amigo. David lo ha visto, pero no lo reconoce. Entre sonidos guturales intenta sacarse algún peso de encima. Al no lograrlo retrocede, adelanta los brazos pretendiendo detener el “ataque” de su compañero y lo repite hasta que Jaidev decide intervenir.

—David, detente... soy yo, Jaidev, tu amigo... ¿qué te pasa?, ¿qué estás viendo?, no me reconoces, ¿quién crees que soy?... tranquilízate, vuelve en ti... David, ¿puedes escucharme? No voy a hacerte daño, soy tu amigo.

David ha quedado confuso, mirando hacia los lados, temeroso.

—Dime dónde estás David, con quién estás... ¡dímelo!

La voz calma del amigo le induce una tregua breve. Algún gesto amenaza repetirse, pero parece desaparecer en otra dimensión del tiempo.

—Respira hondo, ya —lo tranquiliza Jaidev— finalizó el ataque. Descansa un poco...

David con los ojos cerrados se sobresalta, su respiración se agita, convulsiona antes de comenzar a distenderse. Respira hondo y a medida que suelta el aire con ritmo lento, recupera la percepción y el discernimiento. Sentado sobre su lecho, abre los ojos y mira a Jaidev con un gesto de desolación.

Ambos permanecen en silencio sin que ninguno decida poner palabras a lo que acaba de suceder. El amigo observa que el cuerpo de David muestra algún enrojecimiento, que entiende como huellas de una paliza recibida.

Finalmente susurra:

—¿Quieres contarme qué viste, David?

—Nada —responde—, no vi nada, me tomaron por atrás y empezaron a golpearme. Dos hombres me sujetaban, otros me golpeaban la cara, la cabeza, puñetazos en el estómago. No podía respirar. Un soldado con casco se me acercaba empuñando una ametralladora antigua, fue el peor momento. El casco del soldado, no vas a creerme... ¡un nazi!

Ambos quedan en silencio.

—¿Un nazi, David? Si eso es así esta escena... debió suceder durante la segunda guerra por supuesto. Te ha tomado de transmisor o...

David cierra los ojos. Los arruga con un gesto de profundo disgusto. Las palabras de *Shmá Israel* asoman una vez más a sus labios sin desearlo. Respira hondo y dice:

—¿Me escuchaste? Quedo secuestrado por lo que me atrapa. Aún estoy muy dolorido, deshecho. Fue más que violencia, ellos se divertían golpeándome, ese hato de miserables quería aniquilarme. Te juro, me supe muerto en ese momento.

El silencio se volvía oportunidad para reflexionar y profundizar. Pero la sensación física persiste en su cuerpo, envuelta en una confusión de los tiempos.

—Estoy un poco asustado... —explica David jadeante— ¿Escuchaste lo que dije...?

Jaidev vacila.

—Sí, algo en hebreo, ¿puede ser?

—“*Shmá Israel!*” Es una frase que los judíos repiten en circunstancias adversas. Es como invocar a Dios, encomendarse a lo que pueda suceder. No soy religioso ni practico el judaísmo, pero es una invocación lastimera...

—Esa frase pide ayuda, surge de ti...

—No sé, algo se apodera de mí, no sé explicarlo, cae dentro de mi cabeza sin saber de dónde viene, me asusta.

—No te asustes, David, tú eres el instrumento a través del cual se transfiere. Eso que pasa por ti, da cuenta de algo... es como si recibieras un mensaje, un anuncio, no sé, tal vez algo que nadie sabe y tú eres la vía de transmisión...

—¿Por qué yo...?

—Buena pregunta. Por algo eso te atraviesa a ti.

—¿Habré cometido alguna falta y este es el castigo que merecería?

—No, no sé. Parece ser la única vía posible para tomar contacto con eso.

—¿Tú lo entiendes? —pregunta David ilusionado.

—Analicemos los detalles. Dijiste que te venía a atacar un soldado... un nazi.

Un nuevo silencio los concentra.

—Bueno, eso creí en el momento.

—No, David, no nos pongamos a dudar, eso podría confundirnos y nos perderíamos definitivamente. No sabemos la verdad, hemos de manejar los elementos de los que disponemos, sin juzgar.

—Está bien, era un soldado nazi.

—Es de rigor considerar que la escena tiene que ver con ese período de guerra. ¿Qué sabes de eso?

—¡Oh! —David, desalentado, voltea la cabeza— ni idea... la abuela Jane y el abuelo Stepan eran polacos, vinieron de Varsovia justo antes de la guerra.

—¿Eran judíos?

—Ella sí, él no.

—¿Y qué pasó con su familia?

—La abuela sufrió mucho, su familia pereció en Auschwitz exterminada junto a los demás judíos. ¡Ah, no sé detalles... no sé! —el tono aumenta la desazón de David por no haber profundizado más la historia familiar.

—¿Te das cuenta? Ya tenemos una conexión y estás aportando detalles. ¿Acaso es posible que nadie lo haya sabido...?

David se levanta, va hacia la entrada, vuelve a su litera, se acerca a la mesita y sirve dos vasos de agua. Tiende uno a su amigo.

—No puedo creerlo. ¿Qué función cumplo en esta historia...?

—No te apures, faltan datos y más aún, faltan los vacíos de la historia. ¿Sabes tú cómo, en qué condiciones, pereció la familia de tu abuela?

—No sé detalles.

—¿De dónde proviene tu nombre David?

—Pues... déjame recordar, son nombres de la familia... creo que el hermano de la abuela, Abraham, —mi padre se llama Abraham por el tío—, es el hermano que la abuela lloró tanto. Los judíos repiten el nombre de sus muertos en los recién nacidos.

—Ya eso en sí es una transmisión de generación en generación. ¿Qué viene después?

—Mi primo mayor tiene el nombre del niño de Abraham, que fue atrapado en la calle por la policía judía y enviado a Auschwitz.

—Vaya sucesos que te precedieron, David, ¡es tu historia! ¿Qué mundos viniste a buscar aquí, amigo? Esos nombres son los que preceden a tu familia. Y su legado ¿Quién sigue?

—Mi primo segundo tiene el nombre de mi abuelo paterno, Gabriel —David se ha puesto serio.

—¿Luego?

David está desconcertado ante aquella perspectiva que lo modificaba todo. Su compañero, con mucha emoción, pareció haber encontrado la vía posible e insistía.

—Sigue...

—Luego nací yo. ¿Cuál nombre llevo? Ah, creo que tengo el nombre

de mi bisabuelo, el padre de la abuela Jane. Vaya, creo que se llamaba David. Nunca presté demasiada atención. Uno arrastra el recuerdo ancestral sin saberlo. No sé qué puede significar.

—Hay una continuidad en esos datos. ¿Sabes cómo murió?

—No.

—Pero sabes que murió a mano de los nazis.

—En esa época todos morían a manos de los nazis.

Jaidev resopla, abre los ojos y se levanta. De modo ceremonioso, agrega:

—David, no sé adónde vamos a llegar, pero estamos sobre alguna pista... escríbele a tu familia, diles de este sueño que tuviste hoy, 23 de octubre, las fechas suelen ser importantes. Y tienes el dato que te liga con aquel David, tu bisabuelo, tu propio nombre. No es tan extraño David, ¡querías introducirte en la meditación, captar el registro de las almas...! Viniste por una oportunidad de conectarte más allá de este mundo. Uno siempre busca fuera lo que no sabe que lleva dentro de sí. Tan ajeno es nuestro interior a nuestra conciencia...

El amigo demora para permitirle evaluar su estado. Cuando lo cree suficiente, le dice:

—David, tal vez sea una ligazón de almas, tal vez una conexión transgeneracional, no nos es tan ajeno, lo hemos estudiado. Piénsalo. Tal vez sea un eslabón perdido que se ha materializado en ti.

Hace una pausa y agrega:

—Estamos en la India. Importa que creas en lo que te está sucediendo, hace tiempo que bregas por ello.

—¿Tú crees? —David lo mira asombrado.

—Algo reaparece y se manifiesta en ti. Veamos qué dice tu familia, qué sentido nuevo surge, escríbeles, David, no pierdas la fe.

—Se vuelve tan absurdo. No creo que...

—¡Ah! Eso me faltaba oír. ¿Te escuchaste? —piensa y agrega—: David, no creo que sea absurdo, creo que se trata de recuperar algo, ¡de la nada! —luego de vacilar, dice con énfasis— ¡La decisión está en tus manos!

Capítulo XIII

Espacios de enlace

David baja la escalera del *ashram* entre la exuberante vegetación, concentrado. Acaba de imprimir el mail de Jacqueline y sentado a horcajadas sobre una escultura decorada con piedras violáceas, relea las primeras líneas con una sonrisa evocativa.

Querido hermano,

Hemos quedado todos azorados con tu increíble relato. Espero que hayas recibido la carta de Dina y corrobore que lo soñaste el mismísimo 23 de octubre, setenta y cinco años después de lo que Dina intuía aún sin saberlo. Nos reunimos para leer tu sueño con los datos de la última noche del bisabuelo en el gueto y nos miramos luego, sin saber qué decir. La verdad es que no logramos entender ni el acontecimiento, ni a ti mismo. Despertaste tantas interrogantes que no sabíamos por dónde empezar.

La primera, desde la noche que te fuiste: ¿por qué decidiste irte, por qué a la India: fue realmente una huida? Te fuiste de modo tan precipitado que nadie volvió a mencionarlo. Ausencia y desaparición marcan todo el entorno. La vieja inquietud latía dentro, apenas postergada. Tu relato la despertó con brusquedad y, qué curioso, retornó de otra manera y desde otro tiempo.

David levanta la vista en el momento en que Jaidev se acerca con paso ágil, vestido de pantalón blanco y *kurta* añil.

—¿Algo interesante? —pregunta.

—Mi hermana Jacque respondió —David le extiende el mensaje.

Jaidev toma asiento en los escalones de entrada dispuesto a leer.

—Quieren saber por qué viniste —ríe con calidez— tal vez ya puedas inaugurar tus propias respuestas —lo mira aguardando el gesto que no llega—. A ella tampoco la dejó indiferente tu partida.

David y Jairev continúan la lectura.

Pensé que el vértigo occidental es un huracán que te arranca la piel, te deja tan lacerado que uno necesita buscar refugio. David hermano ¿has logrado la concordia contigo mismo? Casi no me reconozco en las palabras que estoy utilizando, pero si fuera positiva tu respuesta –seguro que es uno de mis arranques– podría ir a meditar contigo.

También atravesamos el horror. Si lo que imaginamos se volvía real, nos espeluznó. Resultaba un fórceps. Por fin asumí tu opción como un alivio. Reeditaste un eslabón perdido en el momento preciso que lo estábamos convocando. Siempre creemos que la historia comienza con nosotros, y cerramos el paso a otros saberes, qué arrogantes somos. Leías cábala, física cuántica y yo me burlaba y lo único que logré fue que no compartieras más comentarios conmigo.

—La veo crecer. —Sonríe David evocando la arrogancia adolescente—. También me perturba el tiempo. La carta de Fruma que me hizo llegar durmió en el arcón de la abuela durante años. Venía de otros tiempos desgarrados, enloquecidos de destrucción.

Te leímos juntos una vez más junto al cenotafio. Nos conmovió mucho, te habíamos recuperado, esta vez tú estabas con nosotros. Fue una noche de Walpurgis¹⁸, nos reunimos los vivos y los muertos para ordenar nuestra historia. Tuve un impulso y le pedí a Grace que me permitiera continuar la lectura. Y lo que sucedió aumentó esa sensación de estar “out of joint”, como dijo Shakespeare.

El parque se estremeció, créeme. Cuando mencionaba el 23 de octubre, se sintió un estallido, sobre el arbusto, un rayo, un trueno, tal vez. Pero todos lo entendimos como una señal. El parque quedó en silencio. No pasó desapercibido, alguien recordó que el bisabuelo

¹⁸ La noche de Walpurgis se festeja en Europa Central, durante la noche del 30 de abril al 1 de mayo. También es conocida como la noche de brujas.

David tenía doce años cuando se salvó de un rayo que caía en el mar, en el momento en que salía del agua.

Fuimos armando un puzle impensado, la pesadilla de tía Ruth, Fruma con su misión correo, tu propia experiencia, todo empezó a adquirir sentido. El arcón atesoraba recuerdos que también congelaba. Cuando la tía tomó el relevo, ellos se desparecieron, sacudieron su modorra, asomaron con lagañas en la mirada. Y la familia pudo remover las huellas y procesar su propio relato.

Papá también afectado, confesó que se sentía en falta contigo. Rescató como siempre la línea masculina de la familia, al tío como modelo y acabó considerando que no era mera casualidad que tú, que llevas el nombre de nuestro bisabuelo, te hayas vuelto el eslabón de la información.

El universo ha dado unas volteretas estos días, es tiempo de definir el camino de nuestra relación con Alex, basta de miedos y postergaciones. Llegó mi tiempo de comprender que andar sueltos en nombre de la libertad no nos preserva de nada.

Estoy entendiendo tantas cosas... la vida no es una línea continua, es ruptura constante. Los lazos no cierran en un tú y yo. Un mundo de almas circula, nos susurra todo el tiempo, como en el parque. Como no podemos verlas, las negamos. Si los sucesos no recuperan su armonía, el tiempo los retiene hasta que podamos cerrar el circuito...

Un sentimiento cálido nos cobijó a todos, no queríamos separarnos. Fue un extraño día en el que nos cubrieron mensajes donde nunca hubo recuerdos.

Te imagino sonriendo con cierta ironía. Te he extrañado y ahora sé que hemos seguido conectados aun sin saberlo. Confieso que espero con avidez tus reflexiones. Te quiere como siempre... tal vez de otra manera,

Jacque

—Vamos por un té picante, de esos que te gustan —sugiere David para liberar tensión.

—¿Masala Chai? —pregunta Jaidev.

—Y las empanadas con salsa amarga, *samosas* —agrega David.

—¡Ya no tengo más nada que enseñarte, vamos!

PARTE III
La otra historia

Capítulo I
Frank, Mary, Molly

Suena el timbre. Cuando Frank se dirige a abrir la puerta, tiene que precipitarse a sujetarla porque el movimiento la hizo vacilar, aflojó los goznes y él tuvo que evitar la caída que habría concluido rompiendo las bisagras. “¡Ah! Justo a tiempo”. La exclamación adviene antes de ver siquiera quién está del otro lado.

—Diablos, tengo que arreglar la maldita puerta.

Entonces la ve.

—¡Maaary! ¡Eres Mary, vaya, cuánto hace que no te veo! —queda mirándola con arrobó—. Mira tú, qué mujer te has vuelto, estás preciosa, me encanta que hayas venido. Qué sorpresa me diste, ven, pasa.

Entretanto Mary se sonríe al ser testigo de la lucha de Frank con la puerta:

—Tío Frank, no has perdido tus rasgos más típicos.

—Es que todo se descompone, ¡qué mundo!, pero pasa Mary, qué gusto me da verte, ¡adelante!

Mary pasa al lado, roza su mejilla con la de él y entra. Él recompone la escuadra de la puerta cerrándola con fuerza.

Un sillón floreado, violeta y rosa claro, de tres cuerpos, forrado con una tela ya algo raída, ocupa el espacio pequeño. Frente a él una mesa baja de buenas dimensiones dispone de un vidrio protector. El otro sillón —rosado, de estilo más sencillo— hace esquina con el primero y a su lado, sobre la pared, se apoya una mesita de plástico en tono lila. A la izquierda del hall, un espacio abierto deja ver una mesa comedor, sillas y detrás una abertura con una cortina color crudo.

—Siéntate, Mary... qué linda visita, cuánto hace que no nos vemos, ¿cuántos años tienes?

—Treinta y dos, creo que hace más de diez años que no nos vemos.

—Ay, me disgustas. Así se me va el tiempo, la vida... ya tengo cincuenta y seis años, ¿cómo está Molly?

—Bueno, quiero hablarte de mi madre.

—¿Pasa algo malo? —Frank se detiene y la mira con atención esperando respuesta.

—No exactamente. En realidad, no sé bien cuál es la urgencia. Quise empezar a averiguar algo de la familia... si fuera posible, porque ya es tiempo.

—¿De la familia? Ven, cuéntame.

—¿Estás solo? ¿Tu familia?

—Ayer los chicos acompañaron a Ema a casa de su madre que estaba enferma. Yo tenía que trabajar, por eso me encuentras. Vuelven hoy de nochecita. Cuéntame Mary, ya estoy preocupado.

—Ay, tío, hace diez años que no se ven, los mismos diez años. Me da pena, mamá te quiere mucho.

—Y yo a ella.

—Has sido su protector, más que primos, o hermanos como les gusta llamarse.

Frank ríe.

—Sí, somos gente sencilla, somos un poco brutos, pero nos queremos.

—Es una extraña historia de cariño. Mamá nos contó que tú eras aún un niño cuando fuiste al orfanato a buscarla por tu propia cuenta.

Fank suspira. Es un hombre fuerte, delgado y alto. Se encamina a la sala próxima donde la mesa de comedor alberga una computadora y hojas en las que ha estado escribiendo. Al lado, hay una jarra con jugo que ofrece a Mary, atraviesa la cortina y entra a la cocina en busca de otro vaso. Servidos ambos, vuelve al sillón y tiende uno a Mary.

—Fueron días difíciles, esas cosas no se olvidan.

—Cuéntame, nunca te escuché contar esa historia a ti.

—¿Ahora?

—Sí. Antes de que pasen otros diez años.

—Está bien, voy a dedicarte mi tiempo con muchísimo gusto, las quiero a todas, a tu mamá, tu hermana y tu hija. Todas las mujercitas de mi familia.

Frank toma asiento, sorbe un trago del vaso, se arrellana con comodidad y suspirando, se toma unos segundos para sumergirse en la espiral de sus recuerdos, frunce los ojos y la nariz.

—Molly llegó a casa una tarde, de repente y sin aviso, porque el viejo la trajo. Era una bebita tan asustada que berreaba y sentí mucha pena por ella. Mi padre andaba nervioso en esos días, creo que tenía problemas de deudas, siempre las tuvo, pero esta vez, entró, dejó a la niña llorando sobre un sillón, se dio vuelta y se fue tan apurado como había llegado. Ni mamá ni yo sabíamos quién era la bebé, de dónde venía. Él no era de explicar mucho. Mamá la miró muy seria, vi que no le gustó nada la brutal imposición. Yo tenía seis o siete años y me acerqué despacio a mirarla y ella... ¡fue como un milagro! dejó de llorar. Me vio y me sonrió a mí, sólo a mí me sonrió, ¿te das cuenta? Me quedé tan impactado que desde ese mismo momento sentí que yo era lo único que esa pobre niña tenía.

—Fue un triste comienzo...

—Después fue peor. Nos teníamos que mudar de ciudad, todo era al galope en esos días, no sé qué negocios sucios tenía el viejo. Sé que tenía que irse de Los Ángeles. Dejó todo cortado, de verdad cortó todo, no se llevó ni el teléfono. Se desconectó de todo el mundo para que nadie le siguiera los pasos. Ni a los vecinos que eran amigos les dejó nuestra dirección.

—No sabía nada de eso.

—Llegamos a una ciudad modesta donde papá nos instaló como pudo y otra vez volvió a salir, volvía tarde, salía de nuevo, no sé... creo que pasaron así cuatro o cinco días sin que pudiéramos entender mucho y en medio de esa confusión sufrió el infarto. Se cayó en el piso, muerto. Nos quedamos mudos —hace un largo silencio impregnado de aquel recuerdo—. Cayó muerto. Nunca me voy olvidar. Mamá tuvo que organizar la vida de vuelta, te imaginas, buscar trabajo, atendernos... estaba desesperada, llegaba a casa y Molly lloraba, yo la cuidaba mientras mamá trabajaba, pero cuando ya no aguantó decidió entregarla. No pude hacer nada porque mi madre no la quería,

casi la culpaba de lo que había sucedido. Había un orfanato a dos o tres cuadras de donde estábamos, le vino bien, le facilitó la decisión y la llevó. Y nunca más volvió a verla.

El tío Frank parece despertar de una modorra y sacudiendo la cabeza, le dice a Mary:

—No sé por qué te estoy contando esta historia, perdona Mary —se levanta para agregar jugo a los vasos.

—Yo te pedí que me contaras, tío. Siempre quise saber qué pasó, pero mamá nunca lograba ordenar sus ideas.

—Era muy pequeña, no podía recordar aquellos inicios.

—Los tres quedaron desamparados... tu madre...

—Sí. Mi pobre madre vivió amargada, odiando a papá y todo lo que la hacía recordarlo, incluida tu madre. Se volvía cruel con ella, no fue fácil para mí, yo también terminaba llorando.

Otro silencio se vuelve necesario. Mary espera que Frank pueda continuar:

—Yo mismo acompañé a mamá para entregar a Molly, yo no quería hacerlo, lloraba. Pero me había propuesto saber dónde la dejaba, ¡porque ella era tan dura! La casa del hospicio estaba frente a una plaza. Me había fijado con mucho cuidado dónde era. Solíamos pasar con frecuencia por esa plaza, nunca logré que aceptara entrar. Yo iba solo a verla y no me dejaban entrar sin un adulto. Pasó mucho tiempo hasta que me lo permitieron, debió darles pena mi insistencia y su propia negativa. Me preguntaban por mamá y yo les decía que ella no tenía tiempo, que yo venía a ver a mi prima.

—Tenías que mentir...

—Las reglas eran las reglas.

—¿La visitabas a menudo?

—Cuando me dejaron pasar habían transcurrido tres o cuatro años. Ella no tenía ni idea de quién era yo, me miró con la boca abierta y se escondió en brazos de la cuidadora. Fue ella la que en pocos minutos me escuchó y captó de inmediato lo que sucedía. Se había encariñado con Molly y me habilitó el regreso al orfanato, ayudó a Molly a con-

fiar en mí, si no hubiera sido por ella... Entendió que yo importaba para que Molly tuviera alguien en su vida.

Mary se levanta, abraza al tío, apoya la mejilla en la de él, la retiene unos segundos y dice:

—Me haces pensar que yo existo porque tú apoyaste a mamá. Eras un niño...

Él toma su brazo y lo acaricia:

—Ya tenía once creo, me sentía muy responsable, le decía a Molly que cuando creciera me la iba a llevar conmigo. Volvía a casa llorando, pero no le decía a mi madre de dónde venía, me lo hubiera prohibido. Se enojaba, me decía que ese no era mi problema, que tampoco era el suyo. Aprendí a no hablar de eso.

Frank se levanta, se arrima a la ventana, corre un par de ráídos visillos y piensa en voz alta:

—Sabes Mary, creo que haber tenido alguien a quien cuidar tan temprano en la vida, también marcó mi camino. Me rescató del resentimiento, te das cuenta de que no me faltaba modelo ni motivos, me obligué a elegir cuidarla, eso me hacía sentir tan bien.

—Mamá —afirmó Mary—, guardaba un resentimiento de fondo, le costó acomodarse en la vida. Siempre fue rebelde, tal vez por esa falta de familia. La rebeldía la dejaba mal parada. Las familias que se ofrecían para adoptarla, no podían con ella. La traían de regreso o ella misma solía escapar. Cuando creció y se hizo más grande, se largaba sola por ahí, podía volver esa noche o no.

—Nunca pretendí ponerle reglas —Frank sonrío, levanta el índice y asiente—, me hubiera expulsado a mí también de su vida.

—Ahora entiendo más, me tuvo soltera. Para lo poco que nos contaba de su vida, tenía un tono siempre enojado, sí, rebelde... insubordinada. Pero cuando habla de ti usa otro tono, lo dice más despacio y menos gritado. Créeme tío, ella solo confió en ti. Te quiere, aunque no lo diga, aunque no venga a verte. “Cuando hay cosas bien puestas, no hay que andar por ahí reasegurándolas”, me decía cuando yo preguntaba por qué no te veíamos.

Ambos quedan con la sensación de llenar juntos, los huecos de información. Con un breve suspiro, Mary le informa a Frank:

—Pero ahora está enferma, tío, y el doctor necesita conocer sus antecedentes.

—Ah, eso te hizo venir... ¿qué le pasa?

—Hay una duda sobre la epilepsia. Apareció luego de una neumonía con mucha fiebre. Hay otros síntomas, pero los doctores quieren saber si hay antecedentes familiares. Tiene ausencias, estallidos de ira... Me pidieron que averiguara y es lo que intento. No impide el tratamiento, pero tengo que preguntarte si es posible averiguarlo.

—Nuu, me matas con esa pregunta, no tengo idea.

—Era sobrina de tu padre, tío. Hija de un hermano o hermana. ¿Sabes cómo llegó al país?

—Ay, Mary, me haces pensar cosas que no sé. A ver, —se levanta, trae la jarra de jugo y la vierte en los vasos sin ver que Mary hace una seña de no querer más— te cuento lo que recuerdo: estábamos en el tren que nos trasladaba de ciudad, los árboles pasaban tan rápido que no podía verlos. Mi padre me dijo “cuida a la niña, es tu prima, es hija de un tío tuyo...”

—¡Su hermano!

—Sí —Frank se da cuenta que tal vez pueda saber más de lo que él mismo cree—, debía ser, claro.

—¿Nunca lo pensaste?

—No era época de preguntas. Traté de cuidarla, ese fue el mensaje que entendí. Era lo que mi padre me pedía y lo único que me quedaba de él. Me pidió que la cuidara y se murió en seguida. Fue como su último deseo.

—Lo hiciste bien, tío.

—Me conmovía. Ella vino de alguna parte del mundo, sí, no era americana. Yo nací acá, mamá también, papá no...

—¿De dónde era?

—Rusia, Polonia, algo así.

—Europa.

—Sí, creo que sí. Yo tenía seis años, eso significa que fue en 1937.

—¿Cómo podemos saber más? Tu madre murió...

—No me parece que ella supiera. No quería a la niña y no quería saber nada. Solo alimentaba su propio rencor. Estás haciendo toda una investigación.

—Quiero ver si tenemos algún principio desde donde empezar. Tal vez el orfanato.

El episodio de la puerta se repetía. Frank abría, sujetaba aquel sólido rectángulo con fuerza, dejaba pasar a Mary y con un giro y un golpe seco, volvía a cerrarla. Pero esta vez Mary no hizo ningún comentario irónico, llegaba eufórica de alegría, blandiendo un documento en lo alto.

—Tío, mira lo que traigo. Estuve buscando la información. Aquí tengo los datos que recogí en el orfanato, ese que tu recuerdas, ese al que lograste entrar pese a todas las dificultades.

—No puedo creerlo, Mary, ¿lo hiciste?

—Si tú pudiste entrar siendo pequeño, ¿por qué no podría yo conseguir ahora esos datos?

—Oh, Mary, eres admirable... ha pasado tanto tiempo que nunca pensé... a ver qué dice el informe, léeme, me has revuelto la historia, ¡yo quiero también saber! Ayudarte, yo a ti, porque jamás se me hubiera ocurrido hacer solo esa movida.

—Te lo leo, mira, está sellado, correctamente firmado y dice eso que tú mismo viviste. Tú sabías ya casi todo —ríe— no sabías que sabías. Escucha. Te leo lo importante. Estoy encantada, tampoco creí..., no tenía la seguridad de que la documentación estuviera preservada. Escucha.

El ingreso data del 25 abril de 1940. Una niña fue inscrita por la Sra. Susan Grösentel. Dijo que tenía tres años, que su nombre era Molly, nacida en Polonia, Varsovia. Los padres la enviaron a Estados Unidos en abril

de 1937 con alguien a quién ella desconoce por completo. La niña fue entregada a su esposo, Mendel Grösental, quien unos meses más tarde falleció de un infarto el 29 de noviembre de 1938. Ella entrega a la niña por no poder mantenerla.

Observaciones. —Lo que el esposo le informó es que los padres de la niña eran polacos y murieron intentando huir a través de una frontera. Pretendían llegar a Estados Unidos y hacerse cargo de la niña. El padre de la niña era hermano del Sr. Mendel Grösental.

Frank se incorpora como si recién despertara. Interesado, expectante, pregunta:

—¿Enviaron a la niña primero y ellos no llegaron?

—Parece que así fue. Acá hay datos borroneados, a ver... parece que Mendel era judío, entonces los padres también lo serían.

—¿Judíos?

—Eso dice. Serían judíos, judíos de Polonia. Llegó en 1937, la guerra estalló en el 39.

—¿Quién trajo a Molly, entonces? ¿no dice?

Mary sacude la cabeza, se levanta, va hacia la ventana y mira concentrada en un punto.

—Esa fue la pregunta que te hice, tío. En el informe no aparece ningún dato, dice que la señora Grösental, ¿tu mamá, cierto? no lo sabía.

—Ah, Mary, en un momento ya sabes más que yo en años...

—He averiguado sí, pero no puedo avanzar más. ¿Qué más puedes decirme, tío?

—Mary sonrío y lo increpa con afecto—: ¿Te das cuenta de que salvaste a Molly de una posible muerte? 1937, salvaste a una judía de la garra nazi. —Mary sonrío con gesto caritativo—. Mamá tampoco debe saber que en realidad es judía.

Frank suelta una carcajada, lleva su antebrazo a la boca como para aminorar el efecto de la risa.

—Sabes de mí más que yo mismo. Salvé una niña judía. ¿Te das cuenta que soy un héroe de guerra? Tienes un tío héroe —aplaude contento—. Mary, me estás diciendo que yo nunca supe nada de mi vida. Y qué crees, cómo lo sabría Molly si nunca le importó nada de su historia. Nunca quiso saber.

—No parecía haber nada grato para querer saber. Bueno, tal vez por eso me hago cargo. Alguien tenía que hacerlo —dice Mary mientras abre los brazos y sacude los hombros.

Ambos se miran, conmovidos. Frank se levanta, gira sobre sí mismo, ofrece jugo a su sobrina, palmea su mejilla y se encamina hacia la ventana. Largo rato mira a lo lejos sin ver lo que circula por la calle. Luego vuelve a sentarse mientras sacude la cabeza de lado a lado.

—Déjame tratar de recordar. No sé qué decir, creo que mi padre me habló de esto una sola vez y tengo la imagen de un tren, solo podía ser el que nos trasladaba de Los Ángeles a Kentucky. Como siempre iba inquieto, disgustado, enojado, era lo habitual por eso lo recuerdo. No fue buen momento para recibir a Molly, no sé si algún momento lo hubiera sido. Pero el viaje en tren le dio un poco de paz para considerar la situación y dejar un camino trazado. Ni siquiera sé si él sabía que los padres de Molly habían sido asesinados, supongo que no. Pero dudo porque algo dijo y junto con sus palabras tuvo un gesto de pesar y de pena por Molly. No, no podía saberlo. No recuerdo nada, Mary, sólo puedo decirte que, si trato de fijar la memoria, todo se confunde más todavía. Eso se me viene a la cabeza, es lo que creo que me pasó, lo que sentí y ni siquiera sé si lo estoy inventando.

—Tío, —Mary respira con ansiedad— eso es lo que tenemos, si no sirve, no sirve. Pero tenemos que guiarnos por lo que recuerdas, no tenemos nada más —observa su reacción y lo estimula—: Sigue tío, sigue, no te detengas.

—No sé si lo supo por esa pareja...

—¿Pareja, qué pareja tío?

—Un matrimonio que venía a vivir a Estados Unidos.

—Tío, ese dato es importante, ¿te das cuenta?

Pero Frank, ensimismado en las imágenes que creía recordar, continúa dando cuenta de ellas.

—Recuerdo su rostro gris, derrotado. No sé si repito los datos del orfanato o realmente los datos me ayudaron a conectar estas ideas que ni sé si son mías. Diría que me encomendó cuidar de la niña, como si supiera que iba a morir.

—Él debió saber sus nombres cuando fue a recoger a la niña.

—Debió saber, sí. Me contó lo necesario para pedirme que la cuidara. Estaba fuera de sí, yo lo miraba disgustado, nunca estaba con nosotros. Me imagino que no le importó quiénes la trajeron, me imagino que los despachó de modo grosero, como supo hacer siempre. — Frank vuelve de su estado de vacilación, de aquel tiempo de niño tan poco conducente como lo es la crítica estéril en la que agoniza la vieja demanda—. Tal vez le dio miedo que le pidieran dinero, siempre lo estaban persiguiendo por eso. Esa vez había que desaparecer de Los Ángeles, desaparecer para siempre. Nos mudamos de ciudad y allí se corta todo, no sé decir más.

—¿No recuerdas dónde la recibió, el lugar en que le fue dada la bebé?

—Aunque nunca dijo nada fue en 1937, el puerto de entrada a la inmigración era Nueva York. Ellos seguramente llegaron allí.

—“Ellos”, estás hablando de... ¿la pareja? —Frank asiente aún asombrado de los datos que está aportando— ¿Y cómo pudieron ingresar a la niña?

—No, no sé nada de eso. Se iban a instalar en... tal vez Nueva York, había un contrato para trabajar allá o algo así. No sé ni qué estoy diciendo.

—Tal vez tu padre te lo comentó, eras un niño.

—¿Crees que sea verdad?

—Son los datos que tenemos, tío. —piensa y agrega—: dijiste que el único lugar de acceso de los barcos era el puerto de New York en aquella época, eso es definitivo. Había un flujo importante de inmigrantes del mundo, sin duda.

Ahora es Mary la que se levanta y va hacia la ventana. Ella misma se sirve más jugo, se demora sobre la mesita donde un caballo de porcelana tiene una inscripción infantil que reza Pegaso, y de pronto comienza a aplaudir y saltar de alegría.

—Tío, el puerto, seguramente habrá archivos que detecten una pareja de inmigrantes de Polonia con una bebida... ¡apuesto a que sí!

Frank muestra su ceño arrugado.

—¿Puede ser posible encontrarlos? Crees que... te parece... han pasado... 1937... 1987... ¡cincuenta años, Mary!

—Es un país maravilloso, acabas de decirlo —ríe Mary—. Habrá archivos, registros de aquellos años, por qué no, busquemos ayuda.

Informe de la Administración del puerto en Nueva York{Aplicarle un formato a este subtítulo}

Ya conocemos el inicio de la escena. Ninguna variación. Suena el timbre en casa de Frank y cuando él se dispone a abrir la puerta ya está preparado para evitar la caída. Justo a tiempo. El mismo comentario también se repite.

—Diablos, tengo que arreglar la maldita puerta.

Entonces la mira. El gesto de Mary es elocuente.

—Creo que esta situación ya la conozco —suelta carcajada—. Hola tío, me da gusto verte así y sentir... ¡ese es mi tío! —dice con orgullo.

—Ay, sí, querida, no he tenido tiempo de arreglarla, nadie ayuda. Pasa, pasa que Ema fue a hacer unas compras y ya vuelve. Me dijo que quería verte, no te vayas.

—Tío, estoy muy apurada, pasaba por aquí para mostrarte el certificado que quedamos en localizar. El abogado acaba de dármelo y merecemos compartirlo.

—Ven, pasa, siéntate. Otro milagro me traes.

—Nos va a llevar unos minutos. Estoy preparando una carta para los Wanke, y ya imagino que me responden, y ya quisiera leerte su respuesta.

—¿Los Wanke?

—Escucha que te leo —antes de que Frank pueda reaccionar, carraspea y con voz fuerte gira apenas la cabeza en alto y comienza a leer lenta y gozosamente:

El 14 de abril de 1937, la fecha que tú dijiste, la autoridad portuaria registró el ingreso... etcétera, etcétera, a Estados Unidos del matrimonio proveniente de Varsovia, Polonia. Polonia, tío, Polonia, compuesto por Stepan Wanke y Jana Bergman, conjuntamente con el de Masza, la bebé que ellos asumieron como propia. ¿Ves que iban a quedarse con ella, tío Frank? Arribaron en el barco... ¡lo logramos, tío, lo logramos! “Se expide el presente certificado a solicitud de parte interesada el 15 de agosto de 1995”.

—Mary, es magia —Frank queda boquiabierto—. Ema no va a creerme.

—Míralo, para que estés seguro de que lo conseguimos —y extiende el certificado. Frank lo mira, sin atreverse a tocarlo.

La administración de puertos de los Estados Unidos de Norteamérica deja constancia que el 14 de abril del año 1937, el señor Stepan Wanke, su esposa Jana Bergman y una bebé de sexo femenino, Masza, que asumieron como hija propia, arribaron en el barco Mayflower III a nuestras costas.

Se expide el presente certificado a solicitud de parte interesada el 15 de agosto de 1995.

—Sellado, firmado, me quiero desmayar ¿cómo lo lograste, adónde tuviste que ir?

De pronto entorna los ojos, la mira por encima de supuestos lentes que no tiene y le espeta:

—Mary, qué hiciste, ¿qué tuviste que hacer para conseguir eso?

—Tío Frank —Mary suelta una carcajada divertida—, lo obtuvo el abogado que se ocupó de solicitar esa nota.

—No puedo creer que haya sido tan fácil. —Frank piensa un rato y plantea su desconcierto—: Pero ¿no había llegado más nadie en ese barco, fueron los únicos?

Frank ríe divertido en medio de su incredulidad. Mary lo secunda y ríe con él.

—Nunca lo hubiera imaginado —Frank deja la boca con el gesto de sorpresa congelado.

—El abogado tomó los datos —explica Mary—. Había como otras cien personas posibles para explorar. Pero llegados con un bebé, apenas unos pocos. La otra gente no tenía papeles de Polonia, o llegaban de paso. Él venía con un contrato de trabajo, como traductor. Tú lo dijiste. Eso no lo decía el certificado, estaba en observaciones, pero ahí estaba. El resto eran niños más grandes. Créeme, eso ha sucedido.

—Mary, tomemos una cerveza para festejar —y sale rumbo a la cocina mientras murmura— traductor... eso también ayuda, ¿no crees?

Mary va tras él. Vuelven con sendas jarras que entrechocan sonriendo.

—Somos un equipo invencible, tío —brinda Mary—. Ahora hemos de localizarlos. En principio podemos probar buscando su nombre en la guía telefónica.

—No tironees tanto de la suerte...

—Pues llevamos muchos años de retraso.

—¡Maravilloso país! —exclama Frank sonriendo.

—Sí. Por suerte —levanta la cabeza bruscamente y agrega—: no te olvides que seguimos bajo vigilancia eterna. Ya lo estábamos en 1937 ¿cierto?

—Bueno —Frank capta el mensaje— ¡no deja de ser útil!

—A veces...

Capítulo II

La comunicación fuera del tiempo

1ª Carta desde Kentucky de Mary a Jana y Stepan}

Louisville, 12 de mayo 1996

Señores Jana y Stepan Wanke

No sé cómo comenzar esta carta.

Les contaré en otra oportunidad cómo di con ustedes. Fue una tarea llena de obstáculos que me llevó meses de preocupación, de consultas equivocadas y de volver a organizar la búsqueda. Pero soy una mujer empecinada, por mérito o por defecto, lo importante es que logré localizarlos. Es doble entonces, mi placer de escribirles.

También corresponde decirles que alguien está ayudándome a escribir la carta. No soy muy hábil para escribir y no quiero exponerlos al horror de mi ortografía.

Soy Mary, la hija de Molly. Apostaría a que no olvidaron a mi madre. Ella era la bebé que se salvó gracias a ustedes, cuando tuvieron el increíble gesto de traerla desde Varsovia en el barco en 1937. Creo que quedó documentada en el puerto como Masza.

Confieso que me emociona poder decirlo, poder hacerles llegar un agradecimiento que ha esperado tanto tiempo para arribar a destino. Hay detrás de este vacío de sesenta años, una historia compleja, difícil, penosa. Prometo compartirla con ustedes apenas reciba una respuesta que abra la posibilidad de conectarnos.

Dar con ustedes es un deseo largamente soñado, sin tramitar. Creo que debió hacerlo mi madre, pero cuando tuve conciencia de ello y pude hacerle esa demanda, ella no estaba a la altura de poder encarar semejante tarea. Lo que me ha animado a buscarlos ahora es que mi madre, Molly, está enferma. El médico sostiene que necesita datos genéticos que le permitan abordar mejor su caso. No creo

en verdad que eso sea imprescindible, ya está en tratamiento de todos modos. Personalmente creo que una de las razones de su sostenido malestar reside en la historia de vida, tan dura que le ha tocado protagonizar. El potencial siempre ha sido más instintivo y empeinado que consciente y racional. De modo que la preocupación de hoy la asumo yo, supongo que es lo que hacemos los hijos cuando nuestros padres dejan caer el timón. Y además, puedo realizar mi vieja expectativa de dar con ustedes. Pero ya estoy ofreciendo información, sin saber si desean escuchar la historia, si les interesa conectarse luego de tantos años. Siquiera si esta carta llega a sus manos.

Por mi parte sostengo la ansiedad de intercambiar este relato con el vuestro. De buscar un punto de encuentro entre mundos que se han desconectado de esa terrible manera. Siento que algo de mi familia también está ligado a los Wanke, muy estrechamente. Ojalá me escriban.

Aguardando con ansiedad su respuesta

Los saluda del fondo del corazón,

Mary

Segunda carta de Mary a Jane en respuesta a la recibida:

Louisville, 30 de junio de 1997

Señor y Señora Wanke

Jane y Stepan ya muy queridos:

Loado sea Jesucristo que me ha escuchado y he recibido de su parte una de las cartas más mágicas que alguien pueda recordar. Gracias por escribir, gracias por estar, gracias por preguntar, gracias por ocuparse de mi madre y de mi propia inquietud.

He quedado encantada con el nombre original que me corroboran era de mi madre. Me imaginaba que Molly no debía ser su nombre de nacimiento. Masza suena tan dulce que me despierta el deseo de

llamarla así. Hacerlo me da una ilusión: la de imaginar qué otra vida pudo haber tenido ella si ese nombre se hubiera sostenido. Pero si me salgo de la ilusión, creo que no podría llamarla de otra manera. Sobre todo, porque no obtendría ni comprensión ni tampoco su consentimiento.

Me entenece saber, a través del relato que ustedes me enviaron, que aquella niña venía con un envoltorio en el que daba cuenta de su identidad, una carta, el libro de oraciones y el manto de orar del padre. Casi no puedo creer que a pesar de vuestro dolor al no haberlo podido entregar, el paquete aún figura entre sus pertenencias. Ese gesto dice de la educación y gentileza que los caracteriza. No sé si mamá podrá apreciarlo, a veces está en condiciones de entender, otras su pensamiento se pierde en lontananza. Le mencioné vuestra carta, se la puse en la mano, pero quedó mirando al horizonte. Tal vez comprendió y no había respuesta posible.

Lo que puedo asegurarles es que para mí sería un precioso tesoro tenerlo conmigo si están dispuestos a entregarlo. He pensado que tal vez la vida cierra en las siguientes generaciones lo que ha quedado abierto e interrumpido en las anteriores.

Respecto a la imposibilidad de rastrear la genética familiar de mi madre y vuestro total desconocimiento de la historia posterior, era una respuesta que ya me temía. Otra opción habría sido un milagro. Pido disculpas, pero tenía que preguntarles.

Creo que debo desplegar ante ustedes la historia de lo sucedido de este lado, aunque no haya sido explícito. El tío Mendel, a quien ustedes entregaron la bebé, murió al poco tiempo. Era un hombre que tenía problemas con la ley, muy tosco como ustedes seguramente pudieron comprobar. Frank lo describía, imaginando también el destrato que les habría hecho sufrir, amén de no pensar siquiera volver a conectarse con ustedes. Sin duda fue eso lo que les impidió localizar a la niña.

También me gustaría saldar esa deuda, no por él, a quien nunca conocí, sino por un reconocimiento que nadie les ofreció cuando ustedes lo merecieron.

La versión ajustada del tío Frank –hijo de Mendel– es que su padre huía de sus acreedores y desaparecía sin dejar pista. Se cambió de ciudad con su esposa e hijo de seis años, Frank, y la niña que acababa de recibir. La fatalidad quiso que unos días después sufriera un infarto y falleciera.

Puedo imaginar el dolor que les causó el tío Mendel que, en lugar de recibir a la bebé con cariño, se las arrebató, los miró con indiferencia sin agradecerles y les espetó: “Bueno, ahora olvidense”. Me quedó grabada la frase con la que Jane describe ese comportamiento que no les dio tiempo de reaccionar: “se dio vuelta y se fue, llevándose a la niña”. Me llega al alma saber el desconcierto al que los sometió desapareciendo, sin otra opción cuando ustedes estaban dispuestos a adoptar a la niña, también el hecho de que buscaran sin poder localizarla y me conmueve aún, su entusiasmo por saber de todos nosotros. Lo que no supe evaluar fue la dificultad de enviar cartas a Varsovia intentando averiguar de la niña que acá se les había escurrido de las manos. Tampoco me di cuenta de la imposibilidad de establecer misivas hacia una zona incomunicada, que ya estaría en guerra. Recién ahora me doy cuenta de ello.

Debo revelarles algo que me impactó tanto como tal vez lo hará a ustedes. El origen judío de mi madre tuvo un desvío inesperado: nosotros somos cristianos. La religión no es algo que nos quite el sueño, pero, sin pretender justificarme, quiero transmitirles lo sucedido. Ya no vivía Mendel cuando, pasados un par de años, su mujer, Susan Grösentel entregó a la niña a un orfanato inscribiéndola como Molly. Allí se crió con la formación cristiana que recibía en la institución.

Ay, mi estimada Jane, créame, desde su nacimiento mi pobre madre parece destinada a sufrir una cadena de infortunios sin ninguna figura que la proteja. Todos los lazos familiares se malograron: sus padres polacos, asesinados sin volver a verla, tratando de huir por no sé cuál frontera pretendiendo llegar a nuestro país. Digo sus padres y creo que es la primera vez que puedo pensarlos y llamarlos

“mis abuelos”. Sabe, Jane, es una curiosa sensación de primavera con fruta fresca y sombras encubiertas rondando. Hay que rescatar lo que resulta positivo, Molly sobrevivió gracias a ustedes.

En nuestro país, en los primeros tiempos mi madre continuó sufriendo abandonos. Fue Frank, el hijo de aquel tío, el primo Frank, un niño en aquellas horas, quien se empeñó en conservar el vínculo y ampararla. Un niño. Hoy, con mi tío Frank, hemos logrado dar los pasos necesarios para que yo pueda enviarles esta carta. A veces pienso en ella como si cumpliera un destino, siempre desahuciada, pero siempre rescatada. Tal vez sea el ejemplo de su capacidad de resiliencia.

Lo que nos preocupa ahora de ella, es que padece depresión, que pierde la memoria, que nunca nos queda claro qué le sucede. Hay momentos en que parece una más entre nosotros, pero de pronto se abstrae de una conversación, no la sigue o no entiende y parece que ya no está ahí. A veces le sobreviene un ataque de ira que sin poder justificarlo la hace gritar o golpear algo y tiembla. No parece haber una patología que coincida con los síntomas por lo cual creemos que el origen de sus padecimientos no es genético, sino que corresponde a su historia.

Deseo en el alma conocerlos. Casi no me atrevo –me ha costado decidirme– a invitarlos a mi humilde casa. Sería para mí un honor recibirlos e intercambiar todo lo que ha quedado pendiendo del hilo del tiempo. Me gustaría que conozcan a mi madre y recibir con todo cariño el sobre que contiene sus orígenes, que siento como mi herencia. Sería como acercar los tiempos junto con las distancias.

Su carta me ha hecho feliz, quedo a la espera de su respuesta, cuando ustedes dispongan. Si les resulta difícil el traslado, díganme dónde les resulta más cómodo encontrarnos y acercarnos.

Con agradecimiento y cariño, de ustedes

Mary

P. D. Les adjunto datos básicos para continuar la comunicación por Internet, ahora que estamos en contacto.

Les envío, además, el informe médico que promovió la interrogante genética. Y aunque no esté destinado a ser de utilidad, creo, por respeto a ustedes, que debo hacerlo.

Informe médico

La Sra. Molly Grösentel presenta conductas complejas y absurdas con accesos de ira seguidos de actos automáticos, amnésicos, gestuales y verbales, que culminan en un estado de depresión.

Circunstancias emocionales a lo largo de su vida, son factores que podrían justificar por sí solos el desencadenamiento de la crisis. Las causas que nos interesa diferenciar son, de su historia genética, traumatismos craneales, tumores, procesos vasculares, o parentesco mórbido (migrañas, asma) de incidencia epiléptica o EEG con trazados anormales.

Capítulo III

Efectos del silencio

—¿Qué ha pasado, Mary? —inquire Frank con la hoja en la mano.

—Esta vez no me contestaron, tío...

El tránsito es ágil y constante en la ancha avenida que no da descanso con sus estridencias. En el bulevar, el tío Frank, sentado en uno de los bancos lee las misivas que Mary ha enviado a “los tíos”, como ambos llaman a Jane y Stepan. Es un encuentro algo inusitado en un lugar que ellos mismos no frecuentan. Frank ha entregado un informe en la administración del hipódromo donde trabaja y debe aguardar la aprobación del pago que le corresponde. Mary ha accedido al encuentro en ese lugar, punto que le es válido como desvío para trasladarse en su siguiente transporte y llegar a destino. Hoy le toca horario nocturno en la fábrica. Mientras Frank se concentra en la lectura, Mary fuma y se pasea algo impaciente al costado del césped. Abrigada por una campera un poco gastada, mira el reloj y evalúa el tiempo para llegar al trabajo. No hay apuro por partir. Se permite entonces distenderse, sentarse al lado del tío Frank y aguardar a que él termine la lectura de las dos cartas. El tibio sol del crepúsculo los cobija en el cruce de caminos y el sencillo banco de piedra se ofrece a sostener el breve momento del encuentro. Frank ha leído varias veces las cartas y levanta la cabeza hacia Mary que a su lado, aguarda un comentario.

—Mary, estoy sorprendido y complacido de lo bien que se leen tus cartas. No sabía que escribías tan lindo, mi querida.

—Me ayudaron, tío. Me daba vergüenza escribir mal, con faltas. La que me ayudó me dejó la copia de lo que le había escrito. Yo quería que tú lo supieras también.

Frank golpetea las copias que Mary le ha extendido y pregunta:

—¿...pero no te contestaron? ¿Probaste volver a escribir?

—No sé, insistir no es de gente bien...

—Mary, si la primera respuesta de ellos fue tan amable como dices, ¿no la tienes?

—No, pero te cuento lo que me escribieron...

—A ver Mary, no me cierra, tú que eres tan prolija me muestras las que escribiste y no me traes la que recibiste, qué pasó, ¿la perdiste?

—No, tío, sucede que se la dejé a mamá, a ver si la leía, esperando que la ayudara a... no sé, ordenar alguna pregunta, ver si eso la hacía pensar o decir algo, nunca habló de su vida, nunca dijo nada...

—¿Y leyó la carta?

—La miró, le expliqué de quiénes era, desvió la vista y se quedó mirando el techo, muy seria. No dije nada, no le pregunté nada. Solo ofrecí leérsela, “tiene que ver con tu nacimiento, –le dije– cómo llegaste acá, quiénes eran tus padres, porque nunca supiste de ellos”. – Mary tiene una mirada triste–. Quería que la tuviera en la mano por unos días, tío Frank. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Recuerdas qué decía?

—Contaba cómo les iba a los judíos en Polonia. Ellos son todos de Varsovia. Mamá se llamaba Masza, ¿sabías?

Frank ríe.

—No, claro –se queda sonriendo—. Masha, Masha, vaya, suena suavcito, es como un purecito, ja, ja. Me gusta el nombre, suena rico. ¿Cómo se escribe?

—M-a-s-z-a –deletrea Mary con una sonrisa.

—Qué querrá decir en polaco...

—No tengo idea, debería preguntarles. Pero ellos hablaban de los judíos, que no vivían bien, tío, la gente los odiaba, los mismos cristianos los odiaban. Les fue peor cuando murió un gobernador que los protegía. Ahí empezaron ataques antisemitas, no podían estudiar, tenían pocos lugares para ellos en la universidad, me impresionó mucho esa historia.

—Acá no pasaba nada de eso, es difícil de entender.

—La gente les hacía el boicot a los judíos. Empezaron las matanzas con Hitler en el poder, cuando los tíos ya estaban acá. Decían que atacaban los comercios judíos y los robaban. Les rompían los vidrios.

—¿Por qué?

—Parece que suponían que los judíos apoyaban a los rusos.

—¿Y los apoyaban?

—No sé. Pero los empujaban a irse del país —la mirada de Mary se extiende hacia más lejos por unos instantes—. *Los tíos* se fueron, la gente que podía se iba. Los padres de Masza también trataron de irse. Ellos vivían amenazados, al padre lo vigilaban. Cuando decidieron salir del país no les dieron pasaporte. Trató de falsificar documentos para él, su esposa y para otros, pero al final lo descubrieron, lo arrestaron, lo hicieron confesar.

—¿Y lo mataron?

—No, de Varsovia logró huir porque había pagado mucho dinero. La desgracia fue en las otras fronteras. Jane escribió con detalles cómo llegaron ellos con mamá a nuestro país. Porque los tíos, Stepan mejor dicho, que venía como traductor contratado, no era judío y tramitó el pasaporte sin problemas. Tenía un amigo que lo ayudó a inscribir a Jane como no judía. A ese mismo amigo recurrió el padre de Masza, le pidió ayuda para salvar a la niña recién nacida. Eso sucedía cuando Stepan y Jane se preparaban para venir a nuestro país. Eso también los hizo apresurar el viaje. Dijo que la traían como hija propia con la intención de entregarla al tío Mendel, tu padre.

—Y los padres de Molly ¿no podían dejar el país?

—Legalmente no, pero tenían un plan. Jane y Stepan traerían a la niña y ellos iban a llegar después. Era más fácil que escaparan ellos solos por la frontera, llevar la bebé era muy riesgoso —Mary abre los brazos con desaliento—. Pero nunca llegaron. En la frontera donde iban a pasar los tirotearon.

—¿Por la documentación?

—No. Los traicionó el soldado a quien le habían pagado.

—¡Qué gente era esa, eh! Qué carta más fea te mandaron.

—No, tío, contaron esas cosas, pero te juro que era una linda carta. Cariñosos, estaban muy felices de saber finalmente de aquella niña. Fue duro para ellos porque iban a adoptarla con todo cariño.

Era importante que una judía se hubiera salvado. Murieron muchos, seis millones de judíos...

—Yo tenía catorce, quince años cuando terminó la guerra.

—¿Te acuerdas?

—Nuestro país intervino al final y fue muy importante, ayudó a ganar la guerra. Todos estábamos orgullosos y festejábamos por las calles, era una fiesta. Nuestros soldados volvían triunfadores, desfilaron y los aplaudíamos mucho, estábamos muy contentos, eran nuestros héroes.

—Y todavía tienen el paquete con recuerdos que les entregaron junto con la niña. Pero como tu padre no los volvió a contactar nunca pudieron dárselo —su mirada parece ocuparse en escudriñar un pasado que jamás podía pertenecerle—. Yo esperaba que pudiéramos vernos, conocernos, recibir ese libro y darle a mamá en la mano algo que fue de sus padres.

Frank se levanta, se estira y se apoya sobre el respaldo del banco.

—Realmente Mary, qué momento para los padres desprenderse de su hijita de meses.

Mary se levanta, gira despacio en torno al banco de piedra, se acerca a él y repite el gesto de inclinarse sobre el respaldo.

—Qué tristeza me viene, tío, al pensar que a mi niña, apenas nacida, hubiera tenido que abandonarla o entregarla, me hubiera querido morir.

—Sí, también yo me hubiera sentido así si hubiese tenido que entregar a mi hijo.

Un largo silencio los envuelve.

—Era una linda carta, tenía perspectivas, me había despertado ilusiones de encontrarnos, hubiera sido como agrandar la familia con tíos, abuelos, recuerdos, una verdadera historia completa, no en pedazos.

—No lo dudo, Mary.

—Pero no contestaron la segunda carta.

—Tal vez haya que esperar un poco, entonces.

—Mandé otra en octubre del 97 solo para saber si había pasado algo. Tampoco hubo respuesta. Ha pasado más de un año...

—¿Qué podríamos hacer? Tengo un conocido que vive en New York.

—Ah, eso sería una buena opción, pedirle que averigüe si aún viven allí. Ya es gente mayor.

—Sí, es buena idea, Mary, se lo pediremos a James. Puedo conseguir su teléfono. Ánimo Mary, no te olvides que hemos sido muy eficientes como equipo, no pierdas las esperanzas.

—Debe haber sucedido algo muy importante, tengo un muy penoso presentimiento. Tal vez por eso demoré la espera. ¡No quiero recibir malas noticias!

Capítulo IV

Ahora por mail...

New York, 23 de agosto del 2010

¡Oh, Mary! Soy Ruth, soy la hija de Jana. Le escribo sumergida en una nube de incógnitas que parecen vedadas a la comprensión humana. Le escribo porque alguien pasó por casa, un Sr. James que dejó una nota con su dirección de email, pidiendo que le escribiera. Fue un acontecimiento muy extraño, pero puedo decirle que, sin saberlo, algo en mí sabía. Nunca vi al Sr. James, pero aquel breve reclamo removi6 todo lo que había quedado por el camino y corrí de inmediato al arc6n donde mi madre guardaba sus tesoros. All6, un sobre de pana aterciopelada con una blanca estrella de David dormía el sueño de los justos. Era la clave que ligaba la inc6gnita. Por supuesto que nada de eso pens6 en el momento. Registr6 aquel envoltorio de pana y se me qued6 en suspenso esa sensaci6n de estar ante una historia de vida que se me negaba. Acced6 al ba6l el mismo d6a que mi madre vol6 al cielo.

Era un envoltorio de pana azul prolijamente cerrado, con direcciones e instrucciones escritas, preparado para ser entregado. Contenía una foto de la bebida que fue su madre, la de sus padres con gesto preocupado y mirada incierta. Sonrío al llenar los blancos de la historia que en ese momento desconocía. Había también una carta, una Biblia y el manto para orar que debió ser de su padre. Es de rigor porque son los elementos que pasan de una generaci6n a otra como un mandato incorporado. Recuerdo cu6nto me desconcertaron esos retazos de historia. El tiempo quiebra todo a su capricho, reci6n ahora contigo, descubro qu6 significan y a qui6n pertenecen.

Se imagina, Mary, ya estoy con el sobre en la mano, explorando ahora con m6s cuidado. Junto al libro hay dos hojas dobladas

prolijamente. Dos cartas con su nombre, Mary, que mi madre había guardado. Tomo un par de minutos para hojearlas y juro que me siento conmovida por la humildad, por esas cartas postergadas aguardando confiadas a que alguien viniera por ellas. Apenas puedo creer que ese alguien iba a ser yo. ¿Yo, la destinataria...? El tiempo se desquicia.

Veo que la primera está fechada hace doce largos e increíbles años, una historia del tiempo. La segunda, un año después, me llena de congoja. Mi madre te respondió y dejó un sueño inconcluso, protagonistas suspendidos. La historia que recién retorna para recobrar el derecho a existir y completar el puzle.

Tu carta permaneció como testigo del suspenso... oh, te escribo sin darme cuenta del tono familiar que lleva implícito. No voy a corregirlo, así empiezo a sentirte.

Ahora que sé que este mail va a llegarte, la extrañeza se me queda entre los dedos y el teclado. No siento urgencia de apurar la acción. Siento el espíritu del misterio girar y ascender en volutas al cosmos mientras un coro de Bach anuncia al cielo que concluye la hora de su peregrinaje.

Esta historia ha transcurrido a los saltos, desgarrada. Sugiero que diseñemos juntas el postergado final.

Sucedió que mi madre sufrió una caída con fractura en las vértebras terminales. La morfina trajo aparejado lagunas en la memoria. Su conciencia perdió el lazo, no sabía siquiera de dónde provenía aquel microjardín exquisitamente decorado que poblaba su balcón. Aquel regalo de cumpleaños, tan soñado por ella.

Y el disgusto se hizo un lugar. Mi querido padre no sobrevivió a dos infartos. Quedamos abandonados de aquel hombre entrañable y sabio. Algo se había roto para siempre. Era el inicio del cambio generacional.

Entonces, Mary, tu nota había llegado en mal momento. La tengo entre mis manos, junto al envoltorio que no pudo entregarse al tío Mendel. El tiempo administra los sucesos a su capricho. Si el tío

Mendel hubiese vuelto, habría quedado en manos de tu madre. Pero alegrémonos, el legado retornará a ti.

Sabes, mamá pasó de un sueño al otro, con un rostro tan distendido como pocas veces le he visto, apacible, hermosa y reconciliada consigo misma. Abi y yo la imaginamos en brazos de papá, rodeada de la familia. La cadena de sus afectos fluía por fin. Era el refugio que solía imaginar y desear.

Dejé pasar unos días antes de enviarte el mail. Reviví la sensación de haber llevado siempre conmigo un vacío familiar, ese vacío familiar que pesó siempre. Y sabes, cuando me dispuse a escribirte, me dije, tengo que escribirle a mi prima.

La idea de armonía me hace pensar en un eslabón que recupera un lazo y repara lo que el destino hurtó. Nuestra misión instalaría la calma en mi pecho y concedería descanso a nuestros ancestros.

Quedo esperando confiada y con alegría tu mail en respuesta
Ruth

Capítulo V

El encuentro

El aeropuerto de Louisville está de bote en bote. Acaba de llegar un viaje de New York y vemos a Mary mirar con ansiedad la puerta que se abre todo el tiempo para dejar ingresar a los que acaban de arribar

Pasa gente a los lados, se suceden abrazos, valijas enormes arrastradas por hombres, niños acarreado pequeñas mochilas, madres vigilando a sus vástagos para no perderlos de vista. La algarabía del público ensordece y bloquea constantemente la vista de la puerta vaivén cada vez que una miscelánea de gente ingresa, sin tiempo de clasificarla.

Dispone de una foto, pero teme no localizar con suficiente rapidez a Ruth. ¡Esa debe ser!, se dice de pronto, clavando la vista en una señora mayor, vestida con una chaqueta gris, una falda con matices soleados, cargando una valija mediana de cuero, que se ha detenido y dirige una larga mirada sobre la multitud. Espera, sin duda, que alguien se aperciba de que ha llegado y Mary prometió esperarla. De todos modos, tiene hotel y una reserva, no hay riesgo de extraviarse.

Mary no pierde tiempo, se va acercando a ella, pero en ese momento otra mujer de una edad aproximada aparece radiante atravesando la puerta, vestida con vaqueros, una chaqueta color bordó con tachas y un enorme bolso. Cuando se quita los lentes de sol deja ver un rostro maquillado con energía y el ancho sombrero negro y bordó que permanece en sus manos. Agita el brazo sin dirección definida, levanta el sombrero en dirección a la multitud, regala su espléndida sonrisa seguida de un amplio movimiento de vaivén. El sombrero va soltando cintas de colores que amenazan desprenderse en el siguiente sacudón.

La vacilación que asalta a Mary no se demora más que en el primer vistazo. Con decisión se va acercando a la señora de gris. Ya próxima, Ruth la ve venir, se sonríe y se acerca a ella. Un encuentro más en el marco de las bienvenidas, una mirada de reconocimiento de ambas,

un abrazo efusivo, unas pocas palabras. La oferta de llevar la maleta que Ruth rechaza, se entremezcla con sonrisas que transitan en el corredor por el cual Mary conduce a Ruth en el camino de salida.

Instaladas en el pequeño auto de Mary, Ruth acaba de invitarla a cenar esa noche en el restaurant que ella elija. Le pide que, si dispone de tiempo en el momento, le permita dejar la maleta en su habitación y bajará en seguida a tomar juntas algo en el bar.

Mary se ha esmerado en su vestimenta, sin lujos ni prendas caras, se siente a gusto con el vestido verde claro y diseño de flores en verde oscuro, cartera y zapatos al tono.

Le explica a Ruth que su tío Frank está interesado en conocerla, que muy modestamente quieren invitarla a casa, que estará presente la esposa de él, no sabe si los niños y que espera que su madre ya esté en el lugar. Y aunque lejos están de prever sus reacciones, al menos la presencia permitirá que Ruth pueda conocerla. Y –agrega un poco turbada– que ya estarían esperándolas, si ella acepta.

Ruth, conmovida, se apresura a asentir.

Cuando suena el timbre, Frank abre la puerta sin que amenace desplomarse. El alivio se dibuja en el semblante de Mary al darle paso a una Ruth radiante, que acarrea consigo un bolso del cual asoma un envoltorio de pana azul.

La presentación que Mary hace de Frank a Ruth, conmueve a ambos. Antes de aproximar el cuerpo para un saludo formal, ambos entrelazan una mirada sostenida, conscientes de una historia hecha de trizas, en constante desaparición de sus personajes, que, sin adherir al criterio de nuestra lógica, retornan a destiempo, demorados y ya sin protagonismo. Removidos los recuerdos de él, inéditos los de ella que recién se introduce en esa vida, aquellos viejos y ajenos acontecimientos se han escabullido hasta esta época.

Los rostros reflejan la sensibilidad del momento; pasado y presente desconcertados de verse cara a cara; el propio espacio extrañado ante el relato; una impronta confusa que al albergar la trama, deja como huella una premura por saldar deudas más allá de cualquier otra dimensión.

Por un lapso prolongado, todos permanecen absortos y capturados en esa mirada que busca referencias a las que incorporarse. En Frank, es su cuerpo que se aligera y se ofrece con un abrazo al que Ruth responde también, en un movimiento lento y sostenido. Con lágrimas en los ojos, ambos saben que sellan un reencuentro del que no podrían definir los personajes. Presentaciones, sonrisas y abrazos se suceden hasta que Ruth enfrenta el sillón donde, con ojos muy abiertos, Molly contempla a todos desde su intento de comprender. Detrás de ella, su joven nieta Margaret, ha colocado la mano sobre el hombro, buscando tranquilizarla con el gesto.

Otro silencio queda suspendido cuando Ruth se acerca a Masza muy despacio. La mirada que se le ha instalado en el rostro, desordenada y deseosa, recorre el grupo que atento a lo que suceda, la acompaña sin respirar.

Mary se acerca, Frank la acompaña y ambos a modo pausado, aproximan las palabras imprescindibles.

—*Mom* —comienza Mary acariciándola— esta es la señora Ruth de quien te hablé, es la hija de aquella pareja que te trajo de Polonia —la mirada de Molly no se aparta de Ruth—. No puedes recordarlo porque eras una bebida en aquella época.

Ante la fijeza del gesto, Ruth se aproxima con una sonrisa, se inclina sin tocar a Masza y le dice con suavidad:

—¡No se imagina qué placer me da conocerla!

Molly sacude la cabeza varias veces, la desvía hacia la derecha sin detener el movimiento y sin apartar la mirada de Ruth, como si buscara en ese rostro, algún recuerdo. Frank estira el tiempo y al acercarse toma las manos de Molly entre las suyas y le dice con mucho afecto:

—Vino de lejos para conocerte y traerte algo que siempre fue tuyo. Te lo dije, ¿recuerdas?

Frank y Mary se miran sin saber si continuar o aguardar alguna respuesta. Al no detectar movimiento en Molly, deciden declinar una expectativa que podría albergar una reacción adversa.

Ruth comprende y se suma al resto, toca la cabeza de Margaret y saluda a la esposa de Frank que le devuelve una sonrisa de satisfacción antes de expresarle:

—Tampoco usted se imagina qué placer nos da conocerla y cuánto le agradecemos que haya venido a visitarnos.

—Desde que leí la carta de Mary, no tuve dudas, era mi turno de responder. Dicen que es la tercera generación la que cierra el circuito que ha quedado en espera —sonríe asintiendo—. Creo que es tiempo.

El clima del grupo se vuelve íntimo y familiar. Frank trae jugos de fruta que acerca a los vasos que ya están sobre la mesa. La esposa de Frank arrima dos bandejas con bocados salados y dulces. Una hermosa jarra nueva de café ofrece, un tanto presumida, su fragante aroma. Mary abre una bandeja pequeña con rosquillas y bocados dulces y el grupo se sirve; cada uno elige si quedarse en la mesa o en el sillón. Masza recibe un plato chico con algunas rosquillas y un jugo. Ruth prefiere café y ante la insistencia de Mary, recoge un par de bocados. Luego toma asiento en el sillón largo, observando, sin insistir demasiado, los movimientos de Molly a su derecha, en el sillón perpendicular.

Las interrogantes apuntan a Ruth que da cuenta con placer, de todo lo que ha pasado por ella, la manera en que encontró aquel sobre que generó todo el proceso de investigación. El vacío de información, los años transcurridos hasta descubrir la carta escondida que Mary intercambió con Jane y el tiempo en suspenso que transcurrió hasta reencontrar las misivas. Una historia entrecortada, interceptada sin cesar por los acontecimientos. Mientras relata lo que sabe, toma el envoltorio que traía en el bolso y lo ubica sobre la mesita, muy próximo a Masza. Se dirige a ella mientras le explica que le ha traído lo que le perteneció siempre. Y apoya la aseveración cubriendo brevemente la mano de Masza con la propia. Masza permanece inmóvil.

Luego, Ruth quiere saber la otra parte de la historia y es Frank que responde desde lo más profundo de sí, lo que recuerda y lo que supone. Le tocará a Mary después, contar cómo ha logrado conectarse con la familia Wanke.

El tiempo se desliza devorado por la atención de todos. Generoso, esta vez concede largas para poner los acontecimientos al día. Concentrados en ordenar y rearmar los huecos de la historia, han ido alternando la observación respecto a Molly. Ésta se siente cuidada y su mirada empieza a transformarse. Se mueve inquieta en torno a los presentes, contemplando en los otros la curiosidad que despliegan, los gestos de tristeza, tal vez la propia sorpresa al estar captando el hilo del relato. Luego del desconcierto inicial, su faz tiende a cambiar las inflexiones de gestos; se suceden tics, guiños y muecas con los que acompasa la ronda grupal. Algún sonido sube desde su garganta que genera la atención de Mary. Ésta le hace una seña a Margaret para que se arrime Molly.

Lentamente, desde las vísceras, surge de Masza un potente ¡Ahhh! ¡Ahhh! entrecortado que va *in crescendo* en volumen y en tono. De pronto se recorta y retoma en seguida el tono que había quedado, sosteniéndolo con energía. ¡Ahhh! ¡Ahhh!

Ruth mira a todos y comenta:

—Tal vez quiera decirnos algo...

—Sin duda, cuando se pone así es porque se siente afectada por lo que sucede.

—¿Entiendes Molly de lo que estamos hablando? —pregunta Frank.

—Es posible, tío, déjala, si capta lo que estamos hablando va a expresarlo de alguna manera, no la presionemos.

Siempre mirando fijamente a Ruth, con los ojos bien abiertos, Molly continúa emitiendo sonidos como explorando dentro de sí el que le sentaría más expresivo. Logre modularlos o no, se va enrojeciendo en el esfuerzo por transmitirlo. Al mismo tiempo y de modo desordenado comienza a mover brazos y manos, al ritmo de pequeños sonidos ininteligibles de las cuerdas vocales. La mirada se lanza con desesperación ante la imposibilidad de expulsar y compartir esa emoción, que esa tarde permanecerá en un registro indescifrable.

—No... —el esfuerzo permite escucharla balbucear— ya no ta...—y el resto se presenta tan inaccesible que se vuelve cruel, esperar lo.

Margaret intenta calmarla, le acerca el vaso de jugo a los labios mientras, acaricia su cabello y le susurra:

—Calma abuela, cálmate, acá estamos contigo.

Sus movimientos descoordinados y continuos, próximos a su propio cuerpo se aproximan al vaso sin lograr atraparlo. En cambio, el movimiento de revés golpea el recipiente que cae con estrépito al suelo y sobresalta a Ruth.

—Oh, tal vez sea mi presencia... si ella la rechaza yo no debería...

—No, Ruth —la interrumpe Mary— no se sienta mal. No es nada con usted, es lo que habitualmente le sucede cuando algo la excita porque le produce una descarga motriz.

—Mary la sigue muy atenta—: Podemos decir que está reaccionando a lo que sucede, que seguramente la ha conmovido tanto que bloquea sus vías de comunicación.

—Si esperamos un poco... —propone la esposa de Frank.

—Sí, esperemos un poco que se va ir calmando —asiente Margaret.

En efecto, al cabo de algunas conmociones más, los movimientos comienzan a ceder y Molly se va aflojando, se distiende, entorna los ojos y permanece así unos segundos.

La expectativa del grupo se asienta también. El momento de angustia ha pasado. Molly levanta la cabeza, vuelve a mirarlos a todos, se detiene en especial en Ruth y en tono bajo, muy consciente de lo que va a interrogar, estira la mano, acaricia el sobre de pana azul y le pregunta:

—Se trata de mis orígenes, ¿verdad?

EPÍLOGO
2016

La gran mesa con un mantel blanco abre sus alas para albergar como un trasiego del pasado, al viejo candelabro varsoviano que sigue sosteniendo la luz de las velas. A un costado, un arreglo de jazmines expande en la sala su esencia penetrante. Una mano revolotea una bandeja con varias divisiones y la deposita sobre la mesa; el preparado picante para despedir la amargura, el de manzanas con pasas que anticipa un horizonte promisorio, huevos que renuevan el origen. Los ritos iniciales y su significación simbólica se elevarán con la primera de las cuatro copas de vino que serán escandidas a su debido tiempo.

Allá la mezcla de raíces amargas con remolacha acompañará al pescado que inaugura la cena de Pascua. Veinte platos descienden diligentes como palomas que se posan en los bordes, en medio de los enseres. La brisa que abanica el balcón, hace mecer la cortina con suavidad y coquetea con la noche que se balancea intentando incorporarse.

Ruth se acerca a la mesa para observar la estética resultante y recomodarla aquí y allá. Guershom aparece del otro lado, se sonríen viéndose tan elegantemente vestidos.

—No termino de saber si Mary viene a compartir la cena de hoy —dice él.

—Espero que venga, estaba muy ilusionada y yo también de recibirla.

—Falleció la madre hace unos días, te parece que...

—Sí, por eso sería bueno que viniera. Masza murió hace ya un mes —Ruth asiente varias veces—. Mary me llamó y pese a que no fue fácil la vida de su madre, ella sintió que su alma se elevaba con mucha paz.

—No me sorprende. La familia la rodeaba, la hija mantiene ese don de protección que el propio Frank dejó como huella. La herencia del bueno de Frank, que ya tampoco está en este mundo.

—En algún momento pensé que podríamos haberlos integrados y sentirnos una gran familia —Ruth queda pensativa—. Eso faltó.

—Tal vez no quedó en falta, simplemente cerró el ciclo. Casi te diría que Mary pudo reparar el daño que sufrió esa familia con tantos abandonos... —mira a Ruth y la señala— ¡y no fue sin tu ayuda!

—Muchas veces pensé en Masza casi como una hermana. Y hasta te diría que también lo sentí así a Frank.

—Él combatió con sentimientos que se presentaron adversos. Pero el abandono que sufrió Masza es otra cosa, es producto de una etapa histórica en la que quedó atrapada. Qué enigmático el concepto de tiempo, te atrapa, te posterga, parece que también te abandona y de pronto... retorna, se ocupa de ti, hace un recuento y cierra en concordia, el barranco que había desquiciado.

—Y la insondable mano que designa quién sobrevive y quién pasa a otra dimensión.

Ambos quedan pensativos mirando por la ventana hacia el parque en el momento en que la brisa remolonea afuera preparándose para ingresar a conceder su bendición.

—Pero ya está con sus padres y familia —afirma Guershom—. ¿Qué edad tenía finalmente Molly...? —y se detiene para observarle a Ruth— ¿... la llamaste Masza te diste cuenta?

—Sí. —Ruth sonríe—. Ella misma recuperó su nombre. A los setenta y ocho años, en el momento de morir.

—Bromeas —se sorprende Guershom.

Ruth ríe con ganas.

—Veo que no te lo dije. Masza se había recuperado bastante. Cuando Mary me llamó para avisar que había muerto me transmitió que fue muy apacible, que se había ido en paz, más lúcida y más consciente que nunca de que era su turno de partir. Me resultó muy conmovedor, me dejó un sabor... a manzanas, jazmines. ¿Y sabes cuál fue su última palabra antes de expirar? —Guershom mira con curiosidad a Ruth que se toma tiempo y sonríe para decir en un susurro— ¡Masza!

—¿Esa fue su última palabra?

—Nunca había pronunciado su nombre, era la primera vez.

Él queda observando el enorme roble que le da marco a la casa, a la plaza, al cenotafio.

—Nunca lograremos comprender –afirma con la cabeza– toda esa amalgama de hechos, de vivencias, de tiempos que nos confunden sin piedad.

—No, no lo lograremos –Ruth medita unos segundos antes de agregar–: para Mary fue mágico que la brecha cerrara al cabo de tantos años. Todo volvía a su lugar, es decir que todo podía recomenzar. Es curioso, también yo lo siento así. El tiempo parece concluir por sí mismo los dramas que va desplegando, como tú dices. Tal vez traiga consigo a Margaret, dijo que lo intentaría.

Ruth se aparta de la ventana y se encamina hasta el baúl que ha permanecido fijo y eternizado en la entrada de la casa, presidiendo la historia familiar. Lo abre, toma una piedra que descansa en una esquina interior para ubicarla sobre la tapa luego de cerrar el baúl. Pero descubre otra piedra a su lado, lo cual despierta extrañeza al no ubicar su origen. Provisoriamente decide sumarla sobre la tapa del baúl. “¡Ya veremos!” –dice para sí. Y se dirige a Guershom.

—Hablé con Abi y estuvo de acuerdo. Vamos a ofrecerle a Mary ubicar esta piedra en recordación de Masza, en nuestro cenotafio. Dijo que lo hará ella misma... –Ruth vacila y le muestra a Guershom la otra piedra–. No había otra piedra, te lo aseguro, no sé cómo apareció –suspira y agrega–: Ya veremos...

—Hasta las cosas escapan a nuestras percepciones –ríe él discretamente–. Me hace gracia, se vuelve casi un desafío. Hemos de descubrir cuáles son los designios para esa otra piedra.

Es como si uno continuara una misión que el tiempo arrastra desde los ancestros y que no termina con nuestra propia vida. Alguien habrá de continuar la misión. ¿Cuál sería la misión, Ruth?

—No sé, reunir las almas de los tiempos tal vez, una especie de retorno mítico a los orígenes, al menos sentir que puede ser posible.

El timbre suena con fuerza y estridencia. Henry y Grace aparecen ruidosamente precedidos por Pauline y Brandon, que arremeten con

urgencia exhibiendo su vigencia infantil. Antes de saludar ya están precipitándose por la casa y preguntando por sus primos.

—¿A quién buscan tan apurados? —interroga Guershom sonriendo— : ¡ya van a llegar!

—A Sam, Ethel y Amos —responde Brandon— quedamos en repasar las preguntas para la ceremonia.

—Oh, ¿te las habías olvidado!? —Henry lo mira con sorna.

El niño se precipita para dar explicaciones.

—Papá, tenemos que ensayarlas, cantarlas, estuvimos preparando una presentación. Y Brandon va a traer el jalil porque quiere tocar la marcha por el desierto.

—Es una noche de fiesta, mis queridos, tranquilos, disfrutemos sin apuro, habrá tiempo para todo —Ruth abraza a sus sobrinos nietos en el momento en que vuelve a sonar el timbre.

Joseph llega con Miriam precediendo a Sam y Ethel. Apenas Sam descubre a los primos, se cuele por el costado de su padre y con las manos en alto se arroja contra Brandon con la idea de voltearlo.

—Ven Sam, mira lo que traje para hoy —y el grupo se lanza en desorden hacia las habitaciones interiores.

Un timbrazo más discreto da lugar a Abi y Erna que saludan a los presentes. El gesto guarda algo de severidad y parsimonia, según observa Joseph.

—Felices Pascuas, felicidades para todos...

—¿Algo te preocupa tío Abi? —inquire Joseph cuando la proximidad le permite captar de inmediato el gesto de preocupación.

Abi y Erna se detienen y asienten. El resto hace silencio, esperando respuesta.

—Me temo que no traigo buenas noticias para esta noche de *Pesaj*. Acaba de suceder algo lamentable, que vuelve a reiterar la historia y sus rasgos habituales —los chicos no están en la sala y un presagio recorre los rostros adultos—. Acaba de haber un atentado en la Sinagoga Central.

El silencio cae como el acero hiriendo a todos con su filo.

—¿Alguien reconoció la autoría? —pregunta Guershom en voz baja al cabo de un rato.

—Es muy reciente. Entraron con pintura negra, marcaron con esvásticas la cobertura de la Torah y siguieron embadurnando las cuatro paredes.

—Neonazis —Erna cierra los ojos, agotada—. Terroristas o neonazis... ¡qué más da!

—¿Hubo víctimas? —quiere saber Ruth.

—Creo que no. Mantuvieron a la gente amenazada con armas o algo así. Hicieron lo que tenían planificado y se retiraron. No hubo anuncio de heridos. Solo describieron circunstancias de desesperación y llanto.

—Por favor, familia, —interviene Joseph— no hagamos de esta noche una de las fechas terribles. Estas cosas suceden ya lo sabemos, pero hoy festejaremos nuestra libertad y renacimiento como pueblo y que esto no se convierta en ningún impedimento. Lo venimos festejando de tiempo inmemorial —Joseph se ha vuelto el centro del discurso— nos atraviesan atentados, guerras, intentos de extinguir nuestra cultura, más graves, menos graves, rayos y centellas: queridos, aquí estamos aún, a punto de festejar juntos. Porque insistimos, porque somos empeñados con nuestros ritos al servicio de nuestra libertad y nuestro pueblo.

—hace un impasse para observar la reacción de todos. Satisfecho continúa con fuerza—: Por eso hemos subsistido, porque así somos, testarudos y reincidentes. No permitamos que nos desvíen del objetivo de hoy. Volvamos a lo nuestro. —y buscando la complicidad de Guershom, lo increpa—: tú eres el rey esta noche, ¿tienes bien escondido el *afikoman*?¹⁹

—Este año, te aseguro que los chicos no van a encontrarlo —Guershom se pliega al estímulo que Joseph ha iniciado y decide secundarlo, sonriendo.

¹⁹ *Afikoman*, durante la cena de Pascua se separa un trozo de pan ácimo para cerrar la ceremonia, la tradición incluye esconderlo para que los niños lo encuentren y reciban su recompensa.

Otra vez suena el timbre. Esta vez quienes aparecen son Jacqueline y Alex. Asoman contentos y sonrientes mientras ella anuncia:

—Hemos traído una visita muy especial, les va a encantar —señala hacia atrás—, por favor, alertas, preparen los aplausos porque ¡aquí llega!

Vestido al mejor estilo tradicional, David entra sonriendo, conmovido de ser recibido entre palmas entusiastas, con rostros sorprendidos que lo reciben como la buena nueva. La alegría y algunas miradas al cielo parecen agradecer su presencia.

—Ah, ahora sí, estamos todos, bienvenido querido David, nos faltabas en el redil

—Joseph le palmea la espalda.

Abi desliza una mano para tocarle el hombro. Conmovido se acerca a su hijo y le propina un abrazo apretado al que David responde corriéndose un poco del grupo, para generar un aparte.

—Me hace feliz tenerte acá, hijo, creo que te debo una disculpa —necesita decirle Abi.

—Claro que no, los amores no se interrumpen, y si se pinta con diferentes matices...

—ríe David— ¡aún sigue siendo amor!

Los chicos han escuchado aplausos e irrumpen juntos para investigar quién es el festejado. Al ver al tío David lo rodean, saltan alrededor y los mayorcitos lo acicatean reeditando el intercambio de viejos gestos al que David repite con sonrisas. Desde el interior de la casa, su madre viene a encontrarlo. Pero antes de que David avance hacia ella, el timbre vuelve a repicar varias veces con impaciencia. Y Sam se precipita sin demora sobre el alboroto que ronda entre los primos. Detrás Gabriel, Lina con Amos entran felices hacia David. Sintiendo la plenitud del momento, David mira a todos, abraza a su madre y la estrecha con fuerza. Recorre con la vista a los presentes uno por uno y abarcándolos con una cálida mirada, como si tuviera que dar cuenta de su reaparición, exclama:

—Estoy feliz de estar acá con ustedes, me siento parte de esta cohorte. Aunque puedo asegurar que nunca los perdí, verlos renueva mis

energías. A veces es bueno separarse y revalorizar el reencuentro. Si cada vez habrá de ser así, es un eterno retorno.

La algarabía que responde a sus palabras apenas deja escuchar un breve y conciso timbrazo. El efecto en la sorpresa que recorre a todos, es la intriga, considerando que ya habían completado la lista de integrantes. ¿Quién falta?

Con un gesto de alegría y cierta expectativa, con un mohín que va venciendo la inhibición y lo desconocido, el primer paso de Mary aparece un poco cohibido. Cuando el silencio amenaza situarse en ese punto, Ruth avanza con exclamaciones de alegría y agradecimiento. Tomándola de los hombros va presentando a Mary a quienes aún no conocían.

—Querida Mary, te recibimos con enorme placer en nuestra casa. Pasa, pasa, tú ya tienes un lugar en la familia. Todos conocen la historia. Llegas en una noche muy singular, noche en que el tiempo condensa historias y nos convierten en protagonistas. En transición, porque nunca sabremos de qué otros tiempos venimos y hacia cuáles nos encaminamos —y agrega percibiendo la falta de Margaret—: lástima, veo que tu hija no pudo acompañarte.

Mientras la familia se acerca a darle la bienvenida, Ruth quita un cubierto de la mesa y cubre el lugar. En poco tiempo, Mary es una más en el grupo. Todos quieren hacerle preguntas, a ella, a David también. La energía vibra en torno al punto álgido que envuelve aquella reunión. Aunque el atentado parece postergado, Joseph se acerca a Alex percibiendo su nerviosismo extremo y sin emitir palabra lo interroga con la mirada; Alex responde de inmediato.

—Unos amigos muy queridos planificaban participar de los festejos en la Sinagoga Central, con sus padres llegados de Illinois que ansiaban ser parte del entorno comunitario de Nueva York —hace una pausa y agrega—: son muy ancianos. Si hubo heridos...

—Llámalos Alex, llámalos —lo anima Joseph.

—Son religiosos, hoy es sábado, no van a atender.

—Prueba, de todos modos —lo orienta— y déjales un mensaje.

—Joseph, no sabemos qué pasó realmente. El mes pasado hubo muertes en otro atentado.

—Nada podemos hacer ahora, Alex. Mañana habremos de averiguar más. Caray, si sabremos que la felicidad se paga cara. Siempre sobrevuela la inquietud del antisemitismo en nuestro pueblo como la sombra de un águila. Mira en qué familia te has metido, Alex

—Joseph le sonrío y palmea su hombro—. Hasta tú lo sufres ya. Mañana, sabremos. ¡Ahora anda a festejar tu *pesaj!*

Jacqueline que observa la escena se acerca a Alex. Éste toca a Joseph como despedida, gira hacia ella y ambos se pierden en el grupo, conversando. La cena transcurre entre risas, elevando las copas en las oraciones. Los chicos han preparado música y cantos. También algunos cuadros históricos que eligieron representar. Sam (catorce) monta en una silla que hace las veces de trono como Faraón. Observa pensativo cómo Moisés (Brandon en este caso) ha convertido su cayado en una enorme serpiente de cabeza cuadrículada. Éste destella colores verdes y amarillos que se retuercen amenazantes. Moisés pretende asustarlo y blandiendo la serpiente, lo mira con insistencia y canta con arrogancia impostando la voz de bajo:

—*Let my people go!* —y el coro que prepararon los niños reitera la frase en dos tonos. Las estrofas hacen sonreír a los adultos.

—Que vengan mis magos inmediatamente —el faraón extiende la mano sobre las cabezas y con fuerza transmite la orden. No va a darse por vencido aún.

Los niños se acercan y arrojan al suelo varias pequeñas serpientes de plástico de todos colores que se retuercen próximas a la grande. Fiel al relato, es la serpiente de Moisés la que procede. Se lanza sobre las serpientes multicolores y devora con un silbido a todas las pequeñas que han pretendido cercarla. Ethel, orgullosa, recoge a las que yacían vencidas abriendo la boca de la bolsa negra ya preparada a esos efectos. La magia de Moisés ha probado ser más efectiva que la de los magos del faraón.

Los aplausos estallan. Abi toma la botella de vino y pregunta a los niños: “¿Alguien sabe qué otros milagros realizó Moisés?”.

—Pintó el río de rojo —Pauline grita aplaudiendo.

—Mandó pestes a la población —Amos acota con seriedad.

—Los primogénitos egipcios murieron. Y esa peste fue definitiva para dejar salir a los judíos. —declaró Sam dando un toque final a la historia— porque también murió el hijo del faraón.

—Levantemos la tercera copa y brindemos por la libertad —Abi levanta la botella y va llenando las copas en medio de la algarabía de todos.

—¿A mí no me vas a servir una copa, abuelo? —pregunta Sam— ya cumplí los trece, ¡ya soy un hombre...!

La cena transcurre animada. Mary ha quedado atónita siguiendo la ceremonia, encantada y lamentando la ausencia de Margaret. Ve cómo Pauline se aproxima al sillón en cuya esquina descansa un almohadón persa. La pequeña lo trae hacia sí y percibe algo tieso dentro de él. Al buscar en su interior descubre el envoltorio que Guershom había escondido para sostener el ceremonial. La niña lo levanta y lo exhibe con orgullo. Recibe risas, besos y aplausos de todos, salvo Sam que queda enfurruñado por no haber sido él quien encontrara el *afikoman* y recibiera los laureles. Siguiendo la tradición Guershom abre la servilleta que envuelve la *matzá* escondida y la reparte entre todos.

Cerca de concluir la ceremonia, Ruth pide un momento, le entrega la piedra a Mary y delega la ratificación de la misión en Abi, quien abre los brazos para recibirla y brinda por la unión de todos. En seguida Ruth conduce a Mary hasta el balcón para señalar el espacio del cenotafio junto a un pequeño farol que ilumina el lugar. Mary se emociona, rodeada de los cánticos propios de la festividad.

—*Jad gadió... jad gadió!* Un chivito que mi padrecito vendió por dos escudos.

—Un chivito, un chivito —corean todos.

No puede faltar la canción principal que festeja *Avadim hainu, hainú. Atá benei jorim, benei jorim*, “fuimos esclavos en Egipto y ahora somos hijos de la libertad”.

Todo ha salido como imaginaba o tal vez mejor aún, piensa Ruth sumándose al canto y al golpeteo de los cubiertos en los vasos. Mirando la

pedra que aún descansa sobre el baúl, la asalta la sensación de que alguna incógnita debe ser develada aún y su pensamiento sin desearlo se dirige con inquietud al atentado que Abi ha mencionado.

La mesa blanca refleja luminosidad, las velas arden enhiestas. Los mayores miran a sus vástagos convalidando la escalera generacional y la armonía sostenida en un acuerdo tácito: todos los presentes, lo sepan o no, tomarán el relevo de la tradición tanto como sus riesgos.

La oración se vuelve brindis. Alguien va hacia la puerta y la abre para permitir la entrada de *Eliau Hanavi*. Ese momento suele ser inquietante para los niños, que observan a los mayores sin entender qué significa esa parodia, como difícil de sostener a través de la mera representación. Nadie llega, los mayores vuelven a cerrar la puerta y se dan por satisfechos. No ha transcurrido mucho tiempo cuando un sonido sordo e inesperado se eleva y se prolonga unos segundos. El momento resulta tan extraño que a todos les cuesta reconocer la llamada regular del timbre. Es inevitable que se crucen miradas de sorpresa. La que reacciona para darle sentido a aquella incógnita es la pequeña Pauline con ojos muy abiertos, pregunta y afirma a la vez con un hilo de voz:

—¿¡Es el señor que venía a tomar la copa!?

Nadie responde. Abi reacciona primero, se levanta y va hacia la puerta. Al abrirla se queda mirando a un desconocido que le devuelve sonriendo, la mirada desde el marco de entrada.

—Buenas noche, en esta casa vive la familia Wanke... o al menos...

—Sí señor. ¿De qué se trata? Estamos en una cena familiar.

—Por supuesto, es la cena de *Pesaj*, no se imagina qué gusto me da estar acá en este momento.

Entonces, en medio de la sorpresa de todos, el personaje, rigurosamente trajeado, acaba de encasquetarse el sombrero y sin prisa desdobra el manto de oración que sostenía en el brazo.

Es un hombre algo menor que Abi, de aspecto saludable y próspero, cabellos rubios aún y mirada límpida en los ojos color miel. Abi atina a balbucear:

—Recibir a los extranjeros y hospedarlos es una *mitzvá*, sea usted bienvenido, pero quién es usted...

—Si me permiten pasar les voy a explicar mi presencia acá.

Su serenidad y desenvoltura no lo diferencian de ser un judío más que se suma a los ritos habituales. El extranjero disfrutó de mantener la incógnita, hasta que decidió que era tiempo de cerrar el ciclo. Lo dijo sereno, sonriente y con cierto aire picaresco.

—Yo soy... el hijo de Fruma.

ADDENDAS

Crónica de los principales acontecimientos del Siglo XX

1914-1918	1ª guerra Mundial
1917	Revolución Rusa.
1919	Tratado de Versalles.
1922	Mussolini toma el poder en Italia.
1929	La gran Depresión, caída de la bolsa en Nueva York.
30.01.33	Hitler es nombrado canciller del 3er. Reich en Alemania.
15.09.33	Las leyes de Nuremberg definen al judío.
1936	Guerra civil en España.
28.10.38	17.000 judíos polacos son expulsados del 3er. Reich.
9.11.38.	Pogromo <i>Christalnacht</i> destruyen los comercios judíos a escala nacional.
01.09.39	Alemania invade Polonia.
23.09.39	Los alemanes crean los Concejos Judíos en Polonia.
10.39	Hitler ordena el programa de eutanasia.
28.10.39	Creación del 1er. gueto en polonia.
04.40	Se crea el gueto de Lodz.
14.06.40	Las tropas alemanas entran en París.
26.11.40	Se crea el gueto de Varsovia.
1941	Japón ataca Pearl Harbor.
22.06.41	Alemania invade la Unión Soviética.
07.12.41	Primeras operaciones de exterminio en Chelmno al W de Polonia.
20.01.42	Conferencia de Wannsee implementa la Solución Final.
22.07.42	Deportación de los judíos del gueto de Varsovia al campo de exterminio de Treblinka.
1940-1943	El campo de concentración de Auschwitz se extiende e incorpora Birkenau instalaciones de trabajo forzado y de exterminio masivo de judíos.
19.04.43	Levantamiento del gueto de Varsovia.
26.01.45	Los rusos liberan el campo de Auschwitz.
30.04.45	Suicidio de Hitler.
8.05.45	Las fuerzas aliadas declaran la victoria sobre Alemania.
1946	1ª sesión de la ONU.
1948	Se declara el estado de Israelç Gandhi es asesinado en la India
1950-1953	Guerra de Corea.
1956	Hungría se rebela contra las tropas soviéticas.
1957	Se crea la Unión Europea.
1961	Construcción del muro de Berlín.
1962	Crisis de los misiles en Cuba.
1963	Asesinato de John Kennedy.
1965	Guerra de Vietnam.
1967	Guerra de los 6 días entre Israel y los árabes.
1968	Tropas soviéticas invaden Checoslovaquia. Asesinato de Martin Luther King en USA.

- 1971 La República China ingresa a la ONU.
- 1973 USA se retira de Vietnam.
- 1980 Guerra Irak-Irán.
- 1981 Asesinato del presidente Sadat en Egipto, Premio Nobel de la Paz.
- 1984 Advertencia sobre el calentamiento del planeta.
- 1986 Accidente nuclear en Chernobil, Ucrania.
- 1989 Demolición del muro de Berlín.
- 1990 Reunificación de Alemania.
Fin de 40 años de guerra fría.
- 1991 Varios estados de la URSS proclaman su independencia.
Guerra de los Balcanes; Slovenia y Croacia se independizan de Yugoslavia
- 1994 Guerra del golfo pérsico
Nueva bandera en África del sur.
Genocidio de Ruanda.
- 1995 Asesinato de Itzjak Rabin en Tel Aviv.
- 2001 Atentado a las Torres Gemelas en N. York.
- 2011 Muere Bin Laden.
- 2020 El Covid-19 llegó al mundo

Himno de los partisanos

Nunca digas “esta senda es la final”

Nunca digas que esta senda es la final
Al día azul el cielo oscuro lo ocultó
Nuestra hora tan ansiada llegará
Resonará nuestro marchar,
¡henos acá!

Desde las nieves hasta el verde palmeral
Presentes con nuestro dolor, nuestro pesar
Y en el lugar que nuestra sangre salpicó
Brotará el heroísmo y el valor

Escrito fue con sangre y plomo este cantar
No son pájaros volando en libertad
Es todo un pueblo que entre ruinas y dolor
Blandiendo armas en la mano lo entonó.

El sol mañana nuevamente brillará
En el ayer nuestro verdugo quedará
Y si retrasa en asomar de nuevo el sol
Será consigna para siempre esta canción

Por eso nunca digas que esta senda es la final...

El poeta Hirsh Glick, partisano judío, creó esta letra en ídich, en el Gueto de Vilna en 1943. Inspirado en el levantamiento del Gueto de Varsovia, tomó prestada la música de la marcha soviética del campamento Terek, que compuso su correligionario Dmitry Pokrass. Su ritmo de marcha, su letra calando hondo en las vivencias de aquellos fatídicos acontecimientos, se convirtieron rápidamente en lo que hasta hoy se considera el himno del movimiento de partisanos judíos como resistencia al nazismo y al holocausto.

ÍNDICE

PARTE I

El gueto

Capítulo I

El padre

Capítulo II

En el umbral del gueto

Capítulo III

Shmuel, policía judío en el gueto

Capítulo IV

Reuben, la fe sitiada

Capítulo V

Juventudes en el gueto. Fruma (una luz en el gueto)

PARTE II

La aventura del saber

Capítulo I

El parque

Capítulo II

El nuevo mundo

Capítulo III

Ruth y Guershom

Capítulo IV

El arcón (2008)

Capítulo V

Al año de duelo (1998). *Iurtzait*

Capítulo VI

...y Jane habla

Capítulo VII

Sueño o pesadilla

Capítulo VIII

El cenotafio. Una piedra para Stepan

Capítulo IX

Cartas de Varsovia

Capítulo X

David

Capítulo XI

La luz se pierde en la noche de los tiempos

Capítulo XII

Ecos del pasado en el *ashram*

Capítulo XIII

Espacios de enlace

Parte III

La otra historia

Capítulo I

Frank, Mary, Molly

Capítulo II

La comunicación fuera de tiempo

Capítulo III

Efectos del silencio

Capítulo IV

Ahora por mail...

Capítulo V

El encuentro

Epílogo

2016

